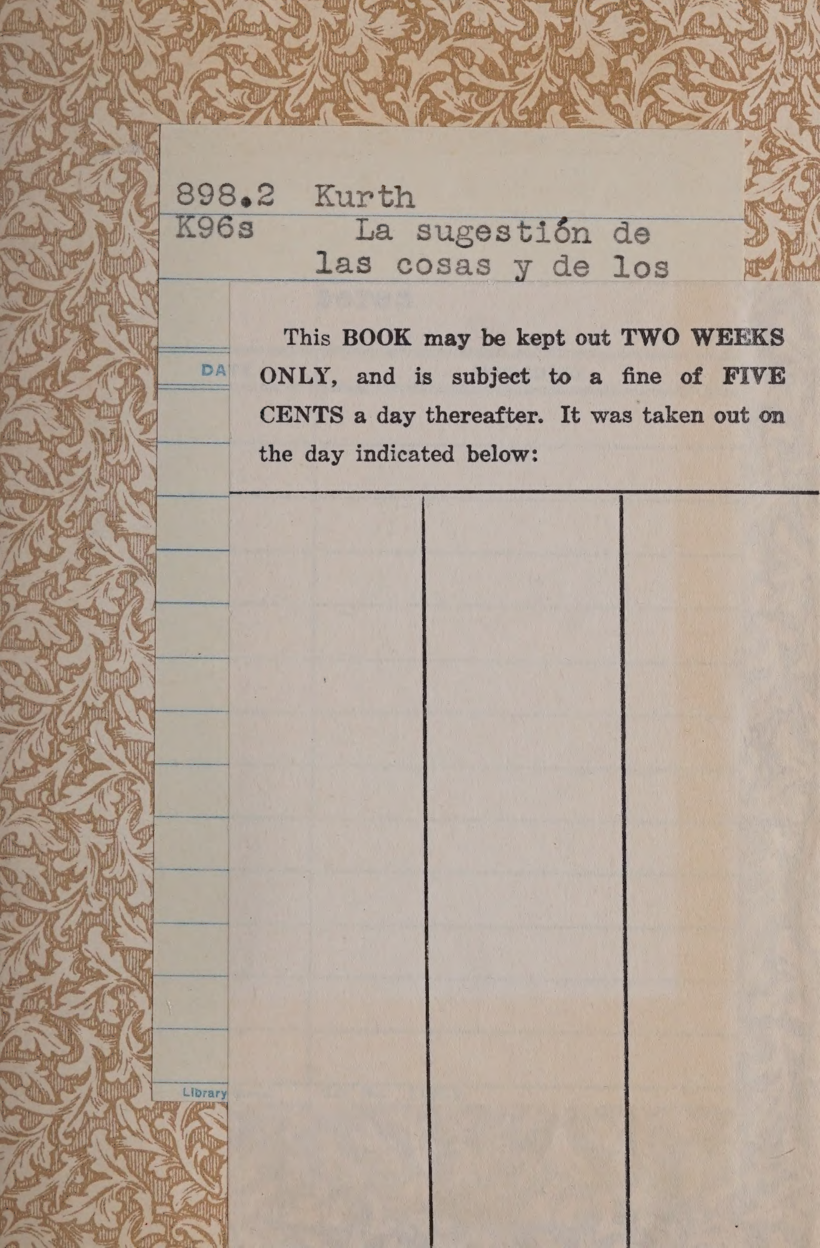
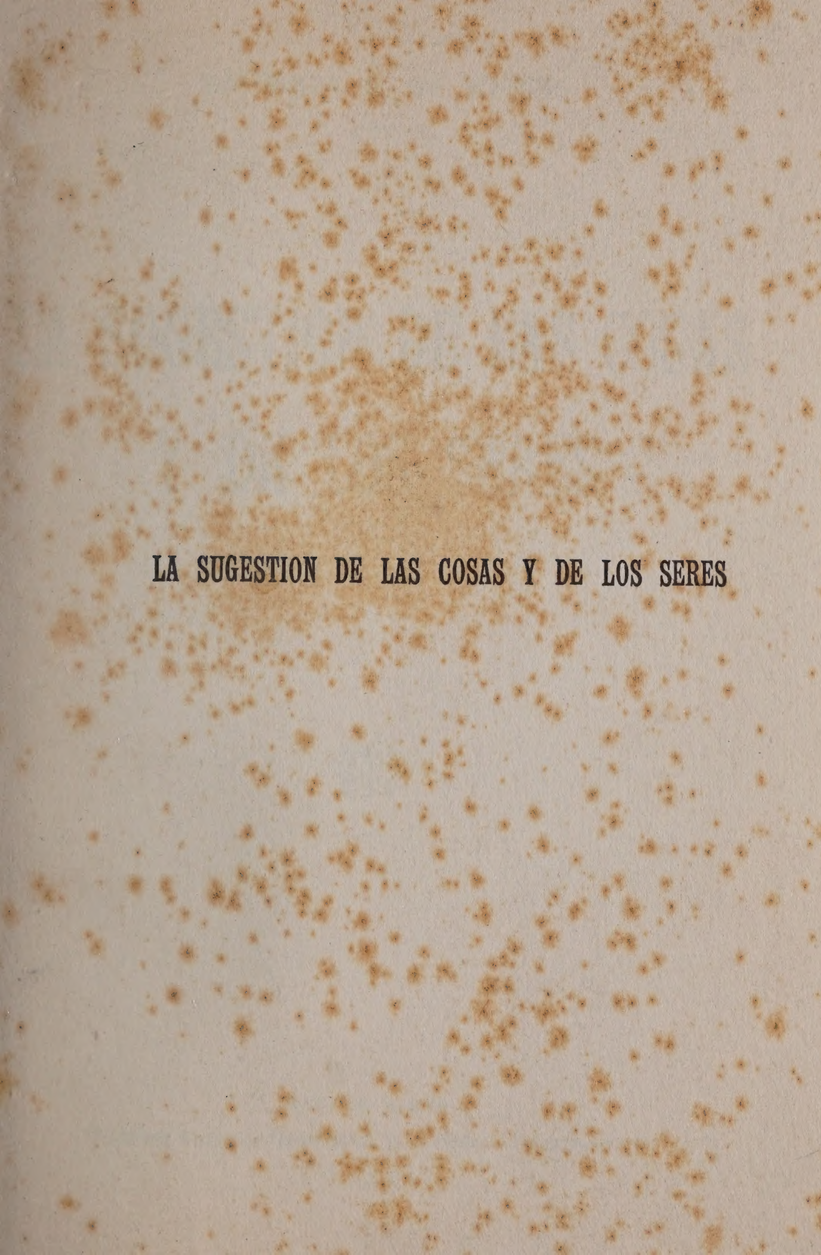


DA

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Library



LA SUGESTION DE LAS COSAS Y DE LOS SERES

GISBERTA S. DE KURTH

LA SUGESTION DE LAS COSAS Y DE LOS SERES



BUENOS AIRES

Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso - Sarmiento 779

1928

A la memoria del Doctor Juan Agustín García

Homenaje mínimo al Maestro que, con palabra de sutil historiador, animaba la vida nacional del pasado entumecida en la letra severa de los documentos, y prendía en el espíritu de sus discípulos fervores que acaso nunca sospechó.

CONTROVERSIAS FECUNDAS

—No hay duda. Es un suceso digno de la investigación de Freud...

Un coro de risas acogió estas palabras, maliciosamente pronunciadas, y logró aumentar la turbación de una joven que bajó la cabeza y pareció buscar en el fondo de su taza de té la serenidad que le había quitado el inconcebible olvido de una palabra en el momento de querer pronunciarla.

—No creo que pudiere interesarle — dijo, al fin, la aludida. — Es un simple olvido, sin importancia...

—Sí; si no lo hubiera precedido una visible turbación. Has enrojecido y titubeado antes de olvidar... ¡No te defiendas! Secretito hay en el fondo del pensamiento o del corazón, y si te expusiéramos a la tortura "freudiana", tú misma, probablemente, te asombrarías de la enormidad de tu secreto.

—Pueden ustedes sutilizar cuanto quieran. No creo en esos olvidos por asociaciones directas o indirectas; ni mucho menos que la perturbación del pen-

samiento provenga de algo que se reprime inconscientemente.

—Por favor — discurrió otra — cuidemos que no se nos contagie la indiscreción de los investigadores. Mucho más interesante que el olvido es el recuerdo. El olvido es negación y muerte; el recuerdo es vida y vigor... Recordemos y riamos, que para eso nos hemos reunido hoy.

En torno de la mesa corrió de nuevo la ola de alegría interrumpida y la conversación volvió a su tono ligero y festivo.

Durante breves momentos, uno de los postulados de cierta complicada teoría moderna fué discutido con toda naturalidad, por aquel grupo de jóvenes. Brotó la chispa de luz que delata serias lecturas, meditadas hasta el punto de poder precisar su esencia en el momento oportuno. A nadie, sin embargo, ofuscó con su fulgor. La chispa de luz salvó de la trivialidad la conversación de aquel día, pero no se mantuvo encendida para destruir la alegría que tan necesaria es al espíritu. Murió presto, como había nacido y nadie lamentó tampoco su apagamiento. Todos sabían que bastaba quererlo para que la discusión se entablara vibrante sobre los grandes y pequeños problemas del pensamiento y de la conducta.

Era aquel un grupo juvenil, iniciado en la ventura de pensar. Representaba en esa hora, porque así lo quería, la fase amable de la frivolidad social, li-

bre de todo cuidado. Pronto, a su vez, el baile reclamaría su imperio y la danza coronaría aquella regocijada tarde.

Pero ese núcleo selecto que sabía despreocuparse de toda seriedad inoportuna, que dejaba florecer espontáneamente la alegría de la edad, llevaba en sí la conciencia de su valer y de su misión social futura. Por eso orientaba su vida por la doble ruta del regocijo y de la formalidad, sin echar en olvido que la madurez no es magnífica si la juventud no prepara su corazón.

Cambia la decoración, más no el espíritu que anima al conjunto. Es el mismo grupo de jóvenes; el mismo entusiasmo y la misma inteligencia; pero es distinto el propósito que los reune.

Un salón muy amplio y muy sencillo; un silencio respetuoso al comenzar, y un intenso problema propuesto para su discusión. El tema anunciado con anterioridad, apasiona: se discutirá la conducta de Nora, la protagonista del drama que Ibsen tituló "Casa de muñeca".

Anticipadamente se ha designado un director para la controversia, una acusadora y un defensor de Nora. Se sabe que, concluído el debate por los indicados para sostenerlo, los concurrentes podrán solicitar el derecho de discutir el problema moral sometido a juicio, y que detractores y defensores tendrán que apurar razones y argumentos para salir triunfantes.

La acusadora esgrime la más poderosa e impresionante de las inculpaciones: el abandono de los hijos, pequeños aun, por la madre.

La defensa, débil al principio, cobra vuelo cuando, librada la discusión a la concurrencia, la opinión se divide. Los ánimos, en su apasionamiento, caldean la palabra; se escudriña el alma de Nora en los días felices, cuando vivía aparentemente dentro de la más cotidiana trivialidad. Allí van a buscarse y se encuentran los fundamentos de su honradez, su moral personal, su concepto de la vida y su tesis sobre la deficiencia de las leyes humanas. Como la Antígone de Sófocles, indignada contra los decretos de los hombres que pretenden alzarse contra "las leyes no escritas, inmutables" nacidas del corazón, Nora defiende su conducta dictada por el amor a su marido enfermo y a su padre moribundo. Cree que las leyes, hijas de su bondad, deben haberlas escrito los hombres en alguna parte.

El debate se cierra sin que la opinión se unifique. Por el poder evocador de las argumentaciones quedan flotando en el ambiente dos imágenes. Reprobada una, se escuda detrás del más frío orgullo y, con el gesto de la rebelión en la frente, desoye la súplica de su marido y olvida la angustia con que los niños la llamarán en vano. Frente a ella se yergue otra mujer, radiante de dignidad, íntegra y fuerte. En sus ojos asoma el dolor del desencanto por no haberse producido el prodigio de amor y sacrificio

que esperaba; una mujer cuyo anhelo en la vida fué sólo ahorrar lágrimas y procurar venturas; que en el momento de la prueba no halló la mano amiga que la sostuviera y tuvo que buscar en su "alma de muñeca" el apoyo moral que necesitaba.

Nora condenada y Nora absuelta y enaltecida se funden, a pesar de la pasión que despiertan, en una sola figura admirable: aquella que creó el genio de Ibsen, más que mujer, problema eterno ante el cual siempre se detendrá el pensamiento y fluctuará la sanción humana.

Poco importa que en el recinto donde se dió acogida a la discusión, queden o no en pugna las opiniones. Ha triunfado lo esencial: la lectura previa y el análisis detenido de una obra admirable; la emulación en el buen decir y en la argumentación; el respeto por la opinión ajena; la profundización de los móviles y las consecuencias de la conducta. Triunfo moral e intelectual de haber empleado una tarde en comunión con el espíritu genial del gran dramaturgo escandinavo.

Nora, desde el pedestal que para ella labraron sus admiradores, habrá de descender para abrazar a Nora escarnecida y, juntas, convendrán en que no puede pedirse a los mortales criterios unánimes, y que es mejor que así sea para estímulo del pensamiento e interés de la vida. ¡Qué sería de ésta si la uniformadidad la rigiera!

Pasan los días y en otra tarde, no muy lejana, con-

grégase en el sencillo salón la misma juventud, atraída por el análisis de la obra de Oscar Wilde "El abanico de Lady Windermere".

Menos hondo el problema, extiéndese en cambio, sobre mayor número de personajes. Desentrañar la psicología de cada uno de ellos; estudiar el alcance de sus sentimientos, es el primer cuidado.

Bajo la dirección de una sola persona, el análisis de la obra responde a un plan desconocido para los concurrentes. Las preguntas se suceden y exigen la improvisación de las respuestas. Es una continua gimnasia intelectual de la que surge, netamente, el alma de los protagonistas. Se agiganta la figura de unos y decrece la talla moral de los que pretendieron gobernar su vida con rígidos principios quebrantados ante la primera adversidad. Se discute el poder del orgullo herido; la influencia de la vida social intensa sobre el sentimiento maternal: los falsos ideales que no abroquelan contra el mal ni salvan de la precipitación; el perdón frente a los prejuicios sociales y el secreto entre dos seres como destructor de la armonía íntima.

Tres proposiciones generales, desprendidas del espíritu de la obra analizada, discútense ampliamente. De su trascendencia nos dice mucho su sola enunciación:

¿La intención vale lo que el hecho?

¿La verdad ha de primar sobre toda otra consideración?

¿Cómo puede el hombre defenderse de la apariencia engañosa de las cosas y de los hechos?

Casi unánime fué el reconocimiento de que la intención ha de valorarse como un hecho, del punto de vista moral, no práctico. Y no faltaron famosas citas, verdaderos puntales de la opinión. Entre otras, la del bien intencionado caballero creado por el genio de Cervantes, el hidalgo manchego que es acaso el que mejor ha sabido sostener "que la intención vale lo que el hecho", pues si los leones por él provocados permanecieron quietos en su jaula y no le dieron nueva ocasión de probar su bravura, no creyó por eso desmerecida su acción, y dejando de apodarse "el Caballero de la Triste Figura" tuvo a mucha honra llamarse en adelante "el Caballero de los Leones".

La verdad como norma de la conducta moral, provocó la más acalorada de las discusiones, fecunda en ejemplos, y ante la proposicón final, asomó el postulado cartesiano de no admitir como verdadero sino aquello que se nos presenta con toda evidencia.

Una juventud que alterna sus tareas con discusiones de tal índole y llena así sus horas de solaz, sabe marchar valientemente al encuentro del destino, segura de que con su esfuerzo ha de vencerlo si se le presenta adverso.

No es superficial la mayor parte de nuestra juventud. Mientras la incuria moral y mental malogra el despejo natural de muchos, otros núcleos de selec-

ción nutren su porvenir en el estudio y en la reflexión.

La soltura con que los jóvenes discuten sin pedantería, pero con aplomo, las teorías de los pensadores, nos cura de asombro cuando advertimos la seguridad con que encaran la vida los predestinados a vencer en ella.

A esas iniciativas laudables de una juventud vigorosa que busca en el arte y la experiencia de los grandes, la ciencia de la vida, va el aplauso de los que confían en que su ejemplo será el mejor estímulo para los rezagados y los indiferentes de hoy.

PAGINAS AUSENTES

Llegan a veces, hasta nuestras manos, preciosos libros maltratados que han sufrido el agravio del desgarrón. Faltan en ellos páginas medulosas cuya ausencia nos toma de sorpresa en el curso de la lectura, produciéndonos un desconcierto que no tiene igual. Defraudados en nuestra emoción de lectores, en el interés creciente o en la necesidad de asimilar la sabiduría que encerraban, renegamos de un culpable que, para colmo, tiene la irresponsabilidad de un ente imaginario. Sin conformarnos, tenemos la evidencia de que, momentáneamente al menos, no nos queda otro recurso que la conformidad.

Y no fué culpable el tiempo, que éste destruye, pero no profana. Fueron, a todas luces, manos inconscientes las que causaron el estropicio.

¿Manos de niños o de ignorantes?

Las primeras suelen dejar en algunas páginas, señales de un lápiz que se ensaya resueltamente con el irrespetuoso desplante de la infancia. Y esas hue-

llas nos reconcilian con el atentado, en virtud de la gracia que acompaña siempre a la imagen de un niño en actividad. Las segundas no dejan más huella que la de su torpeza.

Como todo bien que se creía seguro y escapa a la posesión, a esas páginas ausentes las llena de hechizo el deseo.

Se restablece, por fin, el equilibrio del libro con su lector; se suman muchas páginas a las ya leídas; pero aquellas no gustadas dejan en nuestro espíritu un interrogante, una inquietud, un asidero a la duda. Nos tiranizan con su obsesión. ¿Qué dirían? ¿Qué nuevo miraje, qué réplica, qué emoción nos hurtaron al desgarrarlas? Y no es raro que volvamos en retroceso páginas leídas para detenernos en el lugar que ocuparon las ausentes, cual si quisiéramos sorprender algún indicio de sus ideas.

Fácil remedio hay — se nos dirá — para que cese la inquietud de una incógnita que dejaría de serlo con la adquisición de la misma obra, intacta de manos alevosas para su contenido. Quien tal cosa nos proponga no es lector de raza. Daríamos satisfacción a la curiosidad — verdad es — pero, emotivamente, las páginas continuarían ausentes. Nos faltaron en el momento propicio. Como intercaladas a la fuerza se nos aparecerán en el flamante volumen. Las desconoceremos porque para suplirlas trabajó nuestra imaginación; las ideamos distintas. Por muy superiores que sean las auténticas, faltará en ellas el

don de la oportunidad, la emoción inmediata que en nuestro espíritu de lectores provocaron las páginas que las precedieron y formaron el plinto donde habían de entronizarse para servir, a su vez, de pedestal a las siguientes.

El proceso anímico que provoca en un lector de fibra la desaparición de algunas páginas arrancadas por la torpeza, puede sin embargo dejar la satisfacción de haber comulgado con el libro en forma distinta a la habitual. Además, la torpeza es una manera de la inconsciencia. ¿Y quién pide cuentas a la inconciencia? Pero hay agravios sin atenuantes. Vaciar las entrañas de un libro útil o hermoso, deliberadamente, por moda, por novedad pasajera, es uno de ellos. Remitámonos a la prueba:

Si como pasatiempo de espera es indiscreto volver las tapas de un álbum (acaso asilo de intimidad), no lo es interesarse por un libro puesto a nuestro alcance, y aun leer en él. Hay en este acto algo de simpatía intelectual hacia su dueño; deseo de sorprender una predilección que lo honre; gusto de acercarnos a su espíritu por el libro.

Esas razones, y la nobleza exterior de un volumen dejado sobre una mesa, justificaron la tentación de hojearlo. Grande era el formato; con huellas de haber sido muchas veces manejado, el canto de sus hojas; hermosas las tapas en las cuales se leía un título prometedor.

¿Qué edición era aquella, tan al alcance de la cu-

riosidad bibliófila? No pudimos averiguarlo. Al volver las tapas del libro "que un día fuera", nos encontramos con la profanación de su riqueza. ¡Un interior vacío; un hueco cavado en todo el grosor del libro y primorosamente, forrado de terciopelo púrpura! No era una caja disfrazada de libro; era un libro convertido en caja por veleidad de una moda; vale decir: pensamiento, estilo, erudición, belleza, trocados en oquedad.

Pensamos entonces en la máscara de la fábula clásica: bella, pero ¡sin cerebro! Más trágico aún, el libro vaciado tuvo un día cerebro...

EL ESCRITOR DEL MAR

Ahondó Virgilio su mirada genial en las maravillas del mar y, horrorizado de la fealdad y magnitud de un cefalópodo, lo llamó "monstrum horrendum, informis, ingens"...

Menos impresionable a la repulsiva viscosidad de los moluscos marinos, la fantasía popular creó para nombrar a uno de ellos, humilde y feo, un atrayente eufemismo. Al ver que el calamar, peregrino de los mares, estaba dotado de tinta y pluma, lo llamó con sencillo acierto "el escritor del mar", despreocupándose de la sugestión del simbolismo que creaba.

De bizarra defensa dotó la naturaleza al "escritor del mar". Tinta y pluma. Mas, como hizo también instable al agua en la cual había de ejercerse esa defensa, y ordenó que el calamar llevara en el dorso, inactiva, a la manera de hueso, la pluma transparente y simbólica ¿de qué había de servir la tinta? Sin luz de ideas; sin la dirección de la pluma ágil; derramada como defensa bruta, la tinta del calamar carece de valor combativo y es sólo recurso de co-

bardía. Oculta, defiende burdamente, y se malogra cuando el enemigo descubre la treta. Mas allá de la oscuridad con que se rodea la incapacidad, se la busca, se le da alcance, y se la desenmascara.

Lección negativa de la naturaleza, el "escritor del mar" enseña con su ejemplo a despreciar atributos tan nobles como la pluma transparente y la tinta densa, si es tornadizo y falaz el medio en que se esgrimen, y si la cabeza que debiera dirigirlas ostenta ojos chatos de mirada fija, sin resplandor de inteligencia.

La estratagema del "escritor del mar", que un ingenio comparó a la vieja táctica de los políticos o los teólogos cuando eluden las razones que se les oponen haciendo oscura la discusión y pasan así por invulnerables, admira como recurso de defensa instintiva y repele como significado. Rodearse de oscuridad es cegarse, a sabiendas, de presunción, mientras muy alto triunfan el verbo, la verdad, la nobleza de los que combaten de cara a la luz.

Del "escritor del mar" sólo nos queda, pues, la belleza del eufemismo creado por la fantasía popular.

EL ROSICLER

Como una concesión hecha a la amistad, expúsose ante mis ojos, a la luz de la mañana, un pequeño trozo de mineral negruzco, guardado hasta entonces cuidadosamente para que no sufriera la acción solar.

—La luz lo oscurece — díjome la voz amiga, a tiempo que, generosamente, me permitía mirar al trasluz del mineral, con riesgo de amenguar el recóndito milagro de su color, cálido y rojo como el de un corazón.

Y es que el rosicler sólo desafía la luz del sol líricamente, por magia de los poetas que, con la omnipotencia de su fantasía, lo distribuyen impunemente en el arrebol de las nubes y en las mejillas y los labios de las doncellas ideales (sin otros afeites que los concedidos por la poesía). Pero en su condición real, sin perder belleza y acaso ganándola por eso mismo, el rosicler pide sombra y misterio para conservar la gala de su color translúcido. De substancia noble — plata roja — une a su lustre de diamante una dureza que se rinde con blandura al calor de la llama que la asedia.

Por la belleza interior que se mantiene más allá de la apariencia engañadora; por su blandura ante la llama y su pristino color, debió el rosicler prestar sugerencias a esta leyenda americana:

La chispa más ardiente de un incendio penetró en la tierra y, a poco, nació en aquel lugar una flor de fuego.

Envidiosa la noche de aquel vívido color, envolvió a la corola en un cerrado y negro capuz.

Al día siguiente pasó a la vera de la flor una doncella que iba de prisa en busca de una fuente para contemplase en ella. Gimió la flor cual si pidiera una mirada. Y la obtuvo; pero fué tan fría que la corola se replegó.

Pasó luego un niño, y la flor contuvo el gemido que hubiera podido convertirla en juguete infantil.

De un cerro bajó más tarde un joven guerrero que, después de mirar con unción al sol, próximo a ocultarse, llevóse a los labios un caracol horadado y, sirviéndose de él a manera de trompeta, dejó oir los sones con que habitualmente se acompañaban los cánticos sagrados en la tierra de Viracocha.

Bajo la fiereza de la mirada, un ansia infinita matizaba de expresión los ojos de aquel guerrero. El ideal bélico le inflamaba la vida sin satisfacerla.

Gimió de nuevo la flor cuando el guerrero pasó a su lado y éste, suspenso al ver el estremecimiento de aquella corola hecha de tinieblas, se inclinó para contemplarla.

Con su mirada quemante en la que ardían fervores juveniles, traspasó el guerrero a la flor y vió en sus profundidades un resplandor de grana que la envidia no había logrado ennegrecer.

Como un despojo maldito cayó por tierra el capuz de tinieblas, y la corola roja se rodeó con la envoltura de una joven bellísima en cuyos labios se refugió el resplandor rojo cereza de su corazón en flor.

—¿Quién eres? — le preguntó el guerrero, maravillado.

—No lo sé. Llámame tú como quieras... — respondió amorosamente la doncella.

Y el guerrero, en respuesta, la besó en los labios.

Bello nombre sin palabras era ése. Pero pudo también haberla llamado, sin desmedro, Rosicler, por ser hija de tierra americana, en cuyas entrañas se forma con preferencia la grana argéntea que ha ganado tantos derechos en la expresión poética del color.

LA NIÑEZ DESAMPARADA

> Descubríos: voy a hablar de los niños. La tradición demanda para ellos ternura, solicitud, afecto entrañable. Yo os pido respeto...
>
> A. ZOZAYA.

El patio familiar embellecido con plantas que alegrábamos con el regocijado aleteo de nuestra infancia; el jardín modesto de la paterna casa o la escalera que subíamos medrosos cuando era aún vacilante nuestro equilibrio y hollábamos más tarde con la vivaz ufanía de quien ha adquirido la aptitud de ascender sin peligro, antojábansenos entonces de magnas proporciones: encumbradas éstas y amplísimos y llenos de luz aquéllos.

Pero, andando los años, al volver de nuevo al lugar donde quedáronse cautivos recuerdos y afecciones, la mirada adulta se habrá sorprendido de hallar exiguo el recinto predilecto de los juegos de la infancia y mezquinas las alturas que escaláramos cuando niños.

Es que llegamos a ellas con la visión de otras

grandezas, con el recuerdo de otros albergues y otros placeres. Y ante la relatividad de las cosas, apreciada por una experiencia más vasta, sentimos el dolor de creernos defraudados para siempre por un recuerdo engañador. No es cierto, sin embargo. Podrá la realidad herirnos con su crudeza, pero pasado el natural estupor, libre el pensamiento de volar al pasado, volverá a encontrar toda la luz y la grandeza que la verdad relativa quiso quitarle. Lo que en la infancia nos pareció hermoso y florido, se presentará a la mente luciente y bello sin que le alcance el menoscabo de la realidad.

Es la memoria afectiva el talismán que resguarda la poesía de la infancia feliz y revive con encanto indefinible, magnificándolo, cuanto nos fué grato y querido en la niñez. Mas ¡ay! también es la sombra pertinaz que se extiende sobre toda la existencia cuando, en vez de sacudir emociones puras y regocijadas, remueve injusticias y pesares que los niños soportan sin defenderse y sufren sumisamente, porque son débiles y aman la vida y no quieren ni saben eludirla, pero que van matando en ellos la alegría, flor del espíritu, y acumulando amarguras que pueden cristalizarse en futuras rebeldías.

Un niño taciturno, caviloso o malvado es un enfermo, o la más elocuente acusación contra una sociedad que no sabe poner al abrigo del infortunio la edad del optimismo, salvándola del vicio y de la deformación moral.

No es la pobreza la que acalla el rumoroso júbilo de los niños: alegres y saltarines seguirán paseando por el mundo su infatigable actividad y el cascabel de su risa, si sienten el abrigo de un traje remendado por mano diligente y hallan a su alcance el pan sabroso conquistado por el afán de los suyos.

La pobreza, protegida por el amor, enciende luces en las pupilas infantiles y color de vida en las mejillas. Pero la miseria que los obliga a trabajos inadecuados para la edad; la miseria sórdida que los expone al abandono moral y a los castigos corporales; que ahuyenta el amor y muestra ante sus ojos inocentes la fealdad del vicio, aumenta el número de niños tristes y humillados, procaces y degenerados.

Y es tan grande la gloria de vivir en aquellos niños que la miseria alcanza, pero que aún son libres y escapan a la explotación de los mayores; suele haber en esos gorrioncillos tanto espíritu de justicia y ausencia de egoísmo que, vestidos de harapos y con sublime ignorancia, arrojan en desafío el guante de una moral social no aprendida, pero que les nace del corazón.

El "gamin" que atraviesa las páginas de "Los Miserables", engaña el hambre cantando; parte su escasa ración de pan con otros dos niños abandonados y llorosos; los consuela y anima cuando el miedo se apodera de ellos en la extraña vivienda que les ofrece. Es la suya la protección del débil que se siente

fuerte porque puede ayudar a otros más débiles aun; es la expresión de bien espontáneo que no trasluce el esfuerzo, si lo hubo, y que nada sabe ni quiere saber de agradecimientos ni de vanidades. Más que el mendrugo vale el albergue que el niño brinda a sus protegidos y, más que éste, el cuidado cariñoso y las palabras de su habla peregrina con las cuales tranquiliza a las atribuladas criaturas.

Emulos de aquel niño que Víctor Hugo forjó de la realidad misma, son todos aquellos que soportan la miseria y encuentran todavía aliento para consolar a los más pequeños y darles la mejor parte de su alimento.

Salvar esa fuente de bondad en los niños que la miseria no ha endurecido y regenerar a los contaminados, es el esfuerzo a que tiende la sociedad cuando reconoce que son "la fuerte debilidad del porvenir que llega y que en sus labios es la futura bienaventuranza quien ríe".

La grandeza del alma infantil de "Marianela" — acaso la más hermosa creación de Pérez Galdós — comprende todas las generosidades, desde el despojo de sus ochavos para enriquecer el mísero caudal gracias al cual Celipín, oprimido como ella, piensa tender las alas con ensueño de caballero andante, hasta derrochar tesoros de intuitivo idealismo que iluminan la visión del mundo real que tiene el ciego al cual sirve de dulce lazarillo.

El alma de Marianela, tan vigorosamente plasma-

da, trasmite mayor pujanza a las páginas donde el ilustre escritor defiende la niñez desvalida, sin padres, sin afectos, sin halagos; alimentada y vestida, sí, por la previsión social, pero sin el apaño aquel tan necesario para formar la dignidad personal. Fuerte es el alegato, puesto en boca de un hombre de ciencia y recogido por los oídos — si no por el corazón — de una mujer pudiente que rodeaba de mimos y cuidados a un perrillo y no tenía ni una mirada de amor para sondear el alma exquisita de la desventurada Marianela.

"Buenos son los asilos — nos dice aquel escritor "tan humano, — pero no, no bastan para resolver el "gran problema que ofrece la orfandad. El misera- "ble huérfano, perdido en las calles y en los cam- "pos, desamparado de todo cariño personal y acogi- "do sólo por las corporaciones, rara vez llena en su "alma el vacío que forma la carencia de familia... "¡oh! vacío donde debían estar, y rara vez están, la "nobleza y la estimación de sí mismo".

Penetrada del mismo pensamiento, una generosa dama que fué ferviente educadora y sigue siendo amiga tutelar de la infancia, fundó entre nosotros "La casa del niño", cuyo lema, reflejo de la acción que en ella se desenvuelve, nos revela cómo encuentran realización, se hermanan y robustecen las ideas y los sentimientos. "Ni cárcel, ni asilo; hogar", es la leyenda que ostenta. Y hogar es, en efecto.

Los que conocen cuántos afanes fueron necesarios para sostenerla en sus comienzos, inclínanse ante la obra, aplaudiendo la constancia y el amor que le ha dado larga y floreciente vida.

Fundada en un año que fué todo brillo y regocijo— en 1910, — tiene la significación de un homenaje a la patria y de un desagravio social por haber echado en el olvido, durante tanto tiempo, la psicología doblemente interesante de los niños sin hogar, para quienes no basta la protección material que los libra de la muerte.

La solidaridad social no ha permitido que se amortigüe la tea encendida y avivada con el soplo amoroso de una mujer inspirada y maternal, hermana de alma de Concepción Arenal, quien con dolor ve detrás del delincuente la imagen lejana de un niño puro, inocente,... pero nunca risueño, "porque la miseria y la dureza helaron en sus labios la risa infantil, y en su alma el germen de las virtudes".

"LA CASA DE LAS TRES NIÑAS"

"Libertad en el arte" fué la bandera del romanticísmo. Y bajo su amplia cabida floreció el talento explayándose en las múltiples manifestaciones que revelaron el alma de la época; fusión de vagas y contenidas aspiraciones; exaltación de los sentimientos; sabor histórico; ansias nostálgicas y líricos afanes.

Hacia un arte que en tan seductoras fuentes halló su vida, vuélvese con frecuencia el alma moderna en busca de la belleza y emoción que fluye del vuelo de sus poesías y del encanto de sus "lieder".

Espíritu romántico, Schwind, compatriota y amigo íntimo de Schubert, hizo gala de esa libertad al nutrir su arte de humorismo en la caricatura; de sentimiento en las grandes creaciones evocadoras de las leyendas caballerescas; de verdad y color en los retratos que trabajara con mano maestra. Más cuando el gran pintor sintió que empezaban a plegarse las alas inquietas de su fecunda fantasía juvenil, después de medio siglo de labor consecuente, buscó inspiración en los recuerdos que atesoraba su alma de artista y de amigo.

A esas horas pobladas con la visión lejana de su juventud, debemos un hermoso cuadro existente en las colecciones de Viena que, trasunto de otras escenas conservadas por el afecto con nitidez sorprendente, retrata una de aquellas típicas veladas musicales donde el ilustre Schubert desgranaba sobre el teclado la armonía de sus "lieder", plenos de sentimiento

Rodeado de sus amigos inclina la cabeza cual si hiciera abstracción de todo lo que no fuera su arte, mientras varias damas, a su frente, parecen escuchar con recogimiento la onda pura de sus suaves melodías. De ellas — acaso con injusticia — después de una de esas veladas musicales que dieron en llamarse "schubertiadas", dijo a uno de sus amigos: "Estas mujeres me cansan con sus amabilidades. No entienden nada de música y lo que dicen no les nace del corazón".

Impresionable a todo lo que creía verdaderamente sincero, debió volver por los fueros de la justicia, reconciliándose con la comprensividad femenina, cuando en cierta ocasión, forastero en Graz, recibió la acogida cariñosa de una familia para quien no era un desconocido, pues la dulzura de sus admirables creaciones lo habían precedido hacía mucho tiempo. Los agasajos y aplausos que recibiera entonces no lograron dejar en su alma el agradecimiento que encendieron las palabras de una jovencita que con sencilla emoción exclamó, al ser requerida su opinión por Schubert: "¡Ah! Sus "lieder" lo expresan todo...

todo". Y el autor de tantas dolientes melodías sintió que aquella niña decía palabras que le brotaban del corazón donde habían hallado resonancia sus cálidas canciones.

Con el espíritu atormentado por ansias de amor; incomprendido quizá por la propia desconfianza de sus merecimientos, encontró en la amistad compensaciones afectivas que le hicieron más grata la vida.

Sintió profundamente la nostalgia de sus amigos predilectos en los días oscuros y menguados que le tocó vivir en Hungría. Llenas de tristeza, las cartas que les dirige, reviven las horas alegres compartidas con aquellos camaradas jóvenes y artistas, soñadores como él, empeñados siempre en alcanzar la belleza y atenidos a los juicios recíprocos que sabían verdaderos y eran el aliciente más puro en la persecución del ideal. Los triunfos de uno levantaban el espíritu de los demás; trasmitíanse energías y respetábanse en sus laboriosos esfuerzos.

Cuéntase que habiendo ido Schubert en busca de Schwind, éste, que tenía prisa en acabar una pintura, puso en manos del visitante un libro de Shakespeare para que se entretuviera mientras lo esperaba. La lectura conmovió su alma de artista; la inspiración tocó con mano divina su frente y, premiosamente, sobre una pauta que él mismo trazara, compuso la serenata matutina en consonancia con los versos magistrales que en "Cymbelina" entonan los músicos al alba, para despertar a Imógena. "¡Escucha, escu-

cha! La alondra canta a las puertas del cielo"...

Subyugado por la patética evocación de una de esas escenas queda el ánimo de los espectadores cuando asiste a la representación de "La casa de las tres niñas". Su autor — Enrique Berté — inspiróse en la vida de Schubert y escogió melodías donde el joven compositor volcara la riqueza de su alma Exornó la obra con joyas de ese arte excelso que un día hiciera exclamar al gran Beethoven: "En Schubert anida una chispa divina".

Junto a la enredadera en flor y en torno de una mesa improvisada, Schubert y sus amigos brindan, entonando una canción de primavera. Levanta su vuelo la armonía musical en un admirable quinteto, y su ritmo acompaña palabras que encierran deseos juveniles. Canta uno al vino generoso; ansía otro alas para poder viajar: los colores maravillosos de Rubens quisiera Schwind; buenos amigos para toda la vida el cuarto y, por último, envuelta en la caricia de un "lied", elévase la voz de Schubert al arrullo de la música que él creara, para expresar la suprema ambición sentimental de su vida; que la primavera le devele la hermosa que ha de amarlo y comprenderlo. Flota en todo un hálito de primavera: en los racimos de las glicinas; en el espíritu de los cinco amigos y en la gracia con que las tres niñas aparecen en la escena derramando nueva aureola de seducción. Y la música, que empieza ágil y alada como un mariposeo, va impregnándose de sentimiento sin

perder su jubilosa cadencia de canción primaveral.

Hace su entrada el amor, tímidamente primero, cual conviene a la modestia y a la desconfianza ingénitas de Schubert que lo llevaban, con frecuencia, a replegarse en sí mismo. Saboreaba entonces el placer de sentirse a solas en medio del bullicio, postergado muchas veces en los momentos que su música embriagaba al auditorio, y que una oleada de simpatía y aplauso envolvía al cantante como una ofrenda, mientras el creador de aquel raudal de armonías, olvidado, tejía sobre el teclado la filigrana de ensueño que había brotado de lo más íntimo de su alma.

Hay pena de amor, duda, ruego íntimo en el "lied" que mece las palabras de la niña que arranca los albos pétalos para sorprender el secreto guardado por unos labios que se obstinan en callar: ¿sonreirá el amor o habrá de consumirse el corazón en sus propias llamas?

Y hay vehemencia, pasión reconcentrada que estalla y arrebata, en el hermoso canto que envuelve en su calor aquella declaración de un amor "que quisiera grabarse en todas las cortezas y las piedras; diseminarse con prolífera semilla sobre frescos y floridos arriates..." Es el sentimiento de Schubert que se refugia en su música, pero que el labio no osa pronunciar. Como en la vida real, Schubert se nos presenta en la escena, arrancando al piano la soberbia melodía nacida de su alma. Y, como en la

vida también, es otro quien recibe el premio merecido. La niña amada, seducida por la pasión desbordante de esa música arrebatadora, pendiente está de los labios de Schoberg, el amigo a quien el mismo Schubert pidiera que, con su canto, fuese intérprete de su amor. Intensamente conmovida, cae la joven en brazos del afortunado cantante con raptos de entusiasmo y en presencia de Schubert, quien siente descender sobre su alma la amargura del más inesperado desengaño sin encontrar el íntimo consuelo que, como a Cyrano, le hiciera exclamar con altiva satisfacción:

"Si, yo siento que mi alma te recibe. ¡Qué mayor gloria!"

Aléjase la feliz pareja y queda Schubert a solas con su pesadumbre. Todo el fuego de la música se sume en las quejumbrosas notas de un contracanto dotado de religiosa poesía.

Enciéndese de nuevo la pasión. Es que canta Schubert al són de las notas que le robaran su esperanza, creyendo acaso que tendrían el poder de restituirle la dicha. ¡Inútilmente! La felicidad pasó a su lado alejándose para siempre... Y el sinventura, abate la inspirada cabeza sobre el teclado mientras en la orquesta agonizan sus melodías en suavísimos acentos.

No es posible escuchar algunos "lieder" de Schubert sin que vibre en el alma la angustia de que se

hallan penetrados. Son la trasfiguración de su dolor que, quizá por eso, le era tan caro. De él nos habla con frecuencia en su diario cual de una fuerza creadora: "El dolor — escribe — aguza el ingenio y fortalece el ánimo. La alegría, en cambio, debilita aquél y trivializa éste".

De sus "lieder" estima, sobre todos los demás, aquellos que compusiera en sus momentos de mayor amargura y desesperanza. Tales los que contiene su "Viaje invernal" que, poco tiempo antes de morir, hizo escuchar a sus amigos dejándolos sorprendidos por el sombrío y resignado dolor que palpita en ellos.

Muy atormentado debió sentirse por su destino adverso, su falta de salud y la ausencia del rayo de amor que alienta en la vida, para que escribiera a uno de sus íntimos, con infinita tristeza: "Cada noche al entregarme al sueño ansío no volver a despertar; y cada amanecer de un nuevo día me anuncia la amargura de ayer".

Su alma buena y creyente no conoció los acentos de la rebelión.

La beatitud de su espíritu impregnó de dulzura los "lieder", inspirados en la constante elevación de su pensamiento hacia Dios; en el amor a la naturaleza que supo transmitirle la emoción de sus murmullos, sus luces y palpitaciones, y en ese dolor nostálgico del cual hizo la poesía de su corta existencia.

En el delirio que lo acometiera durante sus últimos días, dió a conocer su anhelo de reposar eternamente junto a Beethoven de quien fué rendido admirador. La piedad de sus amigos realizó su último deseo y sus restos descansan en Währing, uniéndose así en la tumba aquellos dos seres selectos que supieron reconocerse en vida.

FELINA

Por la puerta entreabierta entró la semilla voladora de un cardo, rodeada de su airoso pompón de cerdillas y traída, quién sabe por qué vientos, hasta el rincón, todo quietud, donde me es grato trabajar.

Tan sigilosamente como la leve forma, llegó mi gata de Angora, ilusionada en atrapar para regodeo de sus menudas zarpas aquel juguete que escapaba a sus asedios.

La ingrávida semilla, envuelta en su vilano, remontada por una ráfaga salvadora, se elevó casi hasta el techo, mientras su perseguidora, con la mirada en alto por un momento, la vió cernirse sostenida por el paracaídas de filamentos y, sin esperar su descenso, decidió filosóficamente despreocuparse de lo que tan fuera de su alcance se había puesto. Con juguetona elasticidad, la hermosa gata dío dos vueltas por la estancia, acomodóse sobre un almohadón de terciopelo azul y, haciendo gala de su indiferencia en un descomunal bostezo, asentóse luego, muy donosamente, sobre sus patas posteriores para clavar

sus ojos en mí, con impertinencia, cual si demandara opinión sobre sus maniobras.

Ocioso hubiera sido decirle que la voladora semilla del cardo, con su aureola de filamentos, se había llevado entera mi simpatía al elevarse ilesa para escapar a las zarpadas que querían hollarla. Poco la hubiera preocupado eso, ufana como parecía estar en atraer mi atención y mis miradas.

Su tranquila seguridad al mantenerse quietecita cual si no fuera posible censurar sus desplantes, me molestaba. Y mi irritación crecía al adivinar la lógica de las respuestas con que replicaría a mis preguntas aquella cabeza redonda, si fuera capaz de discurrir y dialogar.

—¿Con qué derecho te posesionas del más mullido cojín, arañas sus borlas y luego, llena de suficiencia, me distraes con tu inmovilidad aun más que con tus piruetas?

—Con el derecho que tiene la belleza cuando se deja admirar — me respondería su felina vanidad. — Sobre el fondo azul del terciopelo resalta la línea undosa de mis formas, suavizada por el blanco y largo pelaje que exorna a mi raza. Luce el brillo de mis ojos, también azules, sobre la albura total que me envuelve, y te subyuga el rosa tierno de mis fauces abiertas en irreverente bostezo. No puedes sustraerte a mi gracia... Para contemplarme apartas la mirada del libro más atrayente; queda inmóvil el lápiz con que trazabas rasgos, y tus ideas — acaso

cuando iban a plasmarse en esos signos que he detenido "porque sí" — se simplifican, se resuelven en la contemplación de esta armonía de colores y de formas que realizo...

—Todo eso es cierto, pero no te estimo. Tienes un alma ruin cuya mejor faceta es la del instinto: lo demás es en tí falso. Falsos son tus arrumacos mimosos que sólo piden provecho y mantienen la garra siempre lista para el arañazo bajo la traidora felpa. Mentidos y tornadizos son tus afectos. No extrañas al amo sino a la mano que te soba el dorso eléctrico y te brinda golosinas y cuidados. Tienes alma de cortesana. Te deleita jugar con la víctima antes de ultimarla, y si ésta se eleva y escapa al menudeo de tus zarpas, acechas la ocasión de su caída pacientemente, o te desentiendes de ella, no por generosidad sino por pereza...

Dicen que en tus pupilas fosforescentes hay misterio; sí, pero misterio que espeluzna, porque se revela con preferencia en las tinieblas y tiene la frialdad hiriente de los reflejos metálicos. En tus ojos falta la llama y el calor de la ternura. Te paseas por la casa con la pausa sigilosa de los que espían para sorprender secretos y, como ellos, eres cobarde; cobarde hasta causar risa: un movimiento súbito que rompa la quietud en que te amodorras, provoca en tí el brinco ridículo del miedo y huyes despavorida. Si vuelves la cabeza, lejos ya del presunto peligro, no es para hacerle frente, sino para huir de nuevo

en caso necesario, o seguir con paso lento tu sosegada peregrinación en busca del mejor rincón para descansar de haber estado ociosa...

Mi gata de Angora tendría para tal diatriba la cínica tranquilidad de los que descuentan el triunfo de sus argumentos. Y sin inmutarse al cambiar su actitud por "la postura alongada de las esfinges", contestaría:

—Me acriminas porque te domino. Si te enfado, aléjame para siempre de tu vista; si te perjudico, castígame; si me juzgas falaz y traidora, niégame el halago de la vida regalona que me ofreces y estorba mis andanzas cuando deambulo con ese sigilo que condenas cual si temieras ser sorprendida. Tienes el poder de librarte de mí, y no lo haces ni lo harás porque te has acostumbrado a la blandura de mis felinas demostraciones, a mi paso silencioso, a la belleza estática que luzco en mis horas de ocio, y a la ondulante gracia de mis brincos. Toda la verdad y la justicia de tus reproches se desvanece ante mi arte de vivir. Aprende de mí esa ciencia de medrar teniendo por aliadas la armonía y la cautela. ¿Para qué sirve la trascendente sinceridad en todos los actos? El gesto que se niega por completo a la simulación inofensiva reclamada por las circunstancias, concluye por hacerse hoscamente austero, es cargante y deja sedimentos de hiel.

Yo, en cambio, a nadie daño con mis marrullerías y con ellas desarrugo ceños, distraigo preocupacio-

nes y recibo los mimos y los beneficios de una gratitud que, a mi vez, estoy muy lejos de sentir, porque la naturaleza me hizo egoísta e interesada. Pero no olvides que esa misma naturaleza hizo a la mayor parte del género humano crédula para el halago; que puso en los corazones avidez de dicha y que, por lo tanto, proporcionarla aún a costa de la simulación, es más sabio y más plausible que provocar borrascas con verdades cargadas de dolor.

Si a veces al acariciar araño, es porque practico este precepto felino: "prodiga ventura a quienes la merecen, pero no olvides las armas de que dispones para trocar la dicha en castigo". Tú sabes que un escritor francés hizo el elogio de todos mis congéneres al comentar la predilección felina de aquel poeta — enigmático como mi raza — que nos cantó tres veces en "Las flores del mal". El poeta y el crítico nos observaron con ojos de artista, pero ni uno ni otro bucearon en el alma gatuna con el acierto de Rudyard Kipling, que logró emanciparse de la fascinación que ejercemos y, simplemente, para relatar un cuento a los niños, fijó su mirada zahorí en nuestro remoto pasado e imaginó el proceso que nos domesticó. Con el escalpelo de su flema inglesa nos disecó el alma. El nos declaró "ni amigos ni servidores del hombre" y afirmó nuestra tendencia de seres ambulatorios, egoístas e indiferentes, para quienes todos los parajes son lo mismo. Y, en verdad, así es, porque doquiera vayamos, "nos paseamos con

nosotros mismos". El nos hizo librar las primeras batallas de amor propio con la mujer.

Tres veces salimos vencedores "para siempre, para siempre y para siempre", porque ganamos la victoria a fuerza de paciencia y en espera de la oportunidad que había de hacernos gratos e indispensables sin sometimientos impositivos. Un tierno niño, cuyo juguete mimoso fuímos, nos franqueó el corazón de la mujer madre; la captura de un ratoncito — horror de las mujeres nerviosas — nos dió nuevos derechos sobre las hijas de Eva. El resto de nuestro innegable ascendiente cerca de ellas — esto no lo dice Rudyard Kipling sino la maledicencia — parece que dimana de ciertas afinidades sutiles que las brumas de mi cerebro no alcanzan a precisar. Acaso los hombres las conozcan... Tenemos ganados derechos ancestrales para peregrinar plácidamente por la casa, roncar junto al fuego, dejarnos alimentar y reservarnos la independencia y nuestro garbo salvaje en las andanzas nocturnas, donde los galanes de la raza son sultanes imperiosos. Ya ves que soy una gata erudita en cuanto nos atañe y que tengo algún derecho para decirte: observa la vida en mí y aprenderás lo mucho que se me perdona y tolera en gracia a mi donaire, a mi indiferencia disfrazada de suavidad y a mis zalamerías oportunas...

Así hubiera discurrido mi gata de Angora, así fuera capaz de razonar. Mas, como no lo es, se conformó con bostezar de nuevo y abandonar el almohadón

de terciopelo azul para llegarse a rondar mi sillón restregando su denso pelo en la felposa tela.

Bajo la sugestión del diálogo quimérico, de la luz amortiguada y de la quietud excesiva de la estancia, aquel rondar pausado y silencioso se me antojó una sumisa "pradaksina", esa salutación respetuosa de los antiguos hindúes, que describían círculos en torno de las personas veneradas ciudando siempre de presentarles el lado derecho.

Para destruir cierta incómoda superstición que comenzaba a ganarme, detuve el paso de mi gatita, después de buscar para su hocico rosado una golosina. Sólo entonces recordé la semilla voladora del cardo que, con su nimbo de cerdillas, había caído tristemente, y allí estaba, en un rincón, pronta para ser barrida. Todas las simpatías con que la acompañé en su vuelo cuando se elevaba para defenderse, habían sido olvidadas por la fascinación de la gata, Para su belleza fueron mis miradas, para el misterio de sus manejos mi divagación, para su paladar la golosina. Me había dominado a pesar de mis prevenciones contra ella. Mas, ¿de dónde provenía el hechizo? ¿De su gracia? ¿De mi propia desconfianza? No lo sé, pero recuerdo que ella estimuló también esta última reflexión: ¡Ah, cuántas cosas nos explicarían los cerebros felinos si supieran discurrir!

LA PALOMA DE LA PUÑALADA

En pleno pecho, sobre el blanco plumaje, lleva esa zurita la señal de una herida que no existe. Colorista perfecta, la naturaleza le ha pintado el trazo, rojo y profundo, con que teñiría sus plumas una puñalada asestada en el corazón. Y esa lesión aparente es su gran belleza. Inadvertida pasaría sin ella la paloma de la sangrienta marca, por su tamaño común y la uniformidad de sus alas grises. Aquel rojo siniestro, rojo de herida, la salva de la insignificancia y atrae sobre ella la admiración.

Si Progne, la golondrina helénica, la hermana de Filomela, que también lleva en su pecho el carmín de las heridas con que la denuncia Virgilio en "Las Geórgicas" para que de ella se precavan las abejas, mereció que el mito clásico la considerase signada de rojo por sus propias manos ensangrentadas en venganzas, la paloma de la puñalada pide para su mansedumbre una ficción poética menos afrentosa, y más de acuerdo con la belleza de la falacia que lleva sobre su pecho.

Un profano de la rima. que no supo concretar en versos su ficción, echó a volar imágenes que mi prosa ha querido recoger:

Agotado había Dios los colores con que generosamente adornó a los seres y a las cosas de este mundo. Quedábale tan sólo un poco de carmín en su prodigiosa paleta. Y al ver a sus pies una deslucida zurita de alas grises, recogió en su pincel maestro el rojo sobrante, tomó en sus manos a la escogida para su propósito, le dió en el pecho una pincelada de artista, y la libró a su destino con palabras de filósofo: Vuela al mundo y advierte a los humanos que no son heridas verdaderas todas las que parecen serlo. Vuela, zurita, y enséñales a precaverse de la falsa apariencia, del dolor que se exhibe, del pesar que se miente...

Mas, nada le dijo de la seducción que ejercería esa su desgarradura aparente, aun cuando todos la supiesen falsa. Por eso, la paloma de la puñalada cumple su misión de mostrar al mundo cuán perfectamente se simulan las heridas; pero no paraliza la admiración ni la complacencia con que los hombres se detienen para apreciar la artística pincelada que enrojece su pecho.

Es que los humanos no renuncian a la emoción de lo ficticio; y aceptan del arte las trágicas heridas que les harían volver la cabeza con gesto de horror en la realidad; y reciben contagio del sentimiento artísticamente simulado; y encuentran solaz en la

"esfera del juego", como ha llamado Schiller a la actividad estética.

La zurita de la puñalada cumple también otra enseñanza: el poder de sugestión y simpatía de una herida asestada al corazón. Tan grande es que, cuando ésta no existe, honda y oculta, para impedir que la vida se trivialice o se consuma en la vulgaridad, la simulación la suple afanosa de poetizar la apariencia.

¿Qué sería de la belleza de esa paloma insignificante, deslucida de color, sin el rojo trágico de la puñalada?

EL ALFIL

A la vera de la realeza lo colocó su buena fortuna. De allí partió para ir a la batalla cautelosa, estratégica, librada sobre un campo al cual no se atreven a llegar ni el azar, ni el interés metalizado. La fuerza del pensamiento los ahuyenta. Y una tradición de nobleza guarda ciertos fueros seculares, según los cuales — así dice la fama — las batallas libradas en el campo caballeresco del ajedrez, sólo podían poner como precio de la victoria una dama, un castillo, o la libertad de un prisionero.

Pieza muy encumbrada es el alfil, predilecta del rey y de la reina, a juzgar por su posición al iniciarse la lucha, ya a la diestra, ya a la siniestra de las majestades. Mas no recibe contagio de nobleza por ese privilegio. Su acción batalladora siempre de soslayo, jamás de frente, es la única sombra de manejos continuamente oblícuos en un juego cuyos demás paladines, o desconocen el ataque y la defensa de través, o borran cada movimiento de esa índole con muchos otros lealmente desafiadores. Lo

que en éstos es ocasional, en el alfil es esencia, necesidad.

De los recursos individuales que para triunfar o defenderse tiene la soberanía, el alfil, aun cuando se inició a su lado, sólo aprendió el paseo oblícuo: no la bella marcha de frente, ni las rutas variadas. Ni aun cuando decide la victoria y da "mate" al rey, es capaz de mirar cara a cara a la grandeza. Su triunfo le llega trasversalmente.

El caballo de salto audaz, que en sus sorpresas puede describir sobre el campo de batalla un círculo perfecto; la encastillada torre, diestra guardiana de la línea que es origen y refugio preferido de la realeza, no viven, como el alfil, con la mirada y la intención al sesgo. Hasta los peones, vanguardia embravecida por Philidor, y que jamás retroceden, marchan de frente al peligro y sólo emplean soslayos cuando así lo exige la captura de un enemigo.

Y sin embargo, son las leyes que rigen al juego más intelectual y más noble de cuantos hay, las que han señalado al alfil las sendas puramente diagonales, que contribuyen al triunfo si se las usa bien.

Simbolismo de las vidas luchadoras son las batallas libradas en el campo del ajedrez, donde no se descuida la defensa durante la marcha, y donde cada pieza representa una aptitud, una fuerza distinta que ha de solidarizarse con las demás.

Sendas oblicuas — no torcidas — que permitan acortar distancias y tender la mirada de soslayo —

no aviesa — para divisar lo que no se vería de frente, son lícitas, aunque no bellas.

Los planes premiosos buscan los caminos diagonales; los obstáculos que la insidia opone a quienes intentan marchar hacia el éxito los provocan, y el provecho inmediato que procuran los hace deseables. Mas ¡ay! de los que se habitúan a emplearlos como senderos únicos. Desconocerán los beneficios de los avances de frente, más lentos, pero más dignos, donde cada piedra que se aparta deja una experiencia y cada alto en el camino estimula una reflexión. Como el alfil, jamás verán cara a cara a la verdadera grandeza.

ESCAPARATES

Exhibición abundante y variadísima, amplitud, color, luz... La mirada se detiene largo rato en la vidriera profusamente surtida; pero poco, muy pocos en cada una de las cosas que en ella se exponen. Son excesivas. la vecindad demasiado inmediata de los objetos entre sí, distrae; el vistazo se impone; la tentación de adquirir aumenta, pero se torna imprecisa, dubitativa; la imaginación, no obstante, estimulada por la multiplicidad, triunfa en la gran mayoría de las personas que se dicen: — Aquí hay de todo. Entremos.

Mas, al penetrar en algunos de esos recintos que tan lucidos escaparates tienen al exterior, súfrese generalmente la primera desilusión: es desproporcionado, con menoscabo, el espacio del local; es más escasa la luz, menos brillante el conjunto. Luego, cuando se ha requerido sin éxito el objeto deseado, la especialidad o la rareza en cuya busca se iba, obtiénese el convencimiento de que cuanto hay allí de algún valer ha sido expuesto, como señuelo, a la mi-

rada callejera. Y hacia el escaparate vuélvense los simples, que concluyen por mercar alguno de esos objetos vistosamente presentados.

¡Todo en la vidriera! Aparatoso ocultamiento de una pobreza embaucadora, menos frecuente, por cierto, en el orden material que en el intelectual.

Escaparate ostentoso es la prodigalidad con que el espíritu da, de golpe y para todos, el espectáculo de sí mismo. El mariposeo mental, la verbosidad, la ilustración periférica, la audacia fácil para juzgar, los sentimientos pregonados, el repentismo, alguna habilidad insistentemente ventilada... ¡Todo en la vidriera, con prisa de exhibición, con rumbosidades de oropel! La mayoría sufre el deslumbramiento de la admiración, y el elogio vuela, porque está en boca de muchos. Pero la mayoría es anónima e inconstante; su entusiasmo es fácil, y su olvido y su indiferencia también lo son. Elogio que sólo de ella proviene, pronto declina sus alas. Los dilectos del buen juzgar, que no se deslumbran con brillazones y exigen por cada destello las gemas ocultas que le dan vida, son los que consagran con su aplauso. Y ponderan, más que el mérito visible, la riqueza no revelada de cuya fecundidad el tiempo y las circunstancias darán razón.

Encuentra la mirada reposo en el escaparate de parca y seleccionada exhibición.

En estrecha vidriera, solo, como debe estar ya que no le acompaña su escudero, se ha detenido en

pie y trabajado en bronce de vieja pátina, el hidalgo don Quijote. Lleva puesta la vacía que, sobre su cabeza de iluso, es yelmo de Mambrino. En sus manos se abre un libro: "Amadís de Gaula", espejo de caballería.

Escaparate que tal belleza ofrece a las miradas, sin deslucirla con la vecindad de baratijas, es anuncio de otras excelencias guardadas en el interior donde no ha de hallarse más que materia noble, trabajada con arte.

No es, ciertamente, esa estatua, fruslería para el público, y no todo el que pasa se detiene a mirar aquel bronce que fija la figura del magro caballero de rostro avellanado, como no se detendrían ante una estatuilla de marfil, ni ante un vaso cincelado; pero seguros estamos de que quien ante ellos se extasía, alguna afinidad ha de tener con el alma de los artistas que concibieron la idea creadora y con los que le dieron plasticidad.

En verdad, podría decirse con fácil remedo del célebre refrán: dime ante qué escaparates te detienes largamente con delectación, y te diré quién eres.

LOS HUMANOS DONAIRES

La sonrisa

Proverbial es lá consecuencia con que los fotógrafos piden a sus clientes que sonrían, sobre todo cuando tratan de fijar la gracia de un rostro femenino. Laudable es la intención: quieren retratar el contento, el bienestar regocijado. No parece sino que la seriedad serena, tan rica en intimidad; la ternura que reflejan algunos rostros reposados o la gravedad inteligente habitual a ciertos semblantes, fuesen un desdoro para las galerías de exhibición fotográfica.

—Piense usted en algo agradable — suelen recomendar.

Y no advierten que conspiran contra la emoción agradable, la falta de acomodación espiritual, los manejos para graduar las luces, la vecindad de los bastidores y todos los recursos efectistas que el paciente observa, mientras, si es ingenuo, procura que triunfe la expresión llamada de encargo.

Se cristaliza por fin la sonrisa, a flor de piel, con

fijeza de máscara, carente del reflejo espiritual que ha de hacerla verdadera.

De nuevo óyese entonces la voz que recomienda amablemente:

—Un poco más natural... Más picaresca la sonrisa...

La ficción continúa. Se modifica la máscara; pero el jardín espiritual no asoma.

Otras veces, la expresión va de la seriedad a la risa abierta. Los pómulos sobresalen, la armonía del rostro se resiente.

—¡No!... Una sonrisa, sólo una sonrisa!

¡Oh!, "sancta simplicitas"! Quisiéramos preguntar al señor de la cámara oscura: pero, en verdad, ¿cree usted que saben sonreir todos aquellos que aspiran al retrato? ¡Cuánto optimismo! Si la risa es un privilegio, uno de los donaires humanos, la sonrisa es la aristocracia de ese donaire. Saber sonreir es un arte. Y se nace artista. Inútil será pedir sonrisas, a unos labios y a unos ojos que no estén animados por la gracia de un espíritu sutil. Las sonrisas que el arte ha fijado, y cuyo encanto atraviesa los siglos, son materializaciones exquisitas de las almas que las engendraron.

Y viene a cuento el criterio con que una artista de la fotografía, afanosa de sorprender el matiz afectivo sincero, lo provoca hábilmente y logra que se olvide al objetivo mientras éste acecha.

Así fué cómo una tarde, sin apresuramientos, con

la ayuda de una jugosa conversación, encauzada, al parecer casualmente, en un tema lleno de interés, logró la artista atraer hacia sí la atención de una dama que, sentada frente al objetivo para hacerse retratar, concluyó por olvidarlo.

Como al desgaire, jugaron las manos de la artista con el obturador, mientras se intensificaba la plática que, en su curso, provocó reflexiones unas veces, sonrisas otras, asentimientos y réplicas. Más decayó un momento la conversación, y la dama advirtió a la artista que si el ameno platicar continuaba, fracasaría la sesión fotográfica por falta de luz natural.

—No la necesitamos ya — respondió aquélla. — Mientras conversábamos, diez placas han fijado la riqueza cambiante de sus expresiones y, con preferencia, sus sonrisas.

Así fué, en efecto. Captóse con arte la espontaneidad, y las fotografías devolvieron sonrisas inteligentes, amables, naturalísimas...

La gama afectiva de la sonrisa es proteica de expresiones. Si el rostro humano no dispusiera de otros recursos para traslucir los sentimientos, bastaríale su riqueza para conseguirlo: desde la ternura hasta el sarcasmo; desde la bondad y la inocencia hasta la hipocresía de los malvados; desde la beatitud hasta el descreimiento y la crueldad, todos los movimientos del alma encuentran su troquel en la sonrisa. Dios crea su gracia y Satán se la disputa para

desfigurarla. Pero siempre es donaire de donaires, y, como tal, exponente de fuerza anímica. Su disfraz es la mueca que pretende ser sonrisa y sólo es afectación vacía de imágenes y de emociones. Nada más empalagoso que su epidérmica y constante exhibición. Para ser donaire de donaires, ha de ser lenguaje, luz del alma: intención, verdad y sentimiento.

La palabra

Aquel Rey Sabio de la vieja estirpe castellana que asesorado por "sabedores del derecho" dictó las Siete Partidas con el propósito de unir a la humanidad con Dios por la fe, y a los hombres unos con otros por la justicia y la verdad, se erigió en legislador inmortal por el arraigo profundamente humano de su código.

No podía faltar en la magna obra alfonsina el título que rezumara su sabiduría sobre el valor de la palabra, como corolario de aquel otro en que arguye sobre el pensamiento: "Palabra es donayre que han los homes tan solamente et non otra animalia ninguna" — nos dice. — Donaire: es decir, gracia privativa de la humanidad que el concepto moderno llamaría "superioridad diferencial entre el hombre y los demás seres de la escala zoológica". Pues con mayor claridad y donaire lo dijo Alfonso el Sabio, quien, después de darnos su postulado incial sobre la palabra, se remite a lo que ya dijeron de ella

otros filósofos, y se adelanta, con parco decir, a lo mucho que se ha sutilizado después.

A esa fuente de acopio, y también de trasparencia propia, remitámonos si queremos hallar el elogio de la palabra mesurada, verdadera y bella con que el hombre revela su valer: "Ca bien assi como el cántaro quebrado se conoce por su sueno, otrosí el seso del home es conoscido por la palabra".

No hay palabras vanas y viles. Toda palabra es una creación, una conquista hecha a la vida, una experiencia sintetizada en el idioma, un venero de ideas que irradian de ella, y cuya nobleza y trascendencia depende del intelecto que la maneja y del que la recoge: los padrenuestros que rezaba Torquemada eran los mismos que había rezado el santo de Asís; la palabra evangélica de Jesús encendía la fe en el corazón de los humildes y acumulaba envidia y acusaciones en los príncipes de los sacerdotes de Judea.

"Cadenas de oro" — como ha llamado Amiel a la elocuencia — son las palabras que nos cautivan y retienen: bálsamo, las sedantes que consuelan y alientan; luz, las que enseñan; amor, las que construyen; latigazo, las que castigan.

Bastó a César la fuerza de una sola palabra para reprimir un motín entre su gente guerrera. Su inspiración resonó en el Campo de Marte como un latigazo formidable: "Quirites!..." Y los guerreros, al oírse llamar "ciudadanos" por su general, que al li-

cenciarlos con esa palabra los humillaba, depusieron sus rebeldías.

Sembradora, cuando se deja captar en los libros sabios; smbradora, cuando florece sobre labios buenos y elocuentes para trasmitir ciencia y belleza; sembradora de piedad y de fe, cuando es oración o prédica; la palabra es donaire humano de abolengo divino: el "Fiat" de la Creación lo atestigua.

El ensueño

Es el arrullo del alma; el pacto secreto entre el sentimiento que desea, y la imaginación que realiza lo que la vida niega o retarda. Tiene la quietud silente y la hondura de las aguas mansas con fermento en su fondo de bullidoras fuerzas: amor, ambiciones, vanidades, ideales; pero nunca espinas ni aguijones. El ensueño los expulsa, porque ejerce la potestad del deleite espiritual. Es el baño de frescura y de idealismo necesario para reponerse de la fatiga de vivir.

El ensueño se nutre de fantasía y muere al menor contacto de la realidad, sin quejas ni vacilaciones. Se sale del ensueño, casi siempre, con una sonrisa sobre los labios, cual si se tuviese, para con el alma que ha sabido regalarse en él, la placentera disposición que se tiene hacia un niño al que se ha contemplado mientras jugaba, lleno de ilusión, con sus muñecos.

Porque es huidizo y quimérico, tiene alas el ensueño. No engaña a la conciencia, pero la distrae con su gracia embaidora, y consigue que permita al espíritu su trato con la ficción.

Suena la hora de los ensueños con la primera ansiedad secreta del espíritu. Se suspende un día de admiración el alma de un adolescente, porque ha leído, ha oído o ha visto algo bello, estupendo o generoso. ¡Feliz de él, si no malogra esa emoción en entusiasmos prematuros; si la protege mucho tiempo bajo el seguro del misterio y la cultiva en el acariciador despliegue del ensueño! A su rescoldo, madurará para hacerse acción, realidad.

Y he aquí que, otro día, el adolescente que alarmara a sus allegados por la abstracción ensoñadora que dejaba adivinar y tan perjudicial se creía para el sentido práctico de su vida, descarga sus sueños grávidos de idealismos en una juventud y una hombría llena de realizaciones. Los que con pedestre juicio le despreciaron, porque carecía de la actividad ratonil que desperdicia fuerzas y embauca, se miran ahora alelados, porque allí donde sólo vieron un desadaptado o un perezoso, ha surgido (según ellos, de la noche a la mañana) un poeta, un artista, un reformador, un estadista o un místico ante el cual la sociedad se inclina. No saben que una gota de luz, caída en buena hora, cobró ámbito y brillo al calor del ensueño. La fantasía se trocó en ideal, y éste, forjado por la voluntad y la inteligencia, se

trocó en verdad, en acción, en trabajo. ¡Y hay quienes niegan que el ensueño los frecuenta, por temor al ridículo! No merecen su gracia. Tanto valdría negarle excelencia al espíritu, ya que la aptitud humana para el ensueño es capacidad de saturar la fantasía de sentimiento, es creación de halago y donaire de ese otro donaire que se llama imaginación.

LA POESIA DE LAS FRENTES QUE SE INCLINAN

Un cuadro de Rafael, que es ufanía del Louvre, representa a la madre de Jesús inclinada sobre el humilde lecho de su hijo, fija la dulce mirada en el niño dormido, mientras la diestra levanta delicadamente el velo que protegía el reposo del divino infante.

Es el eterno poema de las cunas.

Sobre ellas se inclinan los rostros amorosos de las madres que bañan de ternura a la inocencia. Hacia esas frentes que se bajan se tienden las manitas hoyosas y ensayan sus primeras tiranías prendiéndose con fuerza a las cabelleras que las adornan. Y las frentes no se contraen ni se esquivan a la inocente tortura. Resplandecen. Sobre la muelle blancura de las cunas despéjanse de toda sombra y, bajo su serenidad, los ojos acariciadores observan cómo los niños contemplan el mundo externo, se extasían ante la luz o se regocijan con el vaivén de un arlequín sembrado de cascabeles, sustituto del sonajero, y

del bullicio con que nos inician en la alegría ligera y ruidosa de la vida. Tendido el cuello, espíase cautelosamente la influencia del ritmo que atrae al "pícaro sueño" con suaves mecidas y canciones de cuna muy quedas, cada vez más, hasta terminar en un susurro acompasado. Abátese sobre las cunas la mirada que interroga angustiosamente las crecientes de la fiebre, los "terrores infantiles" que inquietan el sueño, o se hunde plácidamente entre la albura de las telas que rodean de suavidades protectoras el descanso inefable de los niños. Esas mismas telas mucho saben de miradas amorosas, que ya otras veces se bajaron hacia ellas, mientras hendía su blancura la inquieta aguja y recibían los reflejos del dedal de plata.

Llega un día en que ese nido, caldeado aún por las sonrisas, los ensueños y los temores maternos, se ve abandonado. Amplio todavía para el cuerpo pequeño del infante, es estrecho para su anhelo creciente de ver y averiguar. Ya no le bastan la armonía monótona de las canciones, ni se solaza con la alegría cascabeleante de los sonajeros: juega por los jardines, mira con ansia más allá de las verjas, y tras sus miradas quisiera dirigir sus pasos. Y llega también el día que franquea libremente la rejas floridas que custodiaron su infancia, como franqueó para siempre los barrotes dorados de su cuna. La añoranza lo espera, lejos quizá, pero lo espera en alguna encrucijada de su vida cuando un cansancio

cualquiera, de placeres o de afanes, le haga inclinar la frente nostálgicamente y suspirar por la mirada ausente que se bajaba hasta sus párpados para llamar al sueño. Añoranzas de ternura, tributo exigido al afán de los vuelos tempranos.

La despreocupación jubilosa que avanza rodeada de facilidades y lleva siempre la frente alta, sin que se advierta en ella el rastro de algún cuidado, causa una emoción de desasosiego. Es bello ver marchar así la vida, jocundamente, pero es inquietante su destino. Ante el primer escollo, ¿se doblegará públicamente esa frente o se estrellará por no haberse sabido inclinar a tiempo para recordar, prever o trabajar?

Las frentes altivas que llevan el gesto de la voluntad y no claudican ni se arredran, tienen bajo la arrogancia de su expresión el sello de íntimas reconcentraciones y laboriosos cuidados. Un hombre declara que es su tema esta desafiante alternativa: "O encuentro camino o me lo abro". Y su vida confirma su lema. Pero ese hombre es un poeta, un pensador y un reaccionario. Mil veces ha inclinado su frente para dejar correr en el verso su vigorosa inspiración, sus canciones sonoras, vibrantes, que alternan con otras nostálgicas, muy nostálgicas; poesías angustiosas en las que vuelve por los recuerdos juveniles avivados con el sonar de las campanas que le evocan imágenes tan bellas como la de su novia de otros tiempos... "que envuelta en risa — del al-

ba, de prisa — con paso menudo llegaba a la misa"... Y despiertan en él anhelos de pureza y sencillez: "soñar con mis libros — jugar con mi hermana — correr por los campos"... Gritos son esos de un alma que en la más nostálgica de sus poesías no pudo decir "Quien vive de prisa no vive de veras — quien no echa raíces no puede dar frutos" sin haber inclinado, en los horas de intimidad consigo mismo, su frente de batallador siempre erguida ante el mundo que ha contemplado sus ruidosas aventuras.

"Vale más recrearse en la vista de una rosa que colocar su raíz en el microscopio", nos dice Oscar Wilde, con su peculiar concepto sobre la vida. Sentencia de artista es esa que nos seduce en el primer momento.

Bella es, por cierto, la flor lozana abierta sobre su tallo y admirada por ojos muy capaces de solazarse en su esplendor, mas de limitadísima potencia para estudiar el atrayente misterio de la vida en su fino polen y en la tersura de sus pétalos. Pero no es menos bella la contemplación de una cabeza de expresión inteligente, inclinada sobre el ocular de un microscopio y bañada por la luz difusa que al mismo tiempo que llega al reflector donde han de concentrarse sus rayos, deja su claridad sobre una frente cuyas contracciones denuncian la atención soste-

nida y la cerebración intensa de largos y tenaces estudios.

Poesía del sentimiento es la que envuelve a la figulina inclinada con gracia juvenil para mejor gozar del perfume de una flor y fijarse largamente en la armonía de su forma, o para hundir la mirada entre las matas de violetas al buscar las más tempranas. Poesía del sentimiento y de la inteligencia es la que rodea las frentes también juveniles, pero más afanosas, que se inclinan para el estudio prolijo, y traslucen la emoción de descubrir, combinar y crear. Llevan la huella que ennoblece también a las frentes pensadoras y a las que sienten la atracción de la grandeza ajena y la buscan en los libros de médula profunda o en los de regocijada y bella lectura. Hay siempre algo de aureola y de serenidad alrededor de una cabeza que se baja insistentemente sobre un libro abierto. La claridad de las páginas y la luz que se difunde en ellas parecen subir en un halo de paz, cual si rodeara, para no turbarla, esa comunión de pensamientos que se oficia con frecuencia sobre los libros leídos gustosamente.

Hay otra comunión del espíritu, ansiosa de paz y hermana de la humildad. Es la oración. Sobre los devocionarios y las cuentas benditas se bajan las miradas de los creyentes, y sobre las manos cruzadas se apoyan para la meditación frentes muy arrogantes, torturadas por la duda. La plegaria confiada y candorosa de los niños eleva sus cabecitas hacia las

imágenes y las alturas. Ellos no sienten la necesidad de inclinarse, libres como están aún de recuerdos dolorosos, de inquietudes y responsabilidades. La oración de los adultos no es sólo esa poesía del sentimiento exaltado hacia la divinidad: busca consuelo y fortaleza y tiene mucho de meditativo anhelar, de súplica reconcentrada, que halla su expresión natural en un abatimiento que inclina las miradas y las frentes, impregnadas con la humildad del ruego íntimo. Al erguirse suele verse en ellas el premio de la serenidad.

Tienen las frentes que se elevan espontáneamente el encanto del brillo pleno y la diafanidad. Mas las que se bajan, exentas de culpa y vergüenza; las que se inclinan suavizadas de ternura, melancólicas, o atormentadas por un pesar contenido; las frentes ávidas de que se reflejen en ellas la luz interior del pensamiento y de la verdad; las frentes que sienten la gravidez de los recuerdos y de los ensueños, tienen la poesía de los enigmas que tanto aman y escudriñan, de la bondad que las inclina cuidadosas, de la reconcentración y del misterio que no siempre nos revelan.

LIBROS PRESTADOS

Tienen los libros que ya han sido leídos y comprendidos por otros espíritus sutiles, un encanto singular. Las páginas que recibieron la caricia de manos cuidadosas y amigas ganan en intimidad porque al derramarse sobre ellas la emoción ajena, sellóse la comunión de otros sentimientos y otros juicios.

Lección de respeto y agradecimiento fué la que un día recibiera, cuando de un anaquel que sostiene la riqueza de muchas obras de selección, extrajo mi mano un libro en cuya portada se confundían los rasgos de numerosas firmas, cual si se hubiesen reunido allí en ofrenda de algún rito intelectual.

Mi sorpresa muda, pero interrogadora, obtuvo pronta satisfacción. La voz de su dueña dijo, no sin cálida modulación:

—Has escogido uno de mis libros favoritos. El elogio que muchas veces hiciera de él tentó la curiosidad de algunos y avivó en otros un verdadero interés. Sólo lo confié a quienes supuse que sentirían su extraña belleza y, afortunadamente, pocos

defraudaron lo que de ellos esperaba y ganaron el privilegio — que acaso yo únicamente estimo — de dejar su firma junto al nombre del autor. De ese modo reuno en mis libros predilectos la emoción artística de quienes los concibieron y el recuerdo de los amigos que se deleitaron con sus bellezas y me hicieron la gracia de trasmitirme sus impresiones.

—No deja de ser un interesante capricho con ribetes de curiosidad bibliográfica — argumenté.

Mi ligera impertinencia estimuló la explicación que no se atrevía a solicitar mi discreción. La confidencia se abrió camino, amplia, tal como yo la deseaba.

—Tú bien sabes — replicó la voz amiga — que es frecuente prestar los libros y reclamarlos cuando es morosa su devolución; pero pocas, muy pocas veces reclamamos la opinión que han merecido y nos desentendemos de las emociones que despertaron. Vuelven a nosotros saturados de otra alma; ocultan reflexiones que quizá nunca se nos ocurrirían; ensueños, simpatías o rebeliones que ignoramos para siempre. La indiferencia por el sentimiento ajeno estorba que brote el raudal del pensamiento contenido, por falta de reciprocidad.

—¿Y las firmas de los lectores amigos suplen acaso las confidencias que callan?...

—Bienvenida la burla que esgrimes — fué la respuesta.—Bienvenida si es su intención aguijonear mayores declaraciones. Pasan los años y olvidamos

quiénes fueron los que se recrearon con las páginas de nuestros libros favoritos.

Los lectores se suceden y la flaca memoria los confunde; pero la presencia de las firmas, sólo solicitada después de un sabroso comentario de ideas, son vividos recuerdos de aquellos que nos hicieron participar de sus apreciaciones. No conocemos el placer de esa reviviscencia espiritual.

Mientras hablaba la dueña del libro profusamente firmado, la luz que se hacía en mi espíritu me revelaba una nueva manera de amar los libros. Su mano reclamó la prenda inestimable y mientras su índice primoroso señalaba los nombres que ocultaban el secreto de sus amigos, su entusiasmo se disponía a develarlo.

—Escucha, escucha — me decía — lo que significa para mí este conjunto de nombres autógrafos. Aquí dejó sus rasgos, casi indescifrables, la mano nerviosa de un hombre joven que ya no existe. Nunca olvidaré la acalorada defensa que hizo de la discutible conducta de la heroína. A través de su generosa argumentación, Octavia, la protagonista, adquirió perfiles pasionales no soñados: era otra mujer distinta de la que forjó mi fantasía; otro el fatalismo que la impulsaba... Mira, aquí, la firma de mi padre. Tampoco existe. La estampó riendo del estupor con que le oí decir: "Tiene este libro un gran valor para mí, porque no comparto la tesis que sostiene". Apremiado por mi inquisitorial curio-

sidad me confesó sencillamente que debía a Ruskin esa manera de apreciar las obras del pensamiento: "Si quien escribe un libro no es tan sabio como tú, no debes leerlo; pero si lo fuera más, no hay duda que pensará opuestamente a tí en muchas circunstancias. Con frecuencia se oye decir: "¡Qué bueno es esto. Exactamente lo que yo pienso!" Lo provechoso sería poder exclamar: "¡Qué extraño es esto! Hasta ahora nunca se me había ocurrido; mas veo ahora que es la verdad..."

Ya no quedaba en mí nada de esa burla insustancial, provocada por lo que en un principio se me antojó que sería tan sólo novedad y capricho. Había cedido todo su campo a la sugestión que sobre mí ejercía aquella página, sólo comprensible para los iniciados en su múltiple secreto.

Mi interés pudo más que la simple curiosidad anterior y, naturalmente, venció a la discreción:

—¿Qué dice este romántico nombre de mujer escrito con rasgos cortos que parecen retenidos?

—Nos dice, ante todo, que los nombres no siempre están en consonancia con las personas que los llevan. Ningún espíritu más práctico ni más cerrado a las vaguedades y a los ensueños que el de la linda joven que lo escribió. Vivaz como una ardilla, implacable en sus fallos, guía siempre su conducta con esa sensatez que el mundo alaba como una virtud social y que con frecuencia sólo esconde la sequedad del corazón. No tuvo una palabra de piedad

para ninguno de los protagonistas. A todos alcanzó su condenación. Juzgó las consecuencias sin detenerse en las causas y sin analizar las pasiones y me tendió el libro con reprimido descontento:

—No me gusta — me dijo simplemente.

—¿Por qué causa figura entonces entre los firmantes?

—Porque no quise conformarme con un juicio tan lacónico. Después de su inclemente diatriba, reveladora para mí del profundo interés con que había seguido la obra, — no se juzga apasionadamente lo que no logra conmovernos — concluyó por confesar que la había leído sin interrupción y que si bien detestaba a la heroína y su reprobación alcanzaba a todos los personajes principales, reconocía que había fuerza dramática en las situaciones y era vigoroso el estilo; que eran tan patéticas las escenas donde culminaba la pasión, como aquellas otras sencillas y comunes en las cuales le encantaba la charla imperfecta de los niños y su lógica desconcertante.

A instancias mías dejó aquí su firma, porque sus calurosas condenaciones apoyaban la tesis de Ruskin que aprendí de labios de mi padre: la irreducible detractora no comulgaba con la moral del libro; pero su innegable belleza y su verdad la habían atraído profundamente, sin percatarse ella ni querer confesarlo.

Suspensa quedé yo. Con delicadeza perfecta, cual si se depositase en mis manos un sagrario cuyo va-

lor había aumentado con la revelación de sus misterios, volvió a mi poder el libro, acompañado del ruego que desde hacía largo rato esperaba como un honor:

—Llévalo y busca en sus páginas algo de tu alma. En todo libro la hallarás. Indicio de ella serán las grandes y las pequeñas reacciones que en tus sentimientos y en tus juicios provoquen las lecturas. Conocernos a nosotros mismos no es del todo difícil si nos observamos cuando leemos. Hoy, en obsequio mío, capta algo de tí misma en esas páginas y, como los que te precedieron en su lectura, hazme el don de tus apreciaciones. Tu firma será entonces un lazo más que me acerque a tí, y una nueva voz me hablará amistosamente cada vez que mis ojos se posen en esa página plena de intimidades.

A solas, ante el libro que me llevé con la secreta reverencia que reservamos para los relicarios, desplegóse mi impaciente afán de leerlo, aumentado por la sugestión de su título enigmático: "La dictadora", y por la promesa de seducción que para mí encerraba el nombre de su autor—Antonio Zozaya — no diré el más decidido, para evitar alguna injusticia involuntaria, pero sí uno de los más valientes tes defensores de la debilidad femenina y de los más comprensivos paladines de la humanidad que sufre. Ya se había rendido mi admiración ante muchas de sus obras y en "Alma de mujeres" — aquel libro suyo en cada uno de cuyos cuentos triunfa la gran-

deza, la presciencia o el sacrificio femenino — quedó cautiva la gratitud que, los lectores de corazón consagran a los libros hacia los cuales han de volver necesariamente en demanda de solaz o fortaleza.

La historia apasionada que se desenvuelve bajo la garra de la naturaleza, convertida en dictadora, robó a mis horas la noción de su transcurso. Presente el recuerdo de que aquel libro no se me había confiado únicamente para mi egoísta recreo, atizó mi penetración. Y al depositarlo de nuevo en las manos de su dueña gané el derecho de dejar en él mi nombre, al hacer el elogio sincero de una página secundaria por su importancia en el desenvolvimiento general, pero preeminente por la magistral belleza del sentimiento anidada en un huérfano adolescente y humilde "alma grande, corazón de oro" que cura la trágica demencia de una mísera mujer, gracias a su protección abnegada no exenta de peligros y que se mantiene más allá del derrumbe de su santa ilusión.

Desde ese día en que de un elegante anaquel tallado escogí al azar el libro que había de enseñarme a considerar el valor de todos los demás que me fueran confiados para su lectura, los he recibido siempre como un depósito precioso y he hallado en ellos nuevas virtudes.

A veces he advertido en sus márgenes signos discretos, delatores de que allí se había detenido la reflexión de su dueño. Los ligeros trazos marginales,

los interrogantes y una que otra palabra subrayada con fuerza, aparecían de improviso a mis ojos como amigos que solicitasen la refutación o el asentimiento que suscitaron dudas y sutiles asociaciones.

Libros prestados hay que llegan a nuestras manos, verdad es, limpios de toda señal y acaso vírgenes de toda mirada. Su lectura es más corriente, pero les falta la fuerza simpática que indefectiblemente mana de los vestigios de otra visión espiritual.

La breve y discreta acotación; el subrayado oportuno; los signos convencionales y una que otra palabra insinuante, cuya trascendencia sólo comprende acabadamente el dueño de un libro, son la garantía de su belleza, de su bondad y del valor intrínseco que se le adjudica. Señalar un libro significa que tarde o temprano se ha de volver a él. Allí quedan, pues, esos signos, indicadores celosos de los párrafos que han de devolvernos las emociones y los pensamientos buscados.

El día en que "La dictadora" volvió a ocultar su tesoro a las miradas profanas, junto a otros libros que quizá encerraban riquezas semejantes, vi que su dueña abría un cuaderno en cuyas artísticas tapas de cuero repujado imperaba en relieve la figura de un buho vigilante cuya mirada parecía querer escrutarlo todo.

—Es el guardián que vela constantemente en las oscuridades de mi memoria — dijo sonriendo mi previsora amiga. — A su custodia confío el nombre

de aquéllos que se llevan en préstamo mis libros y, con su tranquila actitud, me recuerda que no debe dejarse en olvido la suerte que corren "nuestros mejores amigos", si no queremos lamentar el riesgo de perderlos para siempre.

Un lápiz diminuto trazó junto a mi nombre y al título del libro confiado que, precedidos de una fecha habían sido anotados, la breve noticia de su devolución.

Cerrado el cuaderno, el buho de penetrante mirada persiguió a mi fantasía y no quedé libre de su obsesión hasta que hice acto de contrición por todos aquellos que no aprecian el valor de los libros prestados.

Recordé a mi amiga con cuánta razón un poeta de espíritu burlón — cuyo nombre lamento que escape a mi memoria — historió el aventurero correr de un libro que, al pasar de mano en mano, se aleja de su dueño cada vez más.

Aquellos versos los repetíamos cuando, colegialas aun, no comprendíamos toda la travesura de su intención final.

Juntas reímos ante aquel recuerdo fragante de la infancia y echamos al olvido los juicios serios, los dramas de la fantasía y de la vida, las pasiones, el buho y cuanto significara seriedad, para repetir con la rítmica entonación y el regocijo de otros días:

. . . .

Las famosas golondrinas
Del poeta sevillano
Volverán cualquier verano
A las playas granadinas;
Las coquetas a ser finas,
Si lo fueron, tornarán;
Peras los olmos darán,
Pero ese libro prestado
Ya mis ojos no verán.

LA ESCUELA Y LA VIDA

Toda la mañana lucieron su hermosura, reunidas en un airoso ramo, aquellas rosas blancas que fueron anónimamente depositadas en mi sala de trabajo junto a los serios libros y los abstrusos papeles.

Alguna de las muchas jovencitas que me dan los "buenos días" con su sonrisa, dispúsolas con gracia en un vaso transparente. ¿Cuál de ellas fué? No lo sé, pues no quise averiguarlo para que a todas alcanzara mi agradecimiento.

Y como no hay niño que no pose su mirada con deseo sobre un gran ramo de flores, los ojos de dos colegialas pequeñitas que hallé más tarde en mi camino, se detuvieron, sin disimular su inocente codicia, sobre mis soberbias rosas blancas.

La más tímida codeó significativamente a la más audaz. Y el deseo se hizo voz; voz de niña que reclamaba lo que era imposible negarle: flores.

—Deme una rosa, señora...

Sin vacilar, puse el gran ramo, completo, en la manita extendida.

—¿Todas?...

—¡Todas! ¡Sí, hijita, todas!

Aladas me parecieron aquellas criaturas en la veloz carrera que su alegría impulsaba. ¡Imagen de la vida! Llevábanse de prisa el tesoro fácilmente conseguido, sin advertir que, en su alborozo, dejaban caer algunas flores — acaso las más bellas — por una sola de las cuales rogaban antes.

Tras el gran portal de la escuela cercana desaparecieron mis rosas y sus felices poseedoras.

Bello destino el de esas corolas que, después de alegrar con su blancura el trabajo de toda una mañana, no fueron a marchitarse en la penumbra callada de un salón. Manos inocentes lleváronlas triunfantes a una laboriosa señorita y, dispuestas con nueva gracia dentro de la clase infantil, siguieron siendo expresión del afecto y presidieron el trabajo realizado dentro de un aula moderna.

Hasta allí las acompañó mi fantasía. A la imagen supuesta de la maestra, que debió recibirlas sonriendo, asocié la de un aula amplia, clara y bien dotada, en la que el buen gusto supo seleccionar los adornos murales, conciliar lo cómodo con lo necesario e imponer lo agradable sin mengua de lo útil. Aula como las hay muchas, por fortuna para los niños, que pasan en ellas tantas horas de su vida; donde una inteligencia experta o comprensiva ha dado carácter a todas las cosas sólo con reunir hábilmen-

te algunas que respondan al sentimiento y a la mentalidad de los niños que deben concurrirla.

Tal como esas las he visto en una modesta escuelita situada en un barrio apartado. A manera de frisos, sonríennos en los muros rubias holandesas, bajo las aspas de sus molinos. En otros, desfilan hacia una escuela imaginaria entre los hielos, un grupo de pingüinos, y todas esas imágenes alegres van poniendo su nota amable y repetida en torno de los niños pertenecientes a uno de los barrios más pobres de la ciudad. Algunos cuadros bien escogidos decoran sobriamente los salones, adornados con plantas, y cuyas puertas se abren al único y risueño patio de paredes engalanadas con las hojas trepadoras de las enredaderas, junto a las cuales trinan, columpiándose en sus jaulas, sin cuidarse de horarios ni de reglamentos, varios pájaros cantores. Ni un solo detalle costoso; pero mucho lujo — eso sí — de amor, de gusto, de vida y, en medio de tanta significación, un grupo de maestras jóvenes yendo y viniendo entre los blancos y niveladores delantales de los niños.

Porfiadamente, aunque lejana, preséntasenos la imagen de otras aulas, severas y magnas por su capacidad, pero que aún a través del tiempo — ese gran limador de asperezas — se nos antojarían desprovistas de todo encanto si no hubieran quedado prendidos a su recuerdo los afectos de la niñez, si las travesuras y las sonrisas que en ellas nacieron no

tejiesen algo así como un velo de luz que se obstinara en posarse en todas las arideces para esfumarlas suavemente.

Pero la implacable mirada adulta, con su hábito de ahondar el pasado y de entablar comparaciones con el presente, concluye por imponer los recuerdos libres de toda falacia. Y éstos, reviven el estupor con que muchos ojos infantiles recorrieron, en otro tiempo, los muros de donde pendían, como ornato, complicados mapas que nada les decían, verdaderas incógnitas que aplastaban la mente antes de nutrirla. Cuadros zoológicos y anatómicos, semejantes en todas las aulas, exhibían ante los niños que aún no habían aspirado el perfume de siete primaveras, los misterios de la circulación o el horror de un esqueleto humano constantemente expuesto ante ellos con los brazos semitendidos cual si quisiera cogerlos.

Felizmente, concluían aquéllos por no ver lo que miraban; pero en la mente quedaba, como un sedimento molesto, la confusión de muchas imágenes incomprensibles — macabras algunas — mezcladas a otras de animales monstruosos, desconocidos o familiares, de mariposas e insectos.

Revívense con cruda y enojosa objetividad todos esos absurdos del pasado, mas no tarda en vencer de nuevo, flotando sobre ellos, venturosamente, el recuerdo del regocijado espíritu infantil de entonces, de los primeros entusiasmos, y de las emulaciones fecundas.

Escuela de la vida, el aula concentraba — entonces como ahora — enseñanza, actividad, triunfos o derrotas.

Sólo los símbolos y los fetiches han cambiado; los ideales, no.

De la fina cadenita que ostentan hoy la mayoría de las niñas del pueblo que concurren a nuestras escuelas comunes, balancéase ufano el muñequito de la suerte, el pequeño ídolo de la buena risa y a veces — las menos — la medallita religiosa.

Antaño, del modesto cordoncito pendía con preferencia la tosca llavecita, el "sésamo ábrete" de un tesoro muy apreciado: la cajita de útiles, orgullo de su dueña. Signo de posesión personal, aquella llavecita era el engaño más burdo e ingenuo que sufrían sus poseedoras. Iguales todas, nacidas en idénticos moldes, eran una custodia harto insuficiente. Lo sabíamos. La llave de una abría la caja de las demás; pero era un símbolo amado. Significaba la pertenencia absoluta, lo inviolable por derecho: la propiedad. Subsistía el ideal, no obstante el peligro y, acaso, por él mismo.

Esa llavecita sin complicaciones que vigilábamos celosamente, pronto sería trocada por otra más pulida, destinada a cerrar el brillante broche — ¡ay! también débil y violable — de un álbum de pensamientos íntimos o del libro de memorias, hasta que llegara el día revelador de lo muy inútiles que son los más ajustados cerrojos y los más pulidos llavines

para guardar secretos los pensamientos y los sentires. Indiscretos, escápanse éstos por entre los cantos dorados de las páginas y van a trasparentarse en los ojos alegres o soñadores, en los entusiasmos repentinos y sagrados, en los rubores y en las altiveces de la juventud.

Tan sólo la vida enseña a custodiar los bienes adquiridos y a cuidar que no se dispersen inútilmente los pensamientos y los afectos. Sólo ella, del mismo modo que instruyó a las niñas de antaño, será capaz de convencer a las de ogaño que van por la vida confiadas en el muñequito de la suerte, de lo innecesarios que son los cerrojos y los fetiches allí donde hay un corazón bien puesto y una voluntad valiente.

Si cuando, por centésima vez, contemplábamos antes los vistosos cromos de las estampas que nos familiarizaban con las imágenes sagradas, alguien hubiese inquirido nuestro ideal de belleza, la mirada infantil, paseándose indecisa sobre esas vírgenes nimbadas de luz y con mantos azules, hubiera vacilado en la elección: todas eran igualmente bellas; todas bajaban con la misma modestia los dulces ojos; todas reflejaban la más serena bondad. Difícil problema debíanos resultar la preferencia. Y, sin embargo, allí estaba nuestro ideal de belleza; pero residía en todas, porque de todas ellas conocíamos y amábamos sus líneas armoniosas, sus expresiones y sus actitudes.

Indecisas, también, a pesar de la variación, demostraríanse las niñas de hoy ante su álbum de colecciones, en cada una de cuyas páginas, amorosamente recortados, se imponen los retratos de las bellezas universales, difundidos por las revistas y cuyas elegantes posturas y ricas expresiones — bien lo sabemos — las pequeñas coleccionistas estudian, conocen y defienden.

No nos alarmemos demasiado. Aquel extremo no fué perjudicial entonces, y éste no habrá de serlo tampoco. Que aprecien y se familiaricen los niños con la belleza de la línea, que se abismen en la armonía de los colores, que comprendan y se interesen por la expresión, eso es lo esencial.

Llegará la hora en que, cultivado ya el espíritu, toda esa noción de armonía y de belleza recogida en la infancia se encauzará por la senda única del verdadero arte. Y así como las niñas de antaño, habituadas a las expresiones seráficas, supieron un día conmoverse ante las formas incomparables y profanas de la estatuaria clásica y comprendieron la sugestión del arte moderno. Las criaturas de hoy se extasiarán mañana ante las "madonas" del Renacimiento y sentirán la paz que de su contemplación irradia.

A fin de contribuir a ello, en lo posible, que descienda para siempre de los muros de nuestra escuela el material didáctico, tan útil, tan imprescindible

para ilustrar la enseñanza, y tan ingrato, tan árido para su contemplación obligada y muda.

Y si ha de ser severidad y enseñanza lo que a todo trance se requiere que respire la escuela, tradúzcase ésta en las reproducciones artísticas de las obras maestras de la arquitectura de todos los tiempos, de la estatuaria y de la pintura. Pero a los pequeñitos dejémosles sus frisos risueños, la gracia ligera de la línea, las flores, los pájaros que los distraen en sus tareas — no importa — ya que con eso se les hace grata la tarea del aula y, acaso ¡pobrecitos!, se les ofrece por algunos años el único recinto limpio y ameno de que disfrutarán en la vida.

EL PODER DE LA SINIESTRA

Su simbolismo

Donosos tiempos aquellos en que los caballeros de un siglo cortesano, barrían con las plumas de sus fieltros el suelo que hollaban las damas. Elegante era la curva que describía la diestra cuando se inclinaban ante ellas, descubriendo sus cabezas. Más, la siniestra apoyábase entonces sobre el pecho y corregía con su significado lo que de otro modo hubiera parecido tan sólo vacuo artificio de señoril cortesanía.

Bajo los encajes que oprimía la mano izquierda de aquellos caballeros, palpitaban los pechos esforzados que tan cumplidamente sabían amar y componer madrigales para las bellas, como enardecerse en pos de la gloria, salir al encuentro de la fortuna, buscar el peligro si era menester, o departir — como el gran Condé — sobre temas ingeniosos bajo las umbrosas alamedas de sus parques.

El acatamiento de la izquierda era, pues, la ofren-

da de todo ese ánimo viril, cortesanamente disimulada por el ampuloso saludo de la diestra.

Siempre le cupo a ésta la misión más brillante: la exteriorización de la fuerza y el poderío; de la habilidad, la clemencia o la generosidad. Siempre fué privilegio de aquélla, sostener con su oscura pero noble firmeza, el fastuoso despliegue de su hermana.

La dádiva de la diestra sería amarga e hiriente si la presenciara la mano izquierda. Esta, cumpliendo el bíblico precepto, ennoblece la caridad. Sin su simbólica ignorancia la generosidad tornaríase ostentación y la gratitud, dolor

La mano que da, es la misma que recibe y puede algún día tener que extenderse para pedir. La siniestra, que se mantiene ajena a la dádiva, rara vez implora y sólo se une a la derecha para elevarse en acción de gracias por los beneficios que ésta obtiene.

Descaecido el cuerpo o el ánimo por la debilidad o la vejez indigente, la humana flaqueza adelanta la diestra en demanda de ayuda. La izquierda, en cambio, encuentra fuerza en sí misma, y mientras aquélla pide, empuña el báculo que sostiene lo que aun resta de energía y de propio valimiento.

Cuántas veces la mano que escribe siguiendo el vuelo de los pensamientos, detiénese sin cuidarse de los momentos que huyen: acaso la duda suspende

su labor y dá lugar a la reflexión que ordena la apasionada turbulencia con que quieren explayarse las ideas. Queda la diestra inmóvil mientras la cabeza atormentada busca el apoyo de la sinisetra que, fiel a su misión aparentemente secundaria, soporta el peso y el ardor de la frente gestadora, en tanto que su remisa hermana vuelve a labrar las páginas que brotan a impulsos de la idea.

Oculta bajo la custodia de los escudos, las rodelas y las adargas, la siniestra de los combatientes ha venido asumiendo desde los tiempos heroicos toda la responsabilidad y el poder de la defensa. Cerrábase con fuerza, comunicando al nervudo brazo el vigor y la voluntad que requerían la honra y la vida para conservarse. Y si la luz se quebraba en el guantelete de la mano pujante que manejaba la lanza o la espada, haciendo lucir su acción ofensiva y brillante, la contraria permanecía en la sombra bajo el arma defensiva, pero lograba con su firmeza mantener la vida y las fuerzas que movían a la diestra.

Cuando, admirables por su bravura y envueltos en el humo de las batallas, los caballeros cristianos empuñaban con destreza la espada mortífera de los combates, en la siniestra — cerca del corazón — solían llevar aprisionado el crucifijo de marfil y ébano emblema de su acendrada fe.

Resplandecía la tajante espada a los reflejos de un sol que alumbraba las proezas de la mano que la

esgrimía: pero el fuego de la mirada albergaba su llama en el corazón de los guerreros cerca del cual sentíase el roce de la mano al oprimir el símbolo cristiano. El fervoroso sentimiento que ella concentraba, nutría de impulsos heroicos y de resistencia al incansable brazo de los caballeros.

Tal como esos paladines de la religión y de la gloria, un hidalgo genial fincó también en la significación de su mano izquierda, inmovilizada por la guerra, el temple de ánimo que hubo de reclamarle con frecuencia su adversa vida. La "gloriosa manquera" de su siniestra, fué para Cervantes el recuerdo amado de una jornada heroica. Testimonio siempre presente de su valor como soldado, debió rememorarle constantemente el día de Lepanto con el sabor de gloria que tanta fortaleza le infundiera en los días oscuros del infortunio.

Pocos versos le bastan en su "Viaje al Parnaso", para hacer la alabanza de su derecha sin descuidar el elogio tácito de la otra mano, perdida para la actividad en un día que fué el orgullo de su vida:

Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda para gloria de la diestra.

Intérprete de su genio, escribió ésta las páginas que han sido y seguirán siendo asombro y deleite de las generaciones; pero su izquierda inutilizada

no le fué en mengua, ya que en el recuerdo de la acción que ella atestiguaba debió refugiarse su amargura en demanda del aliento que necesitaba su ingenio y que la suerte le negaba. Al contemplar su mano malograda en el combate, hubo de exclamar las palabras que su ilustre biógrafo Navarro y Ledesma le atribuye: "Pobre y viejo soy, mal me estiman los que no me conocen; de precarios recursos y viles empleos vivo, pero yo estuve en Lepanto!"

Tan universal y de todos los tiempos ha sido la indiferencia con que se relegaron las aptitudes de la siniestra, que un pensador profundo y humano como Marco Aurelio, hubo de advertirla para sacar de ella alentadora enseñanza. Y usando de la hermosa sencillez con que se "hablara a sí mismo", aquel emperador filósofo escribe: "Acostúmbrate a
" lo que crees por encima de tus fuerzas. Ve la ma
" no izquierda: por la falta de costumbres es ge-
" neralmente débil en todo, no obstante tiene la bri-
" da más fuerte que la derecha porque está acos-
"tumbrada a ella".

Es la suya una voz amiga que a través de los siglos viene haciendo un llamamiento a todos los espíritus timoratos, para que no desconozcan sus fuerzas, ni mantengan adormecidas sus vocaciones por falta aparente de aptitudes que acaso sólo necesitan ensayarse para ganar fortaleza.

Bajo el simbolismo de la brida dirigida por la mano generalmente relegada, el pensador romano

señaló todas las potencias humanas que la desidia aplasta y todas las energías fecundas que pueden alzarse triunfantes, gracias a la consecuencia y a la educación, llamadas a sacudir la incomprensible apatía que aun se pasea por el mundo para mengua de aquellos que la consienten.

Cenicienta secular, la siniestra deja que el olvido y la injusticia releguen su valor, descuidando su destreza. Y mientras la reivindicación de sus derechos llega, suma a sus merecimientos la predilección que por ella tuvieron los amantes. Reconociéndole, quizás, que estaba en relación más directa con el corazón, el amor confióle, como símbolo de alianza, el fulgor de una sortija.

La mano izquierda recibió, pues, el anillo de esponsales y desde entonces sintió el halago y la ternura de la mirada femenina al posarse con preferencia en ella.

El injusto y ancestral olvido que la mueve con tardanza inhábil, la preserva del trabajo afiebrado de su hermana y al hacerla depositaria de la serenidad y la mesura, le presta el enigmático atractivo de que se presienta en ella un poder que suponemos grande, pero cuya ponderación desdeñamos valorar.

EL TALENTO DE ESCUCHAR

Dos varones ilustres, empeñados en la salvación de Grecia, miden las fuerzas de sus argumentos, bajo un cielo purísimo y teniendo por horizonte un mar azul de nítidas lejanías.

La palabra calurosa del general ateniense, elévase avasalladora: arrogantes son sus respuestas y formidables sus convicciones. En desacuerdo, encónase el jefe espartano al ver vacilar las suyas y no hallando razones para convencer a su temible contendiente, airado, levanta contra él su bastón.

Sereno, Temístocles, desafía tal violencia, pronunciando el famoso apotegma: "Pega, pero escucha".

Detiene el golpe Euribiades, vencido por la grandeza del ateniense, y escucha. Escucha el plan audaz de defensa marítima que había de diezmar a los persas y salvar a Grecia. Salamina es el glorioso epílogo de aquella contienda histórica en la que un gran estratega atrajo las voluntades discordantes haciéndose escuchar.

Van desfilando en la historia, que es relato de la

vida y en la literatura que suele ser su reflejo, acciones jubilosas y grandes tragedias que tienen como causa determinante el haber sabido escuchar a tiempo o negado oídos a la voz de la verdad y la razón.

Lamenta Creso la soberbia que le impidiera escuchar a Solón y, para bien de su enemigo, recoge Ciro la sabiduría de esa lección, aumentando por ese solo hecho el relieve de su personalidad histórica.

Abundando en ejemplos, recordemos el acierto con que un poeta español del siglo pasado nos dijera:

Que el mayor yerro de Troya
Fué no escuchar a Casandra.

Y en un drama antiguo, el más famoso de la literatura india, una doncella, Sakuntalá, perdida de amores, sueña su dicha a la puerta de su cabaña. Abstraída en el dulce recordar de su ventura, no presta oídos a un brahman que, dirigiéndose a ella, le pide limosna.

El orgulloso santón no perdona el agravio de no haber sido escuchado, y haciendo uso de un poder sobrenatural, que es el premio de su ascetismo, condena a la joven al terrible dolor de ser olvidada por su regio amante.

Complicada es la urdimbre donde se entrelazan los dramas, las grandezas y las mezquindades humanas; pero a poco que se observe, vése en la trama

de la vida que el saber escuchar es un arte profícuo en bienes, y que negar oídos suele ser fuente de pesares. Adviértese también que "quien escucha su mal oye" y que prestar oídos a todos encanallece al hombre o debilita sus decisiones.

Aguzando la mirada para seguir ese hilo de la vida que teje tales contradicciones, resalta esta verdad: escuchar es un bien. Pero para que lo sea, es necesario tener el talento de saber escuchar.

Penetrar en el pensamiento del que habla; sondear el móvil que le da vida; vislumbrar el grado de sinceridad que anima las palabras y la experiencia que las dicta, no es proceso fácil ni inútil. Exige una gimnasia intelectual que mantiene viva la atención y pronta y eficaz la réplica.

Oir no es escuchar. El que escucha aplica toda su comprensividad para obtener la posesión completa de lo que oye. Talleyrand no pensó, seguramente, en los que saben escuchar, cuando dijo que "la palabra le ha sido dada al hombre para disfrazar su pensamiento".

Puede ser sujeto pasivo el que oye, pero el que escucha, nunca. Bajo la aparente pasividad de un silencio reconcentrado, despliegan su fuerza la actividad emotiva e intelectual.

Variadas como sus efectos, son las causas que debilitan la aptitud de escuchar.

La desidia mental y la falta de interés por el conocimiento del proceso psicológico ajeno, anulan po-

co a poco ese precioso privilegio que, bien cultivado, no tardaría en convertirse en un hábito intelectual. Descuidarlo, equivale a rechazar de sí, voluntariamente, un manantial de conocimientos, de reciprocidad y de experiencia, cuando no de belleza.

Para desgracia suya y de los demás, no faltan los que tales bienes rechazan. Compasión para ellos. Vedados les están los encantos de la conversación; de la conversación sostenida y sabrosa, verdadera comunión de espíritu que va prendiendo las horas con el alfiler magnífico del buen decir.

Saber escuchar es el soplo que aviva las pláticas que remozan el espíritu y hace que las gentes se separen con gratitud. Es el secreto lazo que atrae a sus elegidos junto al clásico rincón del fuego, para pasar la velada amablemente. Es el asombro de los que, incapaces de fijar su atención para discurrir en selecta compañía, descuidan un culto para mezclarse en la bulliciosa marejada de la trivialidad.

En la intimidad de la conversación, ya se matice ésta de gracia ligera y fino humorismo, ya se impregne de sentimiento y reflexión o vaya en pos del recuerdo, basta que uno de los presentes no sepa escuchar para que el encanto se rompa.

Las interrupciones molestas, la instabilidad del pensamiento, la movilidad, la falta de interés del importuno o su gesto resignado, destruyen la armonía del momento. Si hubiese cerca una ventana, y tal cosa fuese posible, ganas darían de arrojarlo por

ella. No siendo humano este procedimiento, sólo nos resta sufrir el mal para mejor gozar el bien cuando, libre de enojos, ritme de nuevo su encanto la conversación.

Un gran moralista francés del siglo XVII, La Rochefoucauld, en sus diversas reflexiones nos señala, con la sutileza que le dió renombre, la causa de que tan pocas personas sean agradables en su conversación. Atribúyela al prurito de pensar más en lo que se quiere decir que en lo que se nos dice.

Nada hay que incapacite tanto para escuchar como la ignorancia presuntuosa y el deseo inmoderado de escucharse a sí mismo.

El afán de hablar, de superar efectos en la conversación, de referir casos personales y de pasar por listos y advertidos, va retratando en el semblante el apremio por replicar, no la atención discreta del que escucha y valora a su interlocutor.

Son consecuencia de esta descortesía la vacuidad y la falta de unidad en la conversación. Ahuyéntase la simpatía en el trato personal y se ahoga la sana curiosidad intelectual, que es recurso seguro de aprovechamiento en la vida.

Todos sabemos que una hora de conversación fluyente y erudita suele ilustrar más que un grueso volumen. Brota la palabra autorizada, y es fruto en sazón que recoge el que escucha.

Si el silencio propicio a la reconcentración mental es la expresión respetuosa y acatadora de una

larga disertación nutrida de verdad o de belleza, las preguntas oportunas, la apreciación personal, la inteligencia que brilla en la mirada, son incentivos de la conversación y signos seguros de que se escucha con interés.

La palabra, con su poder colorista, va desenvolviendo imágenes tras imágenes revestidas de realidad. El que escucha puede, por lo tanto, aplicar desde el principio toda su actividad comprensiva.

Pero hay una forma de escuchar tiránica y elevadísima que exige la preparación gradual del espíritu para gozar el bien que prodigará. Es el recogimiento necesario para escuchar la música.

Su armonía se impone en virtud de su belleza, pero no puede llenar plenamente el espíritu sin la depuración de todo lo que sea extraño a su esencia misma.

Prepárase el ambiente con lo primeros efluvios musicales. La vibración de los sonidos va conmoviendo el ánimo hasta tomar, triunfante, su completa posesión. Teje la fantasía su red de oro envolviendo un tesoro de sentimientos que despiertan y el que escucha se penetra de esa unción egoísta y silenciosa propia de las emociones estéticas muy intensas.

Captar el pensamiento humano transfigurado en melodías, es un placer incomprendido para los que no saben, ante la belleza incorpórea y fugitiva de la música, despojarse del mundo externo y sus preocupaciones.

Ni la intuición artística, ni el gusto musical bastan para recibir la riqueza de sentimientos que nos llega en hondas de armonía. Ha de sumarse a ello, para que el hechizo se forme, la aptitud de escuchar, recogida la mente y educado el sentimiento.

Esa capacidad de recibir sin gran esfuerzo el sentido de un discurso y los matices de una sostenida conversación, o de escuchar durante varias horas las complejas armonías de la música sin sentir fatiga, es el fruto de una autoeducación que, si bien en sus comienzos requiere esfuerzo, va haciéndose luego una necesidad para el espíritu y una manera habitual para enriquecerlo.

Su base es la atención. Educar esa facultad es encauzar su poder, defendiéndola de las solicitaciones inútiles y continuas a que está expuesta en detrimento del provecho que debe prestarnos.

Su premio es la mayor amplitud de los conocimientos y el dominio de la voluntad aplicado al mundo del pensamiento.

A más esas ventajas intelectuales el arte de saber escuchar reserva, a los que han sabido cultivarlo, la simpatía engendrada por el trato cortés, verdadero halago de la vida, que va ganando voluntades y no podría existir sin la deferente atención de los que deben escuchar para ser a su vez escuchados.

CASTILLOS EN EL AIRE

Se construyen con los elementos más nobles de la psiquis humana. La imaginación los levanta con ayuda de los buenos y bellos deseos, del optimismo, de la emoción y del amor a la vida. La razón, calculadora, se queda al pie de esas torres aéreas creadas por la fantasía, y sólo penetra en su interior si la realidad llega para darles base segura sobre la tierra. Más cuando se desploman y en su caída apagan la luz que las mantenía tan radiantes, la razón, que se estaba callada en la sombra, acoge todos esos escombros de la ilusión y, reposadamente, explica y justifica el brusco derrumbamiento que no pudo prevenir porque no fué consultada.

Si logra salvar una sola chispa de optimismo, entonces, la ilusión, con virtud de ave fénix, revivirá de sus propias cenizas para construir otros castillos. Nuevos y futuros anhelos, basados también en el aire, pero que como ya escucharon las persuasiones de la razón podrán, quizá, mantenerse iluminados e incólumes en su descenso hacia la tierra,

atraídos por el imán de la voluntad y la perseverancia de quienes le dieron vida en el aire mientras les preparaban cimientos más duraderos.

Cuando esas creaciones irreales — avanzadas de una felicidad que no siempre llega —— se desmoronan a medias y lentamente, reducen el lucido castillo de ilusiones a tan menguada realidad, que no se sabe qué lamentar más, si los gallardos y quiméricos contornos desaparecidos, o la tristeza de verse reducido a aceptar tan mezquino residuo.

Sobre el derrumbamiento definitivo y brusco puede alzarse, como rebote magnífico del idealismo y de la fe, otro castillo compensador; sobre los "detritus" de ilusión, acumulados poco a poco por los desengaños repetidos no se elevará, para la generalidad de los mortales, ninguna altura donde pueda encaramarse el espíritu.

Afortunadamente no perturban al genio esos zarpazos traidores del desengaño. Opóneles el vuelo constante de la fantasía creadora y la grandeza de las ideas. Por cada torrecilla que se derrumba, otras cien engalanan sus castillos y llega a realizar sus visiones interiores con magnificencia mayor que la soñada.

Ni el cautiverio, la cárcel y la pobreza; ni la incomprensión y la injusticia, abatieron el ánimo alegre y la ilusión fecunda de Cervantes. Y tan desbordante fué ésta que su genio dió vida con ella al iluso más humanamente conmovedor. Trasunto

de su asendereada vida, siempre dispuesta a ofrecerle abrojos allí donde creía encontrar flores, el ingenioso hidalgo manchego es el espejo del optimismo de Cervantes. Vencido estaba el caballero andante y obligado a no tomar las armas por un año; pero la humillación de la derrota no deshizo el castillo de su ilusión que siguió iluminado por la sin par belleza de Dulcinea, ya que la flaqueza de aquel hidalgo que se proclamaba "el caballero más desgraciado del mundo" no debía defraudar la verdad de su quimera con la que seguiría alimentando su idealismo. Y en su melancólico regreso a la aldea natal encuentra íntegro ese idealismo para imaginar, sobre el mismo prado que fuera teatro de uno de los muchos atropellos que sufrió, una vida venturosa, castillo de viento exornado de belleza bucólica y gracias al cual veíase pasear por montes, selvas y prados en compañía de su escudero convertidos ambos en pastores "cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos o de los caudalosos ríos". Y como el amor era el supremo culto de su vida, en él pensaba encontrar inspiración, aun entregándose al pastoril ejercicio. Si los sauces les ofrecerían sombra, olor las rosas y Apolo versos, el amor les daría conceptos con los cuales podrían hacerse "eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos".

Tan poderoso y de tan buena ley era el idealismo

de Don Quijote que con su fuerza realizó la quimera de sus castillos. Quiso ser y fué un cabal caballero andante, a despecho de la razón tardía, que al volverle de nuevo le hizo abominar de su vida ilusa y pedir perdón a Sancho por haberle hecho caer en sus errores.

El castillo dorado de Cervantes se vislumbra en la profecía que hace de su obra, cuando no tenía más apoyo ni alientos que su fe; profecía, dirigida a Don Quijote por Amadis de Gaula en uno de los sonetos preliminares:

. . . .

Vive seguro de que eternamente
En tanto al menos que en la cuarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,
Tendrás claro renombre de valiente;
Tu patria será entre todas la primera,
Tu sabio autor, al mundo único y solo.

Como el hidalgo que él creara con lo mejor de sí mismo, Cervantes atrajo hacia la tierra su ilusión y su optimismo, y en ella plantó para siempre, sólidamente, su castillo de lucidísimas torres que no pudo ser desmoronado ni por los padecimientos ni por la mala fortuna.

No es a estos idealistas pródigos de belleza que se refiere Gracián, al fustigar con su burla a los encastillados que no quieren salir de su quimera. Para

los que "no levantándose del polvo pretenden tocar con la cabeza las estrellas" augura una caída humillante: "Todos" — dice — "pretenden subir y ponerse sobre los cuernos de la luna, más peligrosos que los de un toro, pucs estando fuera de su lugar, es forzoso dar abajo con ejemplar infamia..."

Los castillos en el aire de que nos habla Gracián no son los que construye la psiquis con sus mejores elementos. Formados de presunción, de ambiciosas miras y de envidia, nada tienen de ese idealismo que mentábamos y que en la infancia es puerilidad y en la juventud ensueño; que en la edad viril es fuerza creadora y en la vejez es una nueva poesia del sentimiento, formada de recuerdos y de cierta tendencia conservadora por todo lo que fué grato y motivo de ilusión en los años lozanos; algo así como un agradecimiento a la vida. Si durante esos años mozos no se han acariciado ficciones, como si fuesen realidades, muy entumecida habrá quedado el alma para el resto de sus pasos por el mundo.

De un optimista puede nacer un pesimista por decreto de la reiterada mala fortuna, pero para su bien le quedará el recuerdo de las imagenes y emociones que le anticipaba la fantasía y que la adversidad desbarató. La amargura no borrará la conciencia de haber tenido un espíritu activo, abierto al deseo. El pesimismo será entonces menos árido y, por fatal que sea, salvará al hombre de la indiferencia.

De un indiferente no puede nacer más que la desidia y el fastidio. El pesimista levanta castillos hermosos, pero sin luz, sin fe. El indiferente no sabe siquiera qué es la fe. Y si el que la ha perdido puede recobrarla, quien no la conoce, ni la necesita ni la merece.

Cuesta creer que un niño, uno de esos niños que inquieren continuamente con los ojos muy abiertos y brillantes, pueda algún día llegar a ser y vivir vegetativamente como lo hacen los indiferentes. Cuantas más escalas y adornos quiméricos procuremos a la infancia para que construya con ellos sus castillos, más alejaremos de su vida futura el peligro de la indiferencia.

Las viejas consejas que deforman y embellecen la realidad, sabían más del alma de los niños que la misma ciencia. En el mundo de fantasías que les presentan y que tanto bien les hace sin causarles ningún daño, no caben los errores. Y es más fácil que destruyan éstos los espíritus que en la niñez se han nutrido de tantas quimeras como verdades, que aquellos tempranamente aplastados por postulados científicos que ni siquiera tienen en su defensa la absoluta estabilidad.

Los niños se aferran y son felices con sus ficciones. Sufren cuando, inoportunamente, se las destruyen los que no comprenden lo innecesario de su intromisión en esas almas que — según Rodó — están sólo a medias sumerjidas en la realidad, "al-

mas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño".

Lleno de gracia es el pasaje aquel de los "Cuadros de viaje", de Heine, donde relata el encuentro de dos niñas, cierta noche, que lucía la luna. Una de ellas que había preguntado a su madre qué hacía Dios con las viejas lunas llenas, aseguraba confiada en la respuesta materna, que Dios las partía en pedacitos con un martillo, para hacer con ellas las estrellitas. La otra creía, pues su abuela así se lo había dicho, que las lunas llenas se iban al infierno y que allí las comían como si fuesen melones de fuego sazonadas con pimienta y sal.

Ambas sostuvieron sus quimeras con risas primero, y cachetes y arañazos después. Mas llegó un niño que sabía matemáticas y astronomía. Las enteró de sus errores y sucedió que las dos niñas defirieron su rencilla y, unidas, maltrataron al niño sabio. La ciencia, menos convincente para ellas que sus errores, echaba dudas sobre sus quimeras y les dejaba un vacío que no alcanzaba a llenar. Y sin reflexionarlo mucho castigaron al intruso, como debieran serlo todos los que, innecesariamente, se hacen delincuentes de lesa ilusión.

Llega un día en que los niños se ríen de esas quimeras que tanto los sedujeran. Venturosamente para ellos, ignoran que las transformarán en otras fantasías menos inquietas, menos apremiantes que las de la niñez; pero mucho más intensas, mucho más

llenas de emoción. Con las ficciones ilógicas de la infancia, se prepara el espíritu para los ensueños de la juventud.

Los castillos ilusorios que forjan los niños son derribados por ellos mismos sin pena alguna, como cuando avientan con un soplo sus palacios de naipes para levantar otros más airosos, más audaces.

Los castillos de ensueño juvenil se mantienen erguidos mucho tiempo, porque hay en ellos tanta esperanza como ilusión. Son la compensación del deseo insatisfecho. Sólo los deshace la dicha o el desengaño. Si la buena ventura fija en ellos sus miradas y les convierte en realidades, es que la felicidad ha ungido a uno de sus dilectos. Si la desilusión los desmorona, hay desgarramientos en el alma, que les diera vida, porque tienen su arraigo en la afectividad. Pero siempre son benditos. En el espíritu que los construye se afina el sentimiento, y la imaginación vuela y combina para ellos los más lucidos colores.

Cada alma de artista lleva en sí un magnífico y suspirado ideal que ha extraído de sus castillos de ensueño.

LOS ARBOLES

Leyendas y evocaciones

"Mayor bien hace el que planta un árbol en el desierto que quien a su sombra pasa largos años de penitencia", reza el refrán oriental, atribuído a Mirza- Chaffy.

A su vez, la talmúdica leyenda, con su moral profunda, pone en boca de un sesudo doctor las palabras pesimistas que pretenden desanimar el afanoso empeño con que un viejo planta en medio de la campiña un algarrobo. Este árbol que, según los talmudistas, tarda setenta años en dar sus dulces frutos, no podía beneficiar al anciano. Doblemente hermosa es, pues, la respuesta con que enrostra su egoísmo al escéptico doctor: "Maestro — dice, — cuando nací encontré en los campos algarrobos ya cargados con fruto; mis padres los plantaron para mí y yo los planto para mis hijos".

Generosa es, en verdad, la mano que interrumpe la aridez hostil de la tierra no privilegiada, plantan-

do retoños que han de convertirse en frescos doseles siempre renovados con el lujo de sus hojas, para abrigo de rigores, solaz de la vista y utilidad del hombre.

El paraíso terrenal no se concebiría sin la fronda magnífica de sus coposos árboles. Y en medio de ese jardín umbroso, el concepto bíblico, con significación eterna, plantó el árbol de la vida y, también, el árbol de la ciencia, del bien y del mal, cuyo fruto prohibido tentó a la flaqueza humana.

Un mundo de creencias viene tejiendo, desde lejanos tiempos, las poéticas leyendas que envuelven con su encanto y su misterio el follaje de los tradicionales árboles propicios a los hombres y a los dioses.

La quietud augusta que reina en el corazón de los bosques, debió encender, en los primeros tiempos, el espíritu contemplativo y el sentimiento religioso.

Según el decir de Plinio, fueron árboles los templos primitivos y hacia ellos voló, con la admiración, la plegaria de los hombres que les rindieron culto por considerarlos morada de sus dioses.

La tradición robustece esta creencia. Con ricas ofrendas adornaban las ramas de los grandes árboles que se erguían gallardos en los "bosques sagrados". En ellos, al prestigio del culto primitivo, inicióse el privilegio de "asilo" tan humanamente conmovedor. Al penetrar en un "bosque sagrado" los infe-

lices, los esclavos maltratados, los suplicantes y los perseguidos, hallaban un refugio seguro, que no podía ser violado por la fuerza. Lugares de inmunidad, los "bosques sagrados" amparaban con su misterio la desgracia humana y con la belleza de sus árboles majestuosos y la poesía de sus frondas, elevaban el espíritu nutriéndolo de sentimiento religioso, fuente primera de inspiración artística.

El mundo antiguo, tan dado al simbolismo, halló en las virtudes y en la fuerza de los árboles los atributos que debían identificar con sus dioses.

El banano de amplias y enormes hojas, sagrado para los brahamanes en la India, cedió su rango a la prolífera higuera reverenciada por los budhistas.

En Atenas el olivo estaba considerado como árbol de bendición y de paz. Bajo el palio de su verdura se depositaban las cunas de los recién nacidos.

Cuando el inmortal Sófocles hubo de comparecer ante los jueces para evitar la interdicción pedida por su hijo para amargura de su gloriosa vejez, leyó como defensa las admirables estrofas que el coro entona en su "Edipo en Colona". En ellas, al declarar a la blanca Colona la región más bella del mundo, la pinta con brillantes imágenes entre las cuales, envuelta entre el rumor de las fontanas, la magnificencia de las praderas y el prestigio de los dioses, surge espléndida la visión de un olivo.

"Y he aquí — dice — un árbol que rival no tiene en toda la extensión del Asia inmensa, ni en la

gran isla dórica de Pélope; árbol nacido de su propia esencia, no plantado por la mano de los hombres, y que en esta región crece y prospera sin que la lanza enemiga lo descuaje. Es el olivo que triunfal verdea, nodriza protectora de la infancia, planta de bendición por la cual velan las miradas olímpicas de Zeus y los ojos azules de Athene".

En derredor del tronco de un robusto olivo de amplia copa crecido en el patio de su palacio, construyó Ulises su cámara nupcial. Y podando la copa y cercenando el tronco labró sobre su base el lecho todo incrustado de oro, plata y marfil recubierto de pieles y de purpúreas telas. Sobre ese tronco, símbolo de paz y bendición, elevó su tálamo el guerrero y así se lo recuerda a la cauta Penélope en la hora del reconocimiento.

Arbol de la salud, fué considerado el laurel. Tenía la virtud de defender a los mortales del rayo. Con sus hojas coronaban los romanos las sienes del vencedor después del triunfo, para purificarlo de la sangre que hubiere vertido y para preservarlo de aquella influencia maléfica que podía alcanzar a los mortales demasiado afortunados.

Consagrado a Apolo, el laurel encierra la más poética de las leyendas. Cuando Gea oyó el grito angustioso de Dafne, la doncella perseguida por el amor de Apolo, abrió su seno maternal y la recibió en él. A poco creció en el sitio donde desapareció Dafne un hermosísimo laurel. Por eso fué una caba-

ña de ramas de laurel el primer santuario de Apolo en Delfos.

También se consideró consagrada al dios flechador la palmera, por haberle prestado su sombra protectora cuando naciera en la isla de Delfos.

Emblema de las victorias que se obtenían en los combates, en los juegos y concursos, la palmera ha unido también a su tradición clásica la seductora y nostálgica melancolía que su presencia provocaba en un príncipe magnánimo, rumboso y artista cuando, en suelo español, añoraba la tierra nativa.

Salvándose de la cruel venganza de Abdalah, un mancebo de la dinastía de los Ommíadas desembarcó en las costas de España para sentar su trono en la ciudad de Córdoba. Abderramán se llamaba el soberano que había de sostener la fe del Islam en España y que al mismo tiempo de echar los cimientos de la mezquita — maravilla del arte arábigo — plantaba los jardines de la quinta que llamó Ruzafa, admirables por su armonía y su belleza. Allí creció una palma que — según nos dice Schack — fué acaso la madre de todas las demás que engalanaron a Europa.

El príncipe poeta, llena el alma del dolor nostálgico de su dulce patria, da salida a sus sentimientos ante esa palmera evocadora y en quejumbrosos versos dice:

Tú también eres ¡oh, palma!
En este suelo extranjera,
Llora, pues; mas siendo muda
¿Cómo has de llorar mis penas?
Tú no sientes cual yo siento
El martirio de la ausencia,
Si tú pudieras sentir,
Amargo llanto vertieras
Y a tus amigas de Oriente
Mandarías tristes quejas.

. . . .

Consagrado a Diana, el ciprés ornamentó el templo de la diosa, formando su puerta. La persistencia de sus hojas simboliza la vida eterna. Sombrío, el ciprés acusa sus líneas severas y sugestivas en la morada de los muertos y despierta pensamientos elegíacos.

El mirto, en cambio, era emblema de la alegre juventud: Venus era la deidad a la que, con sus atributos, identificaba. Ceñía las sienes de los desposados y era también símbolo de la belleza y del amor fraternal. Su pureza fué sintetizada por el pensamiento hebreo en este hermoso concepto: "El mirto, aún en medio de los espinos, siempre es mirto, y simpre se llama mirto."

La cruz resplandeciente que un rey de Navarra viera brillar sobre una encina después de una batalla sostenida contra los moros, encendió el ánimo

del rey guerrero que atribuyó las victorias obtenidas al poder del símbolo cristiano. Los caballeros de la orden que fundara a raíz del suceso, llevaron como divisa una encina verde sobre un medallón rematado por una cruz ancorada de gules. El culto de los druidas que se derivó, solemne y secreto, instituyóse en medio de los bosques más poblados para evitar que su misterio fuera sorprendido por oídos profanos.

Más de una acción heróica han impulsado las visiones protegidas por la sombra de los follajes. En torno de una haya majestuosa, erguida junto a un manantial, agrúpanse los hijos de Vaucouleurs, regocijándose con juegos y canciones en las tardes estivales. Quinientos años de tradición venían repitiendo una dulce leyenda sobre "el árbol de las hadas de Bourlemont", cuando una niña, que había de asombrar al mundo con su heroico empeño, bailaba en corro alrededor de la magnífica haya. Y era fama que las hadas, sus moradoras, agradecidas al infantil y constante homenaje, mantenían siempre frescas y abundantes las aguas del manantial y espantaban las sierpes y los insectos dañinos. Al afectuoso cuidado de las hadas, unía la leyenda la nota misteriosa que tanto impresiona a los niños y aviva su imaginación. Decíase que cuando un niño moría las hadas estaban de duelo y colgaban una coronita de flores negras en el lugar que el niño muerto prefería para descansar debajo del árbol. Y contábase, ade-

más, que desde tiempos inmemoriales la visión del árbol aparecíaseles a los niños antes de abandonar la vida, como una promesa de bienaventuranza si sus almas eran puras. Y si alejados de la patria añoraban el hogar lejano, la visión del árbol, envuelta en resplandores de oro, traía hasta ellos la fragancia exquisita de las flores que crecían en la región amada.

Bajo el verdor del árbol de las hadas de Bourlemont, poblado de ensueños, forjaba sus quimeras desde pequeña, Juana de Arco. Allí, nos dice Sieur Louis de Conte, que fué compañero de su niñez y más tarde su paje y secretario, la doncella escuchaba arrobada el canto de los pájaros y caía en profundos éxtasis de los que salía con expresión transfigurada.

La fronda silente de la vetusta haya que cobijó durante siglos las fantasías infantiles, debió sentirse grávida de visiones e ideales. Y un día rompió la malla que oprimía tantos ensueños atesorados para volcarlos en un alma de iluminada.

Tendido a la sombra de un árbol quería pasar sin cuidados esta vida Fray Luis mientras otros, desatentados, buscaban "el no durable mando". El fraile poeta amaba los árboles por la música de su follaje y la fresca umbría de sus hojas.

Por su espectáculo risueño y por los beneficios que reportan, amó también los árboles un argentino ilustre a cuyo recuerdo se ha consagrado, como en

los tiempos antiguos, el "día del árbol". Sarmiento, el luchador férreo, melificaba su espíritu ante las bellezas naturales y convencido nos decía: "Hagamos de cada uno de los patios de las casas, un jardín en que el romero, el arrayán y otros arbustos perfumen el aire con su aroma; en que la adelfa, el copo de nieve y el magnolio deleiten la vista. Así el clima se tornará saluble y cada casa ofrecerá un abreviado Elíseo". Con Addison — escritor y moralista inglés del siglo XVII — Sarmiento hubiera exclamado cada vez que veía una nueva plantación: "Por aquí ha pasado un hombre útil".

LA POESIA DE DOS EDADES

Factores de educación

Mientras la abuela una muñeca aliña
y haciéndose la niña, se consuela,
haciéndose la vieja usa la niña
el báculo y la cofia de su abuela.

Campoamor.

Al poeta humorista bastóle una dolora para reflejar, con armonioso contraste, la imagen de esas dos fuerzas que se buscan y se comprenden: la ancianidad y la infancia.

Fuerzas y no debilidades son. De sazonada experiencia y radiación de recuerdos, una; de promesas, afán y energía en evolución la otra.

Más visión de la vida hay en esa dolora que en algunos trabajados volúmenes ganosos de buscar complejas explicaciones a las cosas más simples, con olvido de que muy a mano, en la sencillez misma de las situaciones, — puede hallarse el secreto del rego-

cijo y del sufrimiento humano — placer o dolor — que en el fondo es la doble vena del drama de la vida.

En cuatro versos el poeta encerró una vieja historia de eterna actualidad y supo dejarnos el sabor de una filosofía que tiene su adarme de suave tristeza.

Como él, otro pensador contemporáneo suyo — Enrique Federico Amiel — en el diario íntimo que con justicia póstuma reveló su talento y en el cual hizo derroche de la grandeza insospechada de sus ideas, condensó en una reflexión el mismo anhelo de la niñez "en simular el porvenir anticipándolo" y el de la madurez "en volver con frecuencia a la edad de oro".

Pero si el poeta fijó en un solo serventesio una imagen de la vida y se redujo a sugerir su significación, el pensador, avezado en su larga carrera de enseñante a sorprender los resortes de la educación, fincó en esas dos ficciones la poesía de ambas edades, y coronó su pensamiento con este postulado que podrían recoger los educadores con provecho de los espíritus que forman: "entrar en la poesía de una edad para dirigirla, constituye el arte del gobierno moral".

La coincidencia que en uno de sus profundos mirajes de la vida tuvieron dos espíritus dotados de tan distinta idiosincrasia, reclama la reflexión que intente siquiera penetrar el alcance de su verdad, como

una ventaja ganada para ese gobierno moral de que nos habla Amiel y que tanto cuidado reclama en la niñez y en la adolescencia.

La edad madura escapa, en general, a la acción dirigente que se ejerce fuera del círculo íntimo de la familia. Queda, en cambio, toda la savia joven para ser saturada de esa poesía que es el atractivo de la educación.

Cosa fácil es en la niñez. Esas almas ávidas de saber, que parecen atormentadas por la afanosa indagación del "por qué" de cuanto les rodea, tienen, para la finura pedagógica, la trasparencia del vaso que guarda en sí el agua siempre pronto a agitarse al menor impulso.

Ni de la inquieta naturaleza de los niños, ni del provecho que de su vivaz curiosidad puede obtener la enseñanza, quedan ya dudas.

El mundo de la forma y del color y la continua observación externa dirigida con cierta habilidad por el camino de la inducción, los pone en posesión de la verdad sin esfuerzo, sin traicionar su gran deseo de acción. Encarada así, la educación es un problema resuelto cuyo resultado depende de la vocación y del empeño de los dirigentes.

Y el gobierno moral que la falta de experiencia pretende ejercer separadamnte y al cual el niño suele oponer su rebeldía, resulta llano, sin muchas asperezas, para la educación armónica cuya rica veta consiste en saber sugerir.

La voluntad, el amor propio y la emulación tan proficua en bienes; la conciencia en el trabajo, la satisfacción personal y la ajena; los perjuicios de la precipitación, los frutos de la perseverancia y el poder del ejemplo, todo eso — sin mengua del entusiasmo — cabe estimular en una hora destinada a nutrir la inteligencia de los niños. ¿Qué más puede pedirse en el orden moral? La obediencia y el respeto nacen sin imposiciones en la realización del trabajo mismo, y los sentimientos reciben su estímulo en la emotividad que todas esas fuerzas en acción despiertan.

No pasó esto inadvertido a aquellos que, llevados por su talento, dejaron a la posteridad la enseñanza perdurable de las más elevadas disciplinas. Supieron también fijar sus miradas en los niños y, al bajarlas hasta ellos — seguros de que así levantaban más aun sus propias miras — escudriñaron las aptitudes de los discípulos pequeños y valoraron sus reacciones emotivas.

Sin sorpresa debemos leer, pues, en la obra fundamental de Quintiliano esta confesión simpática:

"A mí denme un niño a quien mueva la alabanza, la gloria le estimule y que llore cuando se sabe vencido. A éste la emulación le servirá de acicate, la reprensión le hará mella, el honor será su espuela y nunca temeremos que caiga en la pereza".

La ufanía natural de la edad temprana, llena el espíritu de los niños de satisfacción cuando tienen

conciencia de que han adquirido algunos conocimientos; pero lo que en cambio les está vedado apreciar — para bien suyo — es toda la fuerza modeladora del alma que ha arraigado en ellos conjuntamente con la adquisición de esa fácil ciencia en que se regodea su pueril vanidad.

En la niñez, el afán de inquirir es, en el orden intelectual, un inconsciente apresuramiento de penetrar, cuanto antes, en ese mundo desconocido que quiere vivirse y que en el orden moral crea las tiernas "mamitas" solícitas y trémulas ante las imaginarias enfermedades de sus muñecas y que, jugando, se anticipan a su destino y se empeñan en ensayarse en el sacrificio y el desvelo que ha de exigirles la vida.

La misma ficción poética las induce a posesionarse del báculo y la cofia de que nos habla el poeta y, para mayor ilusión de la realidad, a discurrir, actuar y acaso sentir como las abuelas que tanto las aman.

Menos patético, pero mucho más vasto y pródigo en emociones cambiantes, el campo de la fantasía es un recurso seguro para la educación del sentimiento.

Las ficciones verosímiles— y aun aquellas que no lo son — crean para los niños ese mundo de poesía en el que Amiel quiere que se temple el espíritu, bajo el estímulo de emociones que en la vida pueden

tardar en presentarse o pasar inadvertidas a la sombra de la modesta prosa cotidiana.

La alegría inunda el ánimo de las pequeños que siguen las aventuras de "Chiquitita" — el ameno cuento de Andersen — cuando la golondrina que la niña recogiera un día de la nieve para devolverla a la vida y a la realidad, retorna en una hora de angustia, y desde el luminoso espacio desciende hasta la oscura cueva para presentar, a su vez, el ala salvadora que debe conducir a Chiquitita hasta el vergel donde la espera la felicidad. ¡Cuán pronto olvidan entonces a la vieja rata y al horrible topo que quería desposarla! Triunfa la dicha y los niños sienten sus corazones aliviados. En sus almas, por las que han pasado sucesivamente la pena y el regocijo, prende el brote de sanas semillas, porque siguieron con simpatía las tribulaciones de la niñita paciente, buena y caritativa, y vivieron las emociones de que suponían poseída a la inefable criatura creada por la fantasía del gran cuentista. La gratitud de la golondrina poetiza aun más el final del relato y fija en una imagen, llena de gracia y movimiento, la dulzura de sentirse recompensado por una buena acción y la alegría de la libertad.

Más verosímiles y humanamente conmovedores, los cuentos desprovistos de maravilla suelen despertar ideales y crear arquetipos cuya imitación fascina.

Los hombres que cuando niños lloraron silencio-

samente sobre las páginas inolvidables de "El pequeño escribiente florentino", saben hasta qué punto aguzóse en ellos el sentimiento ante aquel estoico dolor callado y aquel ejemplo de amor filial; sentimiento que no siempre la vida real alcanza a conmover con la misma fuerza.

Pero el paso de los que avanzaron sin obstáculos por los dominios del diáfano mundo infantil, vacila muchas veces ante los enigmas que le opone la edad juvenil, tan propicia al ensueño; a ese ensueño del cual el pensador citado nos dijera que "es el domingo del pensamiento" y que — según Bourget — casi nos consuela del mal de existir.

Con su vaguedad poética, el ensueño disfraza las ambiciones que la simplicidad de la infancia exterioriza sin reparos. La afición se ahonda y gusta de replegarse secretamente dentro del ser íntimo. Su misterio es su poesía y cualquier asomo de revelación le resta encanto.

Todas las energías están en flor, pero su despliegue completo exige esa transición en la que hay mucha contemplación de la propia personalidad, y de donde surge la voluntad decisiva de lo que se ha de ser.

Consciente de la fuerza bullidora que la anima, de frente al porvenir prometedor, la adolescencia mira hacia adelante con el mismo interés de la infancia, pero con la reserva natural que le aconseja la experiencia acumulada ya. Las primeras dudas se

han filtrado, turbadoras, y la falacia confiada de la infancia se ha esfumado en la comprensión de la verdad de la vida. Mas la ilusión se aferra al espíritu y sobrevive en el ensueño, aun cuando a veces tiene conciencia de que es engañoso su espejismo.

Encaminar el ensueño de la juventud hacia los ideales realizables; encauzar la emoción que nace en esas horas y se traduce en vagas aspiraciones, para trasformarla en móvil de una conducta vigorosa y buena, será ganar victorias en el gobierno moral de esa edad amable pero enigmática, con la ayuda de su misma fuerza, es decir, de su poesía.

La sistemática adquisición de saber por el estudio constante de las ciencias, da a la juventud el aplomo y la certeza que son la base de la confianza en sí misma, fuerza de gran aliento en la vida. Sus frutos ópimos satisfacen a la inteligencia y suponen mucha voluntad y perseverancia. Los ideales que se forjan a la luz de los estudios severos o precisos, son como ellos elevados y serenos, pero más propios, acaso, de la edad madura.

Para temperar la avidez de la disciplina mental, tiene el arte su belleza y su emoción. Descuidar su cultura en la adolescencia, equivale a secar el surtidor más puro de las emociones que inmaterializan la vida y nutren al ensueño con la poesía que tanto seduce a esa edad. Su influencia se refleja en la conducta, transformada según la personalidad, pero siempre con resplandores de altura moral.

Con admirable intuición otro poeta, Geibel, en un hermoso dístico de su obra "Diario de invierno" sintetiza una de sus grandes aspiraciones para la edad florida. "Llenad — nos dice — la juventud con digna sustancia y enseñadle a arder en alegre entusiasmo. La crítica vendrá por sí sóla con los años".

POMPAS DE JABON

Era aquel un retrato singularísimo. Había querido la madre que la mano de un artista fijara en la tela el gesto feliz de su hijo — un niño ilusionado ante una soberbia pompa de jabón. Y la expresión, las formas y la armonía de los colores del conjunto, que parecían haber encontrado preferente asilo en aquella pompa sin quitarle nada de su diafanidad, todo, se nos antojaba admirablemente trabajado. Sin embargo, no tardaba en turbar su contemplación cierta inquietud de espíritu, nacida de la misma perfección plástica.

Aquella pompa de jabón, suspendida como un globo de cristal sutilísimo, pedía espacio. Su estabilidad y duración causaban esa desazón que provoca todo lo que es ilógico. Hubiéramos querido verla subir, estallar o esfumarse de improviso en el fondo obscuro de la tela. Ejecutada con maestría, la concepción era falsa. La fijeza de la pintura restaba gracia y verdad a la forma más perfecta, más leve y más efímera que ha producido la invención humana.

Sin poderlo evitar, desviábase la atención del re-

trato para concentrarse en la imagen de la hermosa pompa de jabón, cuyo prodigioso color y trasparencia no alcanzaban a salvar la poesía de su significado, destruída por la estabilidad artística.

Es que sólo la brevedad de su duración y la facilidad con que brotan lucientes, sustentadas por un débil soplo, ha convertido a las pompas de jabón en símil de cuanto es ilusorio en la vida y de las obras humanas brillantes y fugaces que fracasan por falta de consistencia.

Acertado es el simbolismo en lo que tiene de aparente. Acertado también en su sentido oculto. Aquél salta a la vista sin requerir comentarios. Este, en cambio, los reclama.

Fluyen las reflexiones de las animadas escenas que el recuerdo conserva o que la realidad se complace en presentar a la contemplación de los que quieren ver en las pompas de jabón algo más que un pasatiempo infantil.

Vulgar, pero amable, es el cuadro que la memoria revive.

Al aire libre, junto al pequeño recipiente que guarda en su fondo el jabonoso líquido que ha de plasmarse cien veces en una forma perfecta y sutil, dos niños se entretienen en sobrepujar su habilidad.

Hunde uno de ellos en la escudilla la flamante

pipa de yeso que ha logrado gracias a su buena fortuna, mientras el otro, menos favorecido, se conforma con uno de los tradicionales "carreteles vacíos" que tan buenos amigos siguen siendo de la gente menuda, cuando los desechan por inútiles las manos hacendosas.

¡Como en la vida!... Distintos medios para alcanzar un mismo fin.

Brota de ambos la forma turgente que se agranda cada vez más y se balancea al menor desequilibrio.

La mano impaciente que sostiene la blanca pipa levántase en alto y, con rápido impulso, arranca una, dos, tres esferitas diáfanas que suben y se mueven al capricho del soplo que las persigue. Juegan un instante en el aire y mueren súbitamente sin que su desaparición cause la menor amargura en el niño que les diera forma. Es que nacieron sin esfuerzo. Presto se elevaron y presto murieron también. A ellas no tuvo tiempo de aferrarse el sentimiento

En tanto, del modesto carretel, ha surgido lentamente, alimentado por un hálito tranquilo y paciente, un hermoso y enorme globo.

Yergue su autor la gentil cabeza y, muy ufano, lo contempla, cuidadoso de que no escape el aire: la esencia que mantiene la grandeza de su obra.

Transcurren los segundos y en cada uno de ellos nace un motivo de nueva admiración. Los colores del iris se acentúan más y más en la tersa superficie. Refléjase en ella el azul del cielo, un ave que pasa,

la enredadera que crece pegada al muro y, lo que es más aún, se retrata también la imagen triunfante del niño creador de la soberbia pompa. Cual un espejo devuelve ésta la animación del mundo externo donde creció su forma.

Sin levantar los ojos de la obra terrena, hija de su afán y su cuidado, el niño ve reflejarse en ella el cielo que no alcanzó a percibir su compañero, no obstante haber alzado la cabeza hacia ese mismo azul al perseguir las frágiles esferitas que murieron con tanta presteza.

Rómpese al fin el magnífico globo y toda su belleza se disipa en una finísima pulverización que no deja vestigios visibles.

El desencanto borra la sonrisa del niño y una exclamación de pesar traduce su sentimiento. Es que en su breve, pero profunda admiración, había puesto mucho de su sensibilidad, y al deleite de su contemplación mezclábase, borrosamente, la satisfacción que siente todo aquel que ha sido capaz de crear belleza.

Una vez más la reflexión se detiene para advertirnos:

¡Como en la vida!...

Pueden los hombres, lo mismo que los niños con las pompas de jabón, hacer más o menos lucidas y duraderas sus obras; pero si es deleznable la materia que trabajan; si es frágil la voluntad que debe mantenerlas; si son inconsistentes las teorías que

sustentan o falsos los argumentos, las verán deshacerse sin brillo, no obstante la belleza de la forma y la admiración pasajera que hubieran logrado. Y, como en la vida, también la obra refleja a su creador y juntos perduran o se extinguen en el olvido.

Pugnan por ausentarse y deshacerse, antes de haber subido, las imágenes que el recuerdo trajo del pasado. Es que la mirada se ha detenido en la blanca figura de mármol que se alza en un ángulo de esta mesa de trabajo donde las cosas supérfluas se han tornado tan necesarias a la vista.

La serena belleza de la Venus, parece decir:

—Como yo, que tallada en mármol conservo mis formas duraderas; como yo, que también "pertenezco a la raza de piedras y no a la familia de sangre y de lágrimas que engendró Eva", según el decir de Saint-Víctor; como yo, trabajada en materia noble, debieran ser las obras de los hombres. Las pompas de jabón, ingrávidas e inútiles, no vivirían siquiera su breve existencia y ni su simbolismo ni su recuerdo preocuparían a alguien.

Y en verdad, así sería. Labradas en piedra o en metal, forjadas en la verdad robusta y sostenidas por postulados inconmovibles, las obras humanas resistirían al tiempo y a las demoliciones.

Mas como la objeción suele sentirse estimulada por los razonamientos sensatos, la réplica se apresta a volver por los fueros de lo que siendo ilusorio y pasajero nos es doblemente caro; de lo que, no

obstante ser frágil y vano, deja su huella y su simiente.

Esas formas marmóreas y firmes; la gracia de la actitud; la expresión recatada del cuerpo desnudo y bello que realiza el pensamiento creador del artista. son argumento precioso para la réplica.

El hombre que plasmó esa forma armoniosa, dió vida en ella a su ideal estético. Fantasía y ensueño — pompas de jabón del espíritu, luminosas y cambiantes — nutrieron acaso muchas veces su inspiración fecunda.

Hasta el amor mismo, que es la esencia vital más poderosa de la obra del artista, necesita del juego inquieto y fascinador de una rica imaginación que siembre sus quimeras en el terreno a veces árido de la realidad, la cual — según Oscar Wilde — "no debe ser más que un telón de fondo".

Pálida e imperfecta resulta esa realidad que idealiza el artista, si se la contempla desprovista de la belleza subjetiva que ha sabido trasmitirle su autor y que mana de sus mirajes ilusorios, de sus estados de ánimo menos seguros, quizá, pero pródigos de belleza.

Tan perdurables como los mármoles de la asombrosa estatuaria griega — más de veinte siglos transcurridos lo confirman — las ficciones de los poetas de la antigüedad clásica tienen la supervivencia siempre lozana de lo que es inmortal.

¿Qué mármol o qué bronce podría devolvernos la

belleza suprema del retrato de la amada ausente de Anacreonte? Magnífico por su descripción poética acabada, otro retrato, el de Batilio, debido al ingenio del mismo poeta, rivaliza con aquél en belleza, mas no puede superarlo. Y es que en el de la amada ausente hay más subjetivismo, más fantasía. Todas las gracias revolotean en torno del cuello; vale decir, toda la belleza y la seducción que es posible imaginar. Hay tal firmeza en la concepción creada por el poeta, que cuando exclama: "En un instante, retrato, vas a hablar", la imagen se enseñorea de nuestra fantasía y la vemos cual una realidad que no tarda, es cierto, en ausentarse cuando escapamos a la sugestión de la poesía, pero que nos deja para siempre el sabor de la armonía gustada.

Creyó Safo, la poetisa sin rival, que la riqueza de su lirismo sería una fugaz efusión que no dejaría recuerdo. Y, convencida de ello, nos dice con tristeza:

Mísera Safo, tu yacerás muerta
y tu memoria morirá contigo.

. . . .

No fué profetisa la inspirada hija de Lesbos. Lo que hubo de parecerle perecedero, la fantasía poética que dió forma a su ardoroso sentimiento, fué la maga que veló por su inmortalidad a través de las centurias.

Nadie sabe, en verdad, qué rastro luminoso pueden

dejar las ilusiones y las quimeras que un día se creyeron estériles. Pasan los años y muchas de ellas encuentran otros espíritus donde arraigarse para realizar su misión civilizadora.

Cuanto con mayor calor e idealismo defendiéronse las utopías, tanto más hinchadas y más próximas a estallar parecieron a los descreídos. Y, sin embargo, casi siempre la experiencia reveló "que la utopía de hoy, es la realidad de mañana."

Vuelve de nuevo a la memoria la visión de las pompas de jabón, asociadas a la de sus creadores predilectos.

No perturbemos nunca su inocente pasatiempo. Está pleno de belleza y de enseñanza. En él ensayan su optimismo. Esperan y ansían que la pompa presente supere a la anterior en grandeza o duración. Aprenden a conocer los contratiempos de la precipitación y, sobre todo, sienten la emoción de crear.

Más tarde, acariciarán con el pensamiento muchas cosas bellas e instables, como en los días de la infancia acariciaron con la vista los hermosos globos que reflejaban sus rostros ilusionados. Si pasan presto esas quimeras nacidas para poetizar la vida, si mueren cuando más admirables se mostraban, sentirán su pérdida, pero nada podrá borrar la dulzura de su recuerdo ni impedir que reverdezca la esperanza de que las nuevas pompas del espíritu sean más bellas y menos transitorias.

EL ALBUM DE RECORTES

Es insustituíble.

Si se ha formado con amplia libertad; si responde a la selección lenta y cuidadosa, ajena a todo apremio, que se realiza a través de los años, es insustituíble como todo lo que tiene alma, como todas las cosas que tienen "su historia". Si se pierden pueden trocarse por otras, semejantes o superiores, pero que no serán nunca lo que fueron aquéllas.

Y es larga la historia de un álbum de recortes, y muy grande y compleja su alma, trasunto del espíritu que lo ha ido formando en consonancia con la evolución de sus gustos y convicciones, y del pensamiento de los autores elegidos para que se albergaran en él.

Acaso por ser tan grande y tan múltiple su espíritu y por ser hijo del amor a lo bello y a lo útil y de la previsión, el álbum de recortes prodiga a su dueño aquella virtud que — según es fama — suele ser la más esquiva de todas: la gratitud. Con creces le devuelve el beneficio de haber salvado su precioso

contenido. Y cuantos más años transcurren, más se acrecienta esa virtud; más útil, más nutrido y más irreemplazable se torna. Tiene el valor intrínseco e inapreciable de lo que no puede improvisarse ni adquirirse. Para obtenerlo es menester darle vida y velar continuamente por su enriquecimiento. El tiempo es su aliado y la perseverancia su nodriza.

En cada una de sus páginas arraiga una palpitación del mundo afectivo o intelectual que las seleccionara. Y en su variado conjunto, la sutileza indagadora puede vislumbrar cómo evolucionan el criterio y la afición, o sorprender, aquí y allá, predilecciones no sospechadas.

Lo que no ha tenido resonancia en el alma o no ha interesado la atención, no se recorta ni se conserva cuidadosamente en un libro cuyo gobierno responde a las preferencias confesadas o secretas del espíritu.

Efímera es la vida de algunas páginas literarias o científicas a la que sus autores dieron muchas veces la esencia especulativa de su pensamiento, el vigor de sus investigaciones o la emoción que se trasmuta en poesía y en belleza. Cumplen su misión informativa y luminosa; recrean el espíritu una hora y, las más felices, trasmiten algo de su vida e invitan a pensar. Después la indiferencia las aparta. Corren el albur que el descuido les depara y no tardan en perderse.

Pasan los años. Al rescoldo de la memoria se mantienen adormecidas algunas de esas ideas, y a su

abrigo yacen aletargados, quizá, los sentimientos que esperan de nuevo su hora propicia para volver a conmoverse.

Pero la vida, al remover con su flujo y reflujo los acontecimientos y las verdades, o la historia, que suele repetirse con raras coincidencias, requieren un día esos recuerdos de oportunísima actualidad confiados otro día a la custodia no muy segura de la memoria, sin tener en cuenta que ésta, a fuerza de ser tan solicitada, se resiente de frágil y que el tiempo — ese aliado que mencionábamos hace un momento — es precisamente quien le prepara sus mayores quebrantos. Y con sorpresa se advierte entonces que las huellas que se creyeron hondas ya no tienen nitidez. Interrumpidas, conducen al recuerdo por un sendero lleno de vacilaciones.

¿Dónde hallar de nuevo aquél cuento de un autor célebre, traducido especialmente para cierto periódico o revista, cuyo oportuno relato sería el puntal que necesitamos? ¿Dónde aquella admirable síntesis científica, la nota de arte o el esquema que ilustraría nuestra disertación? Perentorio es el tiempo de que disponemos para su hallazgo. Pasado él, esas páginas o citas perderían su oportunidad. Y con desaliento reconocemos que las perdimos por negligencia y que es difícil, muy difícil, volver a obtenerlas. Su publicación no se ha repetido y la traidora memoria se niega a revivirlas.

Tres niños iniciados ya, por sus estudios, en los sorprendentes adelantos de la mecánica, cambian impresiones, maravillados, sobre la magnificencia de un gran transatlántico que acaban de visitar. Su fuerza colosal los ha dejado con el ánimo suspenso.

La conversación los lleva, por explicable acción retrospectiva, al terreno de las suposiciones sobre los comienzos de la navegación a vapor. Uno de ellos cree saberlo todo; pero, incapaz de explicarse, vacila. En el semblante de los otros se traduce el desencanto.

Silenciosamente alguien se acerca y deposita, abierto, sobre la mesa familiar, bajo la curiosa mirada de los niños, un álbum de recortes. Allí está la historia sucinta de la navegación; el retrato de Fulton; el mecanismo explicado del "Clermont"; las fechas que señalan etapas de un constante perfeccionamiento; las cifras comparativas; los materiales usados y las dificultades vencidas. Y el entusiasta interés de los niños premia la fácil previsión adulta.

En ese mismo álbum ha prendido su emoción un cuento corto, hondo y extraño, de una moral más que humana y tan elevada que suele resultar incomprensible.

Su lectura, puesta muchas veces, deliberadamente, al alcance de los que sufren el gran dolor que allí palpita, hace verter copiosas las últimas lágrimas de la desesperación: la paz del espíritu las sigue. Quien logra penetrar su verdadero y profundo sentido seca

las lágrimas, amargas e inútiles, para revivir, por el culto del recuerdo y del amor, la presencia amada de los seres idos. Su autor es Sudermann; su título "La ausente".

Si en ese álbum sólo existiera esa página que a tantos espíritus juveniles ha conmovido ya, ella bastaría para justificar su razón de ser, por el bien que ha hecho y la elevación moral que despierta y exige su formidable lección.

Pero no está sola, ni se derrama sobre los demás únicamente el dolor de la vida o la enseñanza de las brillantes conquistas de la ciencia y del tesón humano. Las hay vibrantes de alegría, ligeras, llenas de picaresca intención; sentimentales o galantes.

Y un madrigal romántico, dotado del encanto laudatorio y de la brevedad propia de su índole, añade a su mucha belleza la fascinación de la poesía amatoria, la suprema delicadeza de los conceptos y el prestigio de haber sido premiado en el gran concurso que organizó, muchos años ha, una artística revista española.

Fáciles de retener, sus pocos y hermosos versos no requieren esfuerzo para ser repetidos. Y, a la frecuente pregunta de los que ansían saber cómo o donde pueden obtenerse, sólo cabe responder:

—O de viva voz, de los labios que aprendieron a devolver su armonía, o en el álbum de recortes que engalana sus páginas con ellos.

Y allí están, en efecto, impresos con góticos ca-

racteres que los destacan del conjunto. Al pie de ellos luce su nombre el ingenioso poeta — Antonio Rey Soto — que supo infundirles el poder de una gracia tan exquisita.

Al volver las hojas, el facsímile de una firma vigorosa aparece con frecuencia — no tanto, sin embargo, como lo desearía la admiración que se le tributa. Es del autor de "Cuore" que, consecuentemente, enriquece el álbum de recortes con la producción de sus colaboraciones periodísticas que señalan años de preciosa labor.

De pronto, cesan esas páginas admirables.

El retrato del gran hombre que les diera vida surge, recortado con amoroso duelo. Y sobre el símbolo cristiano, se leen impresas estas tristes y elocuentes palabras: "Ayer en Bordighera".

Junto al retrato, una mano escribió con veneración: "Como de Cervantes se dijera, también podrá afirmarse de tí: que era lógico muriera del corazón quien tan grande lo tenía".

Coleccionadas en el álbum de recortes, gracias a una feliz previsión, muchas de esas bellas colaboraciones que no volvieron a publicarse, siguen deleitando a aquellos jóvenes de una nueva generación que las tienen a su alcance y a quienes de otro modo les estaría vedado el encanto de su lectura.

En el epigrama de encubierta causticidad que asoma aquí; en el romance de amor que aparece junto a otra página nutrida de pensamientos místicos so-

bre la vida; en los cuentos, poemas y anécdotas; en las curiosidades históricas; en los breves recortes informativos que alternan con las pulidas creaciones literarias; en esos recortes, se advierte la selección consciente y en todos ellos ha quedado un vestigio del espíritu.

La reflexión suele intensificarse cuando la mirada se posa sobre ese libro donde se han atesorado tantas reliquias del pensamiento ajeno.

Al reconocer toda la utilidad y el solaz que presta; al recordar los años transcurridos a través de los cuales supimos dotarlo del mérito que nos lo hace tan caro; al evocar muchas circunstancias, para nosotros sensacionales, que se relacionan con sus páginas, el álbum de recortes adquiere "alma" porque tiene vida; vida que ha nacido y sigue alimentándose gracias a nuestro continuo cuidado. Ya no es posible abandonarlo: sus páginas en blanco piden nuevo vigor, nueva belleza. La elección se vuelve cada vez más exigente y a medida que avanza el tiempo aumenta su excelencia.

Un ligero estremecimiento recorre la mano que hojea el álbum. Si se perdiera sin esperanzas ¿podría algo reemplazarlo? Desde el momento en que se formula esa pregunta, su valor resalta. Y el juicio pronuncia su categórica afirmación: es insustituíble.

INTIMIDADES DEL ESPIRITU

Anhelo de confidencia íntima y secreta consigo mismo, que quiere, sin embargo, exteriorizarse; descargo de emociones; asilo de recuerdos, todo eso es el libro "diario" de la vida.

La sinceridad más absoluta sobre la apreciación del mundo y sobre nosotros mismos, tal como acaso no osaríamos confesarla a nadie, es la razón de existencia del libro "diario". Hermosa y sana costumbre, que tiene el valor de un exámen de conciencia voluntario y el poder de moderar la vida, camino del perfeccionamiento.

La acción ligera o reprobable que se comete al amparo de la impunidad, ofrecida por lo acomodaticio del razonamiento, confesada y escrita, resalta, con cruda fealdad. La mano que la delata movida por la sinceridad, más honesta que el pensamiento, no se atreve a trazar la disculpa. La verdad del "diario" se lo estorba.

Gracias a su censura o alabanza, se educa el sentimiento en su propio análisis, la reflexión se aguza

y la conducta se encauza y vigoriza en la responsabilidad de los actos convictos y confesos.

Fortuna mía ha sido que llegara a mis manos y cautivara mi atención el libro "diario" de una mujer, que es un prodigio de discreción.

Paradójico parece, en verdad, que el libro íntimo para el cual se supone que no existieron secretos, haya recibido todo el reflejo de las emociones de un alma, la visión del mundo de una joven, y pueda, sin embargo, afirmarse de él que es sorprendente por su reserva.

La exclusión voluntaria y delicada de nombres propios y el velo de incógnito que la autora ha sabido extender con maestría, borra las personas y transparenta tan sólo las almas.

Su lectura produce al principio cierta desazón muy propia de la mezquina curiosidad humana, tan propensa a inquirir la vida ajena, no en lo que tiene de sustancial, sino en los detalles que agigantan las alas de los comentarios, a menudo poco generosos.

Pero ese aparente desabrimiento, tiene una doble virtud: o mata el interés de la lectura y defiende al manuscrito de las miradas vulgares, o se trasfigura en sugerente atractivo que invita a la meditación.

Sus páginas, desbordantes de impresiones, prodigan ideas y críticas cuando el miraje del espíritu se posa sobre la vida en lo que tiene de general y puede ser de interés común; pero en cuanto asoma un

amigo, en cuanto el dolor o la ventura de otro ser se mezcla con la vida de la autora hasta el punto de no poder desligarlos de su mundo interior, entonces consciente de que no tiene el derecho de revelar lo que no le pertenece exclusivamente, refrena las palabras y concentra las impresiones, segura de reconocerlas siempre, aún cuando sean incógnitas para las miradas profanas.

Y es precisamente en esas páginas breves y tensas, en las que campea el misterio y hay almas sin personas, donde se detiene el pensamiento y se recoge mayor enseñanza.

Debajo de una fecha dos veces subrayadas se lee: "Has sido injusto en tus juicios. Ese razonar frío y contundente en un asunto que estalla de pasión, te hizo parecer cruel. No estoy muy convencida de que no lo seas y esa sospecha me hace sufrir".

Y nada más.

¿De quién se trata? ¿Cuál fué ese juicio frío e injusto? Sólo la autora lo supo y, a fe que solo a ella debió interesarle.

Su intuición de mujer discreta parece haberla prevenido acerca del azaroso destino que suele estar deparado a los manuscritos íntimos. Y sin restar emoción y verdad a sus auto-confidencias, supo librarlas de ese carácter difamatorio o apologético de vidas ajenas que generalmente se advierte en los libros "diarios".

Nuevas pruebas de ello nos ofrece más adelante, al decirnos:

"Brillo, fausto, alegría y festejos. Nada ha faltado en la reunión de hoy. Y, sin embargo, yo traigo mancilla en el corazón. Otra vez ¡qué flaqueza! he cometido la indignidad de hacerme cómplice de murmuraciones sobre hechos que no me constan".

"Lo que más nos avergüenza es la sonrisa mentida y halagadora con que las maldicientes del grupo aquel, despedimos a la víctima. ¡Todo sea por la tan decantada educación! Mejor sería que educáramos nuestra caridad para con la reputación del prójimo. ¡Alerta pues!... ¡A no reincidir!"

Nuevas incógnitas y nuevo ejemplo de sinceridad y de reserva. Luz sobre su conducta y sus sentimientos; bruma piadosa sobre la vida ajena.

Otras veces, de confidencia en confidencia consigo misma, nos familiariza con sus autores favoritos, refuguio seguro de su natural vivacidad y en los cuales busca y encuentra el apaciguamiento de sus impetuosos arranques.

Y escribe:

"No sé dónde, ni cuando leí este pensamiento que hizo mucha mella en mi espíritu: "La ostentación de la modestia es el más insoportable de los orgullos". ¡Cuánta verdad! Condenada estuve hoy — y acaso lo estaré por algún tiempo — a soportar una viviente encarnación de la humildad que se exhibe buscando incienso. No me fué dado desenmascararla por

respeto a las conveniencias. Pero he sentido cómo me encolerizaba, por grados. Esfuerzo me ha costado guardar mesura y esperar esta hora dedicada al distendimiento de mi alma. Y aun así, a solas, debo reprimir mi vehemencia. Hubiera querido acriminar, dar salida brusca a mi fastidio, escribir, escribir... Pero, felizmente, tuve a mi alcance a Séneca y después de abismarme en algunas páginas que yo me sé, aprendí de nuevo que la ira no puede moderarse; es necesario desterrarla... Y mañana, y cuantas veces fuere necesario—así lo espero—soportaré serenamente esa orgullosa modestia que se desluce a sí misma y sólo consigue engañar a los tontos.

Al gustar hasta la última página este manuscrito confidencial, recogemos renovadas impresiones de bienestar y fortaleza. La lucidez de una mujer que supo ponerse inteligentemente cara a cara con su conciencia; que supo amar y vencer aversiones; que ha llorado tanto como reído, parece transfundirnos su esencia anímica y sumar a la nuestra una experiencia constantemente sacudida por el autoanálisis.

Todo "diario" escrito con ese espíritu de ganar victorias a la debilidad y al error y con esa discreción que no he titubeado en considerar extraordinaria, puede sufrir los azares del destino sin sobresaltos para su dueño.

Sus confidencias, por audaces o tímidas que sean, harán enrojecer más de una frente que nunca quiso inclinarse para meditar. La burla muere apenas na-

cida, cuando la sinceridad del autoanálisis se reconoce en un elevado propósito de mejoramiento.

Asilo de recuerdos he llamado al libro "diario", ya que la claudicante memoria le confía la custodia de cuanto hubo de esencial en las horas vividas, bajo la emoción del día en que se relatan.

Asilo de pensamientos también debiera ser; de todos aquellos pensamientos concretos y justicieros que fuésemos capaces de cristalizar después de un día en que se ha contemplado la vida y se ha gozado del trato de las gentes. Hábito de síntesis y de generalización adquiriríamos en breve tiempo.

La espontaneidad, el color, la pasión, el relieve sentimental de nuestro caudal diario de vida sean, en buena hora, el refuerzo de los recuerdos escritos, que tendrán poderosa fijeza si se nutren con tanta savia. Pero la concisión de un solo pensamiento, si se quiere, sea en cambio el tributo que la inteligencia rinda a la vida en una hora de sosiego y reconcentración.

La visible evolución de esos pensamientos que se acumularan insensiblemente a través de los años diseminados en las páginas vividas, con el tiempo nos dirán más de nuestro mundo interior que el relato minucioso de los días pasados.

A éstos, en cambio, si son lejanos, les deberemos la visión retrospectiva de las cosas amadas y el olvido no podrá hacer su presa en esas escenas y conversaciones que nos son caras, pero que la memo-

ria sería incapaz de retener con la viveza que la fijación de la palabra puede darles.

Sé de un "diario" — octogenario ya — que recibe consecutivamente desde que se abrieron sus primeras páginas, el calor del sentimiento femenino y que es relicario de las observaciones y sutilezas de dos generaciones. En el primer volumen — varios han sido llenados hasta ahora — se leen en relieve estas sencillas palabras: "Nuestra Adelita".

La vida de una niña observada por su madre y relatada con graciosa sencillez, inunda de luz inquieta y de bulliciosa alegría la mayor parte del manuscrito. Y se desenvuelve toda una vieja historia siempre cautivante y nueva: las primeras sonrisas, los primeros pasos, los primeros juguetes; las respuestas irrisorias, las tribulaciones infantiles, la ruidosa alegría de una vida en capullo, amorosamente cuidada.

Luego, la juventud se anuncia. Hace su entrada galana. Y la madre, que supo comprender a maravilla las trivialidades de la infancia, se detiene turbada ante el misterio de una personalidad que se acusa definitivamente. Las páginas se hacen cada vez más remisas. Un vago respeto parece defender su albura... Y después de quince años de asidua comunión con el corazón de una madre, el álbum se cierra...

Pero un día jubiloso, el manuscrito pasa a las gentiles manos de aquella Adelita, con cuya vida se

iniciara, y sus páginas mudas por algún tiempo, vuelven a llenarse de nueva riqueza espiritual,

Presurosamente primero, como si se quisieran aumentar esa herencia de amor, llénanse de ensueños y de entusiasmos juveniles. No tardan en templarse y, reflexivas, se tornan cada vez más amorosas, hasta que hoy sólo dan albergue a los grandes acontecimientos de familia, fijados por la mano cautelosa de una anciana.

Pocas veces escribe en su "diario", pero muchas horas suele leer en él. Y en ocasiones, se la ha visto reir placenteramente cuando hojea aquel libro que lleva su nombre en relieve. Acaso la corta historia de su primer bucle le hace olvidar la larga historia de sus actuales canas, y las quimeras e ilusiones de sus años lozanos le inspiran esa comprensividad tolerante y bondadosa que anima a sus nietas a preguntarle afanosamente, ansiosas de sentirse preferidas:

—Abuelita, ¿a cuál de nosotras dejará usted su "diario"?

Y a las cuales ella contesta, jovialmente:

—A la que escriba el suyo con mayor constancia.

EL GRAN TALISMAN

Nos atraía aquel anciano de serenidad patriarcal que, junto a la gran higuera de una casa vecina, dejaba correr, solitario, las horas del atardecer plácidamente instalado en su sillón de mimbre.

Desde la azotea, entre uno y otro juego, oteábamos con la impertinencia propia de la gente menuda, un mundo lleno de incidencias cotidianas que nos costaba esfuerzo ubicar detrás de los portales, cuando a nuestro paso por la calles, nos desconcertaba el hermetismo de esas puertas y ventanas que ocultaban tan bien al transeunte la vida que bullía más allá de sus umbrales.

Pero nada de lo que columbrábamos desde nuestra atalaya interesaba tanto al grupo infantil que la invadía, como "el viejito", al que habíamos dado en llamar así, con cariñosa conmiseración. Para él eran nuestras primeras miradas y en torno suyo dejábamos aletear la imaginación que se complacía en bordar los más ingenuos comentarios.

¡Singular preferencia! Tenía la atracción de la

belleza plástica, que se dejaba contemplar, unida al deseo frustrado de acercarnos a él y de escucharlo, acaso presintiendo lo que con tanto conocimiento del corazón humano dijera el poeta filósofo:

"Y como todo viejo
De todo niño es natural abuelo",

volaba nuestro afecto hacia "el viejito", que nos ofrecía, invariablemente, el mismo cuadro de suprema tranquilidad.

Como no había niños en aquella casa, su imagen representábase siempre destacada, sin que alcanzara a perturbar la poesía de su soledad el acceso de las personas mayores que solían acercársele.

Algo sabíamos, sin embargo, de su vida, por referencias. Paralítico desde hacía algunos años, sobrellevaba con estoicismo los padecimientos de sus enfermedades. Decíase de él que conversaba maravillosamente y narraba historias muy hermosas. Esto nos lo hacía más atrayente aún, pero no podíamos convencernos de que padeciera. Toda la paz del mundo parecía posarse sobre su blanca cabeza.

Es que nuestra pueril observación desconocía la importancia de un hecho en el cual hallaba, seguramente, su origen la beatitud que tanto nos seducía. Aquel anciano tenía constantemente entre sus manos temblorosas el talismán de su serenidad: un libro abierto del que sólo apartaba la mirada para dar

descanso a la cabeza — como lo creíamos entonces — o para sumirse en la meditación, como lo afirmaríamos hoy.

Cierta tarde, con lógica infantil, alguien advirtió un gran acontecimiento: "el viejito" se reía con las letras de su libro.

Así era, en efecto. Reía sin tregua jubilosamente, mientras recorría las páginas, con rapidez inusitada.

Y cuando dió descanso a la mirada, en la actitud que le era familiar, la sonrisa retozó largo rato sobre su rostro, encendida por la prolongación de sus regocijados pensamientos.

El talismán perenne de su serenidad, el libro ameno y renovado que lo acompañaba en los apacibles atardeceres, brindábale ese día el don alegre de la risa, como debió ofrecerle muchas veces la emoción de los ajenos dolores y sentimientos; el solaz de las descripciones o la comunión, tan fecunda en consuelos, con los grandes pensadores.

Aquel lector sempiterno y solitario, esclavo de su parálisis, que veía acercarse la noche definitiva, plácidamente, bajo la sugestión de sus libros, debía sentir el espíritu emancipado, libre del dolor y del tiempo, gracias al poder de la lectura que, como la música, aparta de nosotros el yugo de la realidad y nos conduce por las sendas del arte.

Otras veces, en virtud de la "katharsis" aristotéli ca, la lectura descarga al alma de emociones retrospectivas acumuladas y no resueltas; las aviva y da

lugar a que el espíritu despliegue el exceso de su fuerza.

Ciertos estados eufóricos exagerados del ánimo, así como las depresiones melancólicas que a veces se apoderan del espíritu sin causas aparentes, suelen desaparecer, trayendo como consecuencia el equilibrio, después de una lectura apropiada que da salida a la energía emotiva que los provocara.

El placer y la calma son, con frecuencia, el coronamiento de una intensa y bella lectura; pero para que el ánimo esté pronto a recibirlos, es necesario educarlo.

El buen lector, catador e intérprete de la belleza genuina, ni nace, ni se improvisa: se forma.

La afición natural de algunos espíritus hacia la lectura se afianza con el hábito de leer, es cierto, pero se depura con la selección de las obras que refinan el gusto, interesan la sensibilidad y preparan los grandes placeres intelectuales que nos defienden del tedio, del dolor y de la estulticia.

Cerrada a toda perfección tendría que estar un alma para no rendirse, tarde o temprano, al encanto de la lectura. Los que escapan a su seducción es porque nunca gozaron de su deleite.

Y sin embargo, doloroso es reconocerlo, no obstante sus muchos iniciados y adeptos, la lectura tiene escasos, muy escasos cultores, en el sentido artístico de la palabra y en las múltiples exigencias de su perfeccionamiento.

Más de un lector inteligente que ha encontrado en las obras maestras de la literatura grandes deleites; que ha gustado de su belleza, acumulado conceptos y ganado experiencia y saber, se detendrá, sorprendido de su egoísmo, al reconocerse incapaz de trasmitir esas emociones a otros espíritus, y avergonzado de sólo poder interpretar calladamente la intención y el sentimiento de sus autores predilectos, pues se sentirá torpe para dar a conocer, por medio de la lectura en alta voz, toda esa belleza que quisiera difundir.

El talismán, entonces, prodiga a medias el beneficio de una virtud que se reserva completa para los que saben buscarla en la plenitud de su prodigioso poder.

Y la encuentran, toda entera, los enamorados de la belleza del estilo y del pensamiento; los que hacen suya la emoción que condensa en sus páginas las producciones maestras de la poesía y de la prosa; los elegidos que saben, además, modular la voz, con vibraciones triunfales para las evocaciones heroicas, y con honda repercusión en las escenas y reflexiones conmovedoras; para los que aprenden a desplegarla, ya alegre y ligera, ya susurrante o sosegada cual conviene a las situaciones o a los sentimientos. En una palabra, los que manejan toda la gama de la expresión con la mirada y la voz sin mengua de la naturalidad que es, quizá, el resorte más seguro del éxito al leer.

En posesión de esa rara conquista, pueden los elegidos que la alcanzan, acercarse confiados a la cabecera de los enfermos y de los convalecientes capacitados para escucharlos; ahuyentar con la magia de la bella lectura el hastío y el dolor, y brindar al que sufre el mejor de los nepentas, que es el entretenimiento del espíritu.

Seguros de su dominio, sabrán electrizar a un auditorio; recrear e iniciar a la juventud en la verdad de la vida y en la belleza del mundo sentimental; atraer y educar la atención de los niños; tocar el corazón de los descreídos y, acaso, como Legouvé, hacer llegar la dicha hasta el lecho de un moribundo y recoger palabras tan llenas de agradecimiento y de significado como aquellas con que el poeta Ponsard lo premiara al escribirle sencillamente: "Ha suspendido usted mis dolores durante todo un día..."

Llave de oro de la vida, la lectura abre mil puertas luminosas por donde se asoma el espíritu nutriéndose de armonía y de saber.

Las formas galanas de la literatura y la costumbre de emitirlas al leer en alta voz los autores selectos; el hábito de la expresión y la soltura de la dicción adquirida, sorprenden un buen día a los lectores que han cultivado ese arte tan agradecido, con una riqueza de vocabulario insospechado y un acopio de referencias y de giros elegantes que los erigen en elocuentes conversadores, diestros en el buen decir y listos para la réplica y la argumentación. No en

balde comulga el espíritu con la grandeza heroica de las gestas homéricas ni penetra los sabrosos discursos del Quijote, ni se baña de luz con el lirismo y el ingenio de los poetas, mayormente cuando el esfuerzo no se limita a interpretarlos silenciosamente, para solaz individual, sino que les presta vida externa al procurar leerlos en alta voz sin desmerecer su suprema belleza.

La mente que recibe tales simientes, a su tiempo cosechará frutos lozanos; y los labios que dejan paso a tanta armonía, contagio de galanura habrán de adquirir.

Asombra, pues, que un arte tan pródigo en dones se halle tan descuidado allí, precisamente, donde debiera cultivarse su carácter artístico como se ejercitan las artes manuales.

La fundación de la cátedra exclusivamente para enseñar el arte de leer, distribuída en todos los años del ciclo de estudios de la enseñanza secundaria. haría más en favor de la cultura moral y estética de la juventud, que las reprimendas moralistas y la enseñanza de cánones cuyo eco suele perderse en el vacío.

La esencia agradable y verdaderamente conmovedora de la moral; aquélla que se prende en las almas juveniles, radica en la belleza, identificada con el "sumo bien", por el elevadísimo concepto platónico.

Y a la par que se cultivara el arte de leer por profesores capaces que supiesen enseñar la forma artísti-

ca de la lectura sin destruir la personalidad interpretativa de los lectores, hallaríase la ocasión propicia para dar a conocer obras y fragmentos destinados a llenar las lagunas increíbles que la enseñanza enciclopédica deja formar en el terreno florido del arte y en el profundamente humano del pensamiento filosófico. ¡Lagunas que cuestan rubores más tarde!

Sumido en el placer de la lectura — talismán de su sosiego y secreto seguro de aquellas peregrinas historias que, según era fama, sabía relatar — "el viejito" de nuestros recuerdos infantiles ha revivido serenamente en una imagen lejana y autorizada para dictar un llamamiento en favor de un arte precioso y fácil, dispensador de venturas y de sabiduría, y que, como todas las artes, exige cuidado y amor.

LAS SONRISAS DEL MAL

Satán nunca quiso sonreir. Encarnación del mal supremo, no admite las transigencias de la sonrisa por diabólica que ésta sea. Sombrío, cavila y gesta el pecado y el odio: soberbio, planta su garra y domina, engaña, azuza y siembra maldiciones, pero no sonríe. Artistas y poetas oyeron su carcajada trágica, mas al buscar en su miraje interior la visión artística del mal en esencia, halláronse con un Satán de faz torva, inmutable en las convulsiones de su estridente carcajada. Si Satán sonriera perdería grandeza: prevaricaría.

Y, sin embargo, existe la sonrisa diabólica. Artistas y poetas la han visto reflejada en las creaciones de su fantasía, y los simples mortales la vemos profusamente distribuída en los rostros que, a pesar del disfraz prestado por la hipocresía, no pueden dejar de trasparentarla bajo la alegría del sufrimiento y la perdición ajena. Son las sonrisas del mal, inferiores a éste mismo y que Satán no ha querido para sí.

Cayó Luzbel en el reino de las tinieblas llevando

en su espíritu rebelde el poder de las sonrisas que, en su primitivo y celestial estado, fueron su más seráfica gracia. Al ver cambiarse la alba blandura de sus alas en ásperas membranas orladas de púas, y trocarse su rostro angélico en siniestra faz; al sentir cómo rebullían en sí, pugnando por explayarse, el odio, la rebelión y la soberbia, creció su saña y se sintió pujante. Las sonrisas malignas que aflojaban la recia tirantez de sus músculos destruían su imponente fiereza. Y las rechazó de sí. Angel maldito y enemigo del bien, pensó en convertir esas sonrisas que un tiempo fueron galas de seducción y beatitud, en lazos del mal.

Llegó la hora que canta Milton en el libro segundo de "El paraíso perdido"; la hora del solemne consejo de espíritus malignos, reunido en el "Pandemonium", bajo la soberanía de Satán.

Y habló Moloch para pedir, con formidable voz, guerra abierta contra el cielo. ¡Rebelión y venganza!

Y habló Belial con lentitud persuasiva. Deslizó temores de castigos más grandes y, con cobarde miedo, pidió resignación sumisa, sin negar que en el fondo de su ser deseaba como Moloch guerra abierta contra el cielo.

Y Mammón, intransigente a toda reconciliación, seguro de las diabólicas fuerzas que le permitían vivir poderoso en las tinieblas, rodeado de llamas, creyó inútil una nueva lucha.

Entonces Belcebú propuso la guerra indirecta y

solapada, la cizaña sembrada contra el cielo, mas fuera de él, en un mundo nuevo y venturoso habitado por el Hombre, cuya debilidad se aprovecharía para el triunfo del mal. Y Belcebú, el consejero más pérfido, que proponía la guerra por el pecado sin exponerse a la lucha abierta, triunfó en el espíritu del soberano de aquel consejo solemne reunido en el "Pandemonium". El pecado y la muerte no tardarían en lanzarse sobre la tierra.

Volvieron un día a la memoria de Satán la soberbia y la decisión del vengativo Moloch. La fiera rigidez de su mirada rechazaría toda expresión que no fuese la de crueldad. Moloch no sabría sacar provecho de una diabólica sonrisa. Entonces pensó en Belial, el acomodaticio, el ángel caído de aspecto agradable y alma rastrera que alimentaba un odio impotente disimulado bajo palabras blandas. Belial manejaría con perversidad maestra la sonrisa hipócrita que oculta el mal. Y decidió, sencillamente, enviarlo a la tierra como ídolo falso para que contaminase su traidora sonrisa al rostro de los mortales que tuviesen la conformación espiritual suya.

Desde entonces sonríen melífluamente los débiles y los ineptos que odian a los fuertes y a los capaces; sonríen los envidiosos para encubrir la amargura lenta y continua que filtra en sus corazones el encumbramiento o la ventura de los demás; sonríe la insidia, la falsía y la cobardía moral.

Belcebú, inspirador de la destrucción de la paz y

la inocencia en un mundo surgido al soplo del amor de Dios, con derechos de gran ministro de Satán, reclamó para su manejo y provecho la sonrisa del triunfo maligno, que aparece cuando la víctima de diabólicas intrigas se enreda en las mallas del mal y lee claramente su sentencia de perdición en la alegría perversa del vencedor.

Mefistófeles, demonio de la astucia, el más acabado discípulo de Belcebú, pasó con fuerza creadora por el mundo fantástico de un genio que, con penetración de artista, vió en su sonrisa diabólica la raíz humana de la tentación y la convirtió en un símbolo que ya tenía su antecedente en la serpiente bíblica.

Mefistófeles sabe, y el Señor se lo confirma, "que el hombre yerra mientras aspira". Por eso dirige su astucia hacia el mortal que ha gastado su vida en busca de la sabiduría y llega a exclamar en una hora de cansancio acumulado: "¡Ah, filosofía, jurisprudencia, medicina y, por desgracia, también teología; todo lo he estudiado con febril vehemencia! ¡Y héme aquí, miserable loco, tan sabio como antes!"

Cuando el doctor Fausto, decepcionado, vuelve los ojos hacia la Magia, detrás de los hornillos y las probetas, asoma la oreja de Mefistófeles. Hechura de Satán — el supremo mal — conoce como éste las recónditas lobregueces de los conjuros y de los signos entre los cuales se pasean el error y la perdición:

. . . .
Tu a l'ochio inmobile
De l'alchimista,
Tu de l'indocile
Mago a la vista
. . . .

(*Carducci. "A Satana"*).

Mefistófeles está, pues, en su terreno y no perderá pie. Sonríe en la sombra y espera; sonríe en la hora de la tentación ofrecida en un ensueño de deleites; pero su verdadera, triunfal sonrisa, irradia cuando oye la maldición de Fausto a los recuerdos engañadores de la infancia y a las promesas de la gloria; ¡maldición progresiva a la dulzura del amor, a la esperanza, a la fe y, sobre todo, a la paciencia!

Bajo la ojiva de la puerta abierta que traspone, el hombre docto y decepcionado se vuelve hacia la estancia que acogió sus desvelos y amenaza con el puño cerrado de su siniestra la mesa compañera de sus vigilias, iluminada por la lámpara colgante, cuyos reflejos caen sobre la calavera enigmática, el reloj de arena, los viejos libros de los atriles, las retortas y los hornillos. Asido a su diestra, Mefistófeles lo arrastra y sonríe, sonríe triunfalmente, como lo hará después en la escena del jardín, junto a la mfistofélica Marta; como en la hora definitiva de la seducción y del crimen.

Después la diabólica sonrisa se convertirá en mueca, porque muere vencida por la voluntad victoriosa del hombre docto, por la inteligencia que vuelve a su afán de sabiduría; muere destruída por lo que con fuerte arraigo había de bueno en la naturaleza humana.

Así han cruzado y van por el mundo, con sonrisas mefistofélicas para vergüenza de sus victorias, los tentadores del mal, las Celestinas y una legión de intrigantes.

Un amanecer, Belcebú atisba desde la atalaya de una ciudad medioeval. Espera gozar con la desesperación rebelde a un ajusticiado, al cual mostrará en sus últimos momentos la sonrisa demoníaca de su triunfo. Mas de pronto, con la luz del alba, tañe una modesta campana que, protegida bajo un doselete, deja oir sus sonidos tristes como lamentos, desde lo alto del muro de un templo gótico, Es la "campana de los pobres pecadores", que pide una oración a los labios piadosos; es una llamada al arrepentimiento y a la conformidad del que sabe que ha de morir bajo la bendición de mil plegarias anónimas. La pequeña campana suena como una esperanza de redención, y Belcebú, que se sabe derrotado, huye con las sombras y va en busca de lugares donde encontrar reinante y absoluto el mal que quiso para la tierra.

Pero en todas partes alcanza a oir la voz de la piedad y, día a día, ve alzarse en contra suya el tra-

bajo fecundo, los sacrificios de la ciencia, el respeto por la verdad y los ideales del arte...

Belcebú vuelve el rostro de sonrisa vacilante hacia Belial, receloso de sus éxitos. Se siente esclavo de éste porque la envidia lo invade. Y Belial sonríe. Su dominio es más mísero y en él no repercuten triunfos, pero es más vasto y mucho más perdurable. Contra la tentación hay defensa, y la astucia de Belcebú fracasa cuando resurge lo que tiene de virtuoso la ambición humana. Pero a los envidiosos, sus elegidos, no hay virtud que los defienda. No desfallecen porque constantemente se nutren a sí mismos. Los hipócritas se encogen, flotan y jamás se dejan alcanzar por la lealtad cuya apariencia simulan. Por eso, mientras Belcebú desconfía de su poder, Belial sonríe y propaga su sonrisa entre sus innumerables oficiantes.

SECRETOS Y CONFIDENCIAS

Cuando Pierre Loti, con su comprensión tan artística cuanto humana, escudriñó en "Las desencantadas", el angustioso poema de amor y de ansiedad vivido por sus heroínas, forjó entre sus muchas y magistrales páginas tres pasajes, muy breves, cuya importancia se pierde en medio del interés apasionado y exótico del libro.

En los tres, una cerradura, mencionada al parecer incidentalmente, guarda el secreto de una mujer en momentos trascendentales de su vida. La desposada, comprueba con entusiasmo que su pupitre tiene cierre seguro y que por lo tanto las confidencias que su espíritu oriental y novelesco confíe a la pluma mientras su pensamiento vuela hacia un ser desconocido, estarán bien custodiadas. Su rebelión de mujer sometida, se calma ante esa presunta inviolabilidad ofrecida a sus ansias secretas y a sus desilusiones. Años más tarde, audaz y enamorada, muestra triunfante un día a sus compañeras, cual si fuera un trofeo, la llave de su habitación, raro privilegio para una mujer turca de su época. Gracias

a su complicidad se atreve a perpetrar la inaudita aventura de permitir el acceso de un extranjero a su elgante estancia. Y con esa misma llave, vencida ya por la pasión, antes de morir voluntariamente, cierra la puerta que debe guardar la revelación de su tortura amorosa, hasta que manos leales se hagan depositarias del secreto confiado a la amistad.

Por ser esa historia de amor y desencanto un estudio de tres almas de mujer, juveniles y dolientes, no podía faltar en sus páginas el sabor sentimental o trágico de la confidencia y del secreto.

La cerradura que sirve de custodia a la intimidad del libro diario; la llave que gira, no para proteger la posesión de un bien prosaico, sino el secreto torturador o los caros recuerdos no divulgados, concluye por inmaterializarse. Seres amigos, protectores del sigilo son, para quienes, como la dulce Djenana de Pierre Loti, confían a su cuidado el misterio con que embellecen la vida.

La reminiscencia de esa obra literaria donde se ha entronizado el alma femenina, surgida espontáneamente al pretender encauzar las ideas en el dominio del secreto, me advierte que éste parece querer esquivar la formidable significación que alcanza cuando es arma de la política y de la guerra; cuando es amenaza o es valla para la generación y la esperanza.

¿Será acaso, porque al intentar espigar en tan enigmático terreno, allegóse a él—por afinidad qui-

zá—la imagen de la confidencia? Y por explicable gravitación, entonces, tomados de la mano secretos y confidencias, encamináronse naturalmente, hacia su asilo predilecto: el espíritu femenino.

Un escritor de mucho talento, que me rehuso a nombrar, en venganza a su perversa definición, llamó a las mujeres "esfinges sin secreto". Con más agudeza que acierto hizo lo que en lógica llamaríamos "una generalización precipitada", ya que si exentas de todo enigma—vale decir, esfinges sin atractivo — le parecieron las mujeres que trató en su vida, de otra esencia espiritual debieron ser aquellas que, en todos los tiempos, avivaron la curiosidad y la inspiración de otros ingenios.

No en vano, admirados los hindúes de la notable comprensión que del sentimiento femenino tuvo Amaroú — el gran poeta lírico que se supone vivió en el siglo VI de nuestra era — forjaron, para explicar su numen, una leyenda fundada en el misterio de las trasmigraciones.

Según ella, el alma de Amaroú, antes de pertenecer al poeta, anidó sucesivamente en el cuerpo de cien mujeres hermosas, de cuyos corazones sorprendió los más recónditos secretos. Y fueron éstos, preferentemente, sutilezas de amor y seducción; airadas decisiones nacidas del enojo, y que la pasión destruía presto; ocultos juramentos que al escribirse sobre un pétalo de rosa el céfiro se llevaba; timideces y arrebatos no confesados y entre todos ellos, co-

mo una enseñanza para la mujer, el gran secreto de su fuerza: la gracia de su feminidad, el poder de la mirada cargada de lágrimas y la conciencia de su valer.

Han pasado los siglos y no son anacrónicas, a pesar de todas las evoluciones, esas intimidades del sentimiento. Las reconocemos hoy con sus mismas manifestaciones. Pero a ellas, verdad es, gusta también de trasmitirles su temple, la seriedad de la vida. Y el secreto sentimental y plácido puede, un día, trocarse en torcedor del alma.

Aliada solícita, la confidencia brinda entonces su incomparable consuelo. Si se la admite, segura y leal como debe ser, el dolor disminuye. Compartido, el peso de un secreto concluye por ser llevadero. El espíritu amigo que se presta a recibirlo, es un refugio hasta el cual se prolonga la confianza que pide reserva, y en su distendimiento el dolor oculto pierde mucha de su tiránica tortura.

El lazo de simpatía que teje la confidencia es, a su vez, el secreto de que no siempre ciertas tragedias íntimas, llamadas a minar una existencia, cumplan su obra de aniquilamiento moral.

Ideológicamente, la confidencia rechaza toda sospecha de traición. Su razón de ser es la confianza absoluta. Menguado, con avilantez repulsiva, se nos aparecería quien se hiciese depositario de revelaciones para traicionar la confianza que buscó fuerzas en un alma amiga.

La poesía del misterio sentimental que se complace en el ocultamiento para que no se disipe el encanto de su reserva, es apenas un secreto que muy bien puede pasarse sin la dulzura de la confidencia. Y cuando cree hacerla, se engaña. Disfrazada con su apariencia, la vanidad satisfecha o la felicidad deseosa de radiación, buscan a la amistad para hacerla partícipe de su gloria y el secreto se disipa sin turbar en nada la realidad.

La verdadera confidencia, en cambio, lo mantiene. Y afirmarlo no es paradojal. Secretos hay que viven porque se han confiado. Su divulgación los mataría; la reserva absoluta también. Los labios que se niegan a toda revelación, al sellarse definitivamente, lo arrojan a los dominios de lo que ha dejado de ser.

Sólo la confidencia puede salvar la supervivencia necesaria de los secretos, cuyo misterio ha de ser reclamado un día para salvar la felicidad, el honor o la fortuna del prójimo.

Recuerdo haber visto hace unos años una escultura de gran valor psicológico, obra de uno de nuestros artistas originales. Representaba una cabeza cuya expresión había logrado reflejar la huella de uno de esos grandes dolores, punzantes y perdurables que se traicionan a sí mismos. El gesto de angustiosa tensión y el "rictus" depresivo del labio, cual si una garra invisible retrajera hacia las entrañas la sonrisa, para ahogarla mejor, daban vida a la ins-

piración del artista. "Drama interior", llamó éste a su obra.

Ante ella se meditaba. Acaso el arrepentimiento sin liberación del dolor por falta de perdón; acaso la conciencia atormentada por una pasión malsana e indomable, un delito cuidadosamente ocultado, o la reprobación de sí, eran las causas que podían originar tan dolorosa expresión. Envueltas en su propio misterio, dejaban al contemplador en el terreno de las suposiciones.

Con toda lucidez imponíase, en cambio, una convicción: ese dolor rígido y al parecer sin tregua no había conocido el alivio de la confesión. La vislumbre trágica de ese espíritu atenaceado, denunciaba que la confidencia le era ajena. Avara el alma del secreto que la martirizaba, carcomíase en su propio encerramiento.

Si me fuera dado representar con forma humana la confianza amiga que recibe el descargo de un secreto demasiado pesado para una sola conciencia, fijaríala en una suave figura dotada de amplias alas plegadas, propicias para recibir en su cálida blandura la confidencia que reclama sigilo. Y para su mayor perfección, sería atenta y leal la mirada, indulgente la expresión; estarían sellados los labios, sobre los cuales se posaría ligeramente el índice de la diestra como un signo de la reserva prometida.

Ha sido tal la sugestión del secreto en las ficcio-

nes novelescas, que su misterio se ha vinculado a ellas para embellecerlas.

Mas la curiosidad y la insidia, sus enemigas seculares, no tardaron en hacer su entrada en las hermosas creaciones de la fantasía, y allí donde la dicha se mantenía mientras duraba el secreto y la confianza, lograron destruirla para siempre.

El mito de Psiquis, tan lleno de ventura hasta que fué sorprendido el misterio de Cupido, así como la poética leyenda del caballero Lohengrin, dejan en la luminosa armonía de sus imágenes una severa enseñanza.

La gota de aceite que cae en la lámpara con que Psiquis alumbra la belleza de Cupido dormido, descubre su curiosidad, artera en su principio y extática después. Despierta Amor y levanta su vuelo. Con él huye la dicha tal como cuando se aleja el caballero del Graal después de haber roto el misterio de su procedencia a instancias de la desventurada Elsa.

Versátil como es, suele la dicha esconderse con el secreto y desmoronarse con él.

Hijo del refinamiento de la prudencia — como se lo ha llamado — rodéase de la cautela con que defiende su vida.

Precipitar su revelación es acto temerario, y faltar a la fe que debe mantenerlo es arma de múltiples

filos que al herir a los demás salpica con su villanía a los ruines que se atreven a esgrimirla.

Sólo la confidencia que hace de la confianza un sagrario, que enmudece y levanta el ánimo, puede recibir sin desmedro la reponsabilidad del secreto.

ARMONIA ENTRE LAS IDEAS Y LA EXPRESION

"Te espero mañana a la tarde. Charlaremos junto al fuego".

Nada más dice aquel billete escrito con letra amplia en cada uno de cuyos rasgos hay firmeza y cierto vuelo elegante que hace olvidar el laconismo de la misiva, firmada por una amiga de la infancia.

Mucho significa, sin embargo, esa invitación, a juzgar por lo mucho que estimula mis pensamientos. Su concisión es elocuentísima. Denuncia hartazgo de ruído, de preocupaciones sociales y de fiestas. Delata que el recurso de quedarse a solas consigo misma — tan reparador para las fatigas del espíritu — ha sido ensayado sin éxito y que las lecturas reposadas y las labores primorosas negáronse a dar las satisfacciones tranquilas que el ánimo les reclamara; las unas por exceso de abstracción, las otras por dejar demasiado libre al pensamiento.

Mas no es mi sutileza la que adivina el proceso íntimo que dictó seguramente el breve billete. Ya otras veces, con su tono ligero, análogas invitaciones

disimularon un verdadero llamamiento a la amistad.

Ella, que charla alegremente todo el día y escucha lisonjas, relatos y comentarios, siente de tarde en tarde verdaderas ansias de conversar; de conversar como no es posible en numerosa rueda de amigos; como sólo puede hacerse con quien conoce nuestras aficiones y defectos; con quien tiene nuestra misma cultura aunque difieran las ideas; plática que exige ambiente, soledad y relegación de todas las mezquindades y de los convencionalismos y prejuicios cotidianos.

A fe mía, que siempre supo esa amiga buscar el halago de los lugares propicios para el coloquio: bajo una alameda en el verano; junto al fuego, en blandos y hospitalarios divanes, en los días crudos. Y no ignora tampoco que la conversación sabrosa, la que deja plenas de savia las horas que se dedican a su culto, no puede forzarse: espontánea y fluyente se nutre a sí misma y sólo cuando su llama se aviva al calor de las ideas y de la emoción se acrecienta su encanto.

No obstante, ese billete algo impositivo parecería desmentir su experiencia, si el mismo laconismo del llamamiento no delatara implícitos pensamientos.

Bien lo sabemos ambas. Junto a ese fuego prometedor iré a sentarme, como otras veces, libre de toda idea preconcebida. La afabilidad del recibimiento no nos exigirá ninguna iniciación trivial en la plática. Durante un largo rato, quizá, el silencio oficiará

su culto en el mullido saloncito. Y mientras los dedos pulidos de mi amiga borden con un hilo de plata la tela suntuosa que su habilidad recama, echaré una ojeada a los libros colocados sin orden sobre un velador; admiraré el labrado mango de un cortapapel o se perderá mi mirada en los arabescos de la alfombra. Callaremos. ¿Qué importa? ¿No es preferible callar que decir vaciedades? Hay silencios preñados de ideas y es más consolador saber que se está ante un ser pensante que escuchar una de esas irreducibles charlas que atormentan los oídos sin perdonar al espíritu. Pensar en compañía, es un placer real, poco analizado. De ese callar fructuoso nace casi siempre una plática agradable, continuada y jugosa. Parece como si el ambiente necesitara antes saturarse de ideas. ¿Tendrán éstas un poder de radiación imponderable que logra imponerse? Lo cierto es que basta entonces una pregunta ocasional, o un pensamiento que se expresa; basta una circunstancia cualquiera: el sonido de una campana lejana, la sombra de un objeto, una frase intencionada leída al acaso, una bagatela, en fin, para que la conversación se entable vigorosa y se mantenga con la dignidad que la diferencia del vulgar parloteo.

Si en esos momentos "pasa un ángel" y — como creíamos cuando pequeñas — el aire que mueven sus invisibles alas nos impone silencio, éste no será prolongado, porque la conversación que se inició con

ideas y halló su fuerza en el sentimiento, tiene un ritmo creciente que difícilmente desmaya.

La charla femenina que tantas sonrisas y frases ha provocado, alimenta su locuacidad en la variación y en la superficialidad de sus comentarios. Su mayor enemigo es el silencio, porque el silencio es observación, es recogimiento y es gestación del verbo. La charla es bullicio, ligereza y versátil entretenimiento. Desprestigio de las mujeres, desborda ante un lazo de seda con la misma pasión que cuando comenta un intenso drama social; juzga un espectáculo por la concurrencia; tergiversa los conceptos y pasa de un suceso grotesco a las exclamaciones exageradas de un dolor que no comprende ni comparte. La charla no conoce otros matices que las altisonancias ponderativas de la voz o su apagamiento murmurador cuando se hace eco de los pecados ajenos que no le constan. La reflexión sofrena la lengua; la duda y el tino le son innecesarios para vivir. La charla no se detiene a escuchar; se conforma con oir, a veces. Su finalidad es producir voces...

La conversación ahonda y escoge. Vive de la armonía que existe entre las ideas y la expresión. Por eso tiene ritmo. La pasión no puede acalorarla por grados, pero la razón acude para atemperar su ardor. Nada le está vedado. Sobre los asuntos más triviales puede tejer su preciosa filigrana. El buen decir la dignifica; la ironía le presta su nota fina; el ingenio la hace chispeante y el escepticismo la

envuelve en esas hondas y acibaradas reflexiones que provocan la réplica optimista. Todo cabe en la conversación: el dolor y la dicha; la pasión; la crítica y el aplauso; todo, menos una cosa: lo insustancial. La estulticia le da el golpe de gracia.

Nunca en ese amable rincón hacia el cual quiere atraerme la amistad, la charla ligera pudo suplantar a la conversación. Allí he advertido dos cosas: mientras se conversa intensamente, la vida parece concentrarse en los ojos y hay una suspensión física para todo lo que no sea el ademán y el gesto que responde a las ideas. No es posible dejar de mirar abiertamente a quien con sus palabras excita nuestros pensamientos, y el trabajo mecánico, los movimientos automáticos que creíamos independientes, cesan perturbados por el proceso mental y emotivo que dirige la conversación.

He aprendido, también, con cuán poco esfuerzo podemos resarcirnos de los silencios forzados a que nos obliga la charla diaria imposible de eludir.

Al amor de esa lumbre, insospechadas visiones de la vida nacieron de asuntos vulgarísimos. El recuerdo de una persona discutible pretendió llevarnos más de una vez, al prurito de la crítica inhumana y cáustica. — ¡Alto ahí! advertimos. Y sin apartarnos del asunto, al razonar sobre las causas y las circunstancias deterministas, veíamos cómo se abría una senda hacia la indulgencia: generalizábamos y, sin

pretenderlo, las ideas planeaban más alto y salvábase la conversación de la vulgar maledicencia.

Otras veces el interés recaía sobre las nuevas lecturas y el libro ameno o abstruso torcía el rumbo de nuestros pensamientos hacia los autores y las cosas. Trasponíamos tiempos y distancias, hasta que una duda — o nuestra ignorancia — interrumpía la conversación sin lograr destronarla. Callar entonces, hubiera sido una derrota y no cejábamos hasta hallar en los pródigos libros de que disponíamos o en las nutridas colecciones de grabados, la autenticidad de lo que discutíamos o la explicación del enigma que se interponía en nuestra plática.

Jamás murieron de inanición los coloquios que ensayaron su vuelo junto a ese fuego prometido.

Sorprendíanos, sí, la fugacidad de las horas transcurridas y declarábamos necia a la gente que bosteza y se aburre a solas y en compañía, cuando hay un don flotante que pide sólo que se le cultive para salvar a los mortales del fastidio de vivir.

De abolengo femenino es también el arte exquisito de la conversación.

Ejemplo de cortesía y delicadeza, la marquesa de Rambouillet hizo del buen decir un culto en los salones de su célebre palacio, donde platicaban sobre variados temas, los más claros ingenios de su tiempo.

Gracias a la inspiración de sus gustos refinados, aquella dama dió a la sociedad francesa del siglo XVII, la distinción que sus descendientes y sus ému-

las no supieron imitar sin caer en la pedantería y en el "preciosismo".

Pero el alto ejemplo de lo que puede alcanzar, por la cultura del lenguaje que exige a cuantos la rodean, una mujer de talento y de influencia, quedó en la historia con magnífico relieve. Cetro con virtudes de varita mágica fué el que manejó con su espiritualidad la marquesa de Rambouillet. A su conjuro desplegóse la elocuencia, se educó el sentimiento en las pláticas que sus misterios sugerían, y brotaron las profundas máximas morales que dieron renombre a más de un gallardo y talentoso caballero de aquel siglo.

Con el espíritu fortalecido, contentos de nosotros mismos y de nuestros interlocutores — como lo quería La Bruyère — ha de sorprendernos el momento de poner término a una conversación, para que subsista el deseo de reanudarla y se cimenten los lazos de simpatía intelectual y moral que tanto ennoblecen la vida.

Al llamamiento de la amistad acudiremos entonces regocijados, y al billete lacónico que nos reclama, responderá una parodia que lleva en sí cierta expresiva variante: "Iré mañana por la tarde. Conversaremos junto al fuego".

ERASE UNA VEZ...

No es éste un cuento para niños, ni un relato para frívolos, ni una página para escépticos. Es, simplemente, un reflexivo divagar, para quienes han probado alguna vez el supremo bien de estar a solas consigo mismos; para los que en la inacción de una hora de sereno recogimiento ganaron en energías y en pensamiento; para quienes valoran las cosas idas y para cuantos saben todo lo que cosecha el espíritu de esa curiosidad, ansiosa de emoción y de maravilla, que siempre han logrado provocar las tres palabras prometedoras: "Erase una vez..."

Dueñas del pasado, aun en los tiempos más inmemoriales, donde penetran con toda soltura y familiaridad, nos cuentan realidades que parecen ficciones y ficciones que se escuchan y se sienten como si fuesen realidades.

¿Cuál ha sido su patria? ¿Cuál su origen?... Sólo sabemos que han conquistado para sí la universalidad: "Once upon a time..." comienzan por decir las atildadas ayas inglesas a los blondos niños que

las escuchan muy atentos y reflejan en sus ojos de turquesas, su ansias de quimeras; "Es war einmal..." debió murmurar con sus labios marchitos por los años aquella viejecita ya decrépita y temblorosa que, en su viaje al Hartz y en la región minera, encontró Heine en el interior de una limpia choza escondida en medio de las montañas y que, sentada frente a un gran armario, al lado de la estufa, narraba cuentos ingenuos a un rapaz que, quietecito a sus pies, contaba las flores de la falda de lana de la anciana; "Il était une fois..." balbucen los frescos labios que repiten las creaciones de los cuentistas franceses; "C'era una volta..." gorjean en su dulce idioma los niños italianos, y "Erase una vez..." nos dicen las consejas que escuchamos en la infancia.

Un secreto sencillo en apariencia pero que resume gran sabiduría del alma humana, les ha trasmitido su poder al enseñarles a libertar la mente, desde el principio de los relatos, del cuidado de ubicar en el tiempo las imágenes y los hechos que habrán de ser su recreo.

Sin tener que ajustarse a esa precisión meticulosa, que harto exige la vida real, la fantasía se explaya a su gusto, y ¡al fin! le es permitido hacer composición de tiempo y de lugar — o no hacerla — sin tener que habérselas con la verdad, ni temblar por los anacronismos. "Erase una vez..." y no importa dónde ni cuándo; lo esencial es que vibre la emoción y se solace el pensamiento.

Tienen esas palabras la seducción de la libertad. Permiten escapar sin escrúpulos y sin sanción al enojoso casillero de Cronos. Son la amplitud, lo agradablemente ilógico, la buena tolerancia de la que suele estar tan deseosa la humanidad.

Bajo su condescendencia formáronse las leyendas, burladoras casi siempre de la rigurosa sucesión de los hechos y en las cuales se compensan los desplantes cronológicos con la belleza de las ficciones.

¿Qué importa a la fantasía la época en que Loreley, sentada sobre un risco, alisaba con peine de oro la abundosa cabellera, ni el siglo pagano en que Aquiles disfrazaba su varonil bravura con trajes femeninos, en el reino de Lycomedes? Vestida de luz y de belleza imaginaron unos a la sirena del Rhin, y adornada con galas del tiempo ya históricos ideáronla otros. Y junto a las hijas del rey Lycomedes — trajeadas a la usanza del Renacimiento — creó la fantasía del gran Rubens un Aquiles inflamado en belicosa acucia, tentado por un Ulises que ostenta con desenfado, sobre su cabeza, una gorra de gondolero veneciano: ¿Qué importa ese trastrueque en lo que ha escapado a la fiscalizadora mirada de la historia y puede vivir, caprichosamente, en los vastos domnios del "Erase una vez..."?

La seductora Loreley no dejará de cantar por eso, ni de atraer a los que gustan de quedar presos en su poesía, y el hermoso cuadro de Rubens seguirá siendo una joya del Museo del Prado y un motivo

de admiración por la expresión de sus personajes y por la emoción que el artista recogió, acaso, toda entera, de los relatos que le impresionaron, allá, en sus años mozos, cuando sin cuidarse de indumentarias ni de exactas correlaciones, dejábase ganar por la belleza y la fuerza de las imágenes que creaba a su sabor.

Tan cautivante es la vaguedad del pasado — pródiga en creaciones bajo el amparo de las consabidas tres palabras — que implícitamente comienza con ellas el libro que es la ufanía de nuestra lengua y cuyo genial autor no quiso acordarse ni siquiera del nombre de ese lugar de la Mancha donde vivió aquel hidalgo "de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor".

Como todo lo que es bueno y de gran aliento en la vida, son constructivos esos tres sugerentes vocablos y lo es también su ameno cortejo de fábulas e historias que — como dijera Fóscolo al hablarnos del pasado — se complacen en espaciar la imagina ción entre los siglos y en poseer otro universo.

Algún resquicio por el cual pasan las luces de otros tiempos encuentra, felizmente, el abatimiento humano cuando necesita cobrar nuevos alientos. La famosa elegía de Manrique, no obstante su comentado decir de que "cualquiera tiempo pasado fué mejor", es de un profundo pesimismo aun para el ayer; pesimismo alimentado con la idea de la muerte y con el ascético principio cristiano de lo muy delez-

nable que es la vida terrenal. Penetrado de su intenso dolor, el poeta hunde en la muerte y su olvido todo un pasado brillante que detalla, pero, a pesar de ello, tiene que volver necesariamente la mirada hacia ese pasado que desdeña, para buscar en él las múltiples virtudes con las que su exaltada piedad filial había de hacer el hiperbólico elogio de su padre muerto.

Mas hay otro dominio del "Erase una vez..." que, sin ser universal ni legendario, tiene su imperio asegurado sobre los hombres. Es el pasado individual que interesa sobre todo a quien lo lleva en sí. Borrarlo voluntariamente es tan imposible como eludirlo del todo. Su recuerdo es castigo o es premio, pero rara vez se neutraliza en indiferencia. De ahí los ceñudos gestos en las hondas cavilaciones, los abatimientos solitarios, acaso nunca confesados ni vislumbrados por los demás, o el cínico aturdirse para evadir la garra que tarde o temprano se habrá de clavar. Y de ahí también, del recuerdo que vuelve, el desfile de venturas y satisfacciones y aun de grandes dolores, exentos de remordimientos lejanos, y suavizados por el tiempo. Evocaciones son esas que dejan en el semblante y en la mirada y en lo hondo del espíritu cierta confianza alegre, mezcla de optimismo y de salud del ánimo, cuyo brillo no puede ser apagado por las preocupaciones múltiples y la actividad, no siempre fácil, que reclama la vida. Todo caviloso es un enfermo

del alma y, generalmente, del "Erase una vez..." de su mundo íntimo proviene su tortura.

Si se supiera cultivar el recuerdo, no para empalago de extraños, sino como educación y deleite personal, ganaríanse muchas horas para la reflexión, que deja inactivo el cuerpo y en acción la mente. La aparente pereza de una larga hora dedicada, de vez en cuando, a la soledad y al recuerdo que ata sus hilos al presente y prepara el porvenir, será siempre más fructuosa en obras y en bienes que esos estados de ánimo vacíos, inquietos y tornadizos que sólo logran matar ocios estúpidos, contagiar con su insuficiencia a los demás o fastidiarlos sobremanera.

El ente ardilla no sabe permanecer en serena quietud a solas consigo mismo. Cuando el hastío le amenaza, se aturde y aturde. El caviloso se atormenta moralmente. Sólo los dilectos buscan el pensamiento de los demás en la lectura, o se ensimisman para discurrir placenteramente o rememorar. Y luego, aquéllos se asombran o reniegan del aplomo y del éxito con que marchan éstos por la vida, sin saber nunca el acopio de energía y de dirección para la conducta que puede sumarse en esas horas dedicadas a la reflexión y cuya práctica nos aconsejó Montaigne en esta hermosa sentencia: "Recógete en tí mismo, pero antes prepárate para recibirte".

Todo lo que nos es familiar en el ambiente y ha ocupado algo de nuestra afectividad está lleno de evocaciones y es alma del recuerdo. La flor seca y

amarillenta cuyo hallazgo nos sorprende al repasar las páginas de un libro mucho tiempo cerrado, tiene su historia y, por breve e ingenua que ella sea, si nos detenemos a considerarla, nos trasmitirá su experiencia. El mueble antiguo, en cuyas molduras se posaron las manos que ya no estrecharemos, presenció las fiestas, los duelos y los afanes que se sucedieron dentro del círculo de nuestros afectos. Y cada una de esas venturas, tristezas y desvelos guarda para nosotros, si queremos ahondarlas, un consejo, un entusiasmo o una advertencia amiga.

Fijar la mirada en el futuro es, sin duda, señal de que se ama al progreso y a su encuentro se sale; pero es temerario andar y andar sin volver la cabeza alguna vez para indagar en el mundo de las cosas y los seres idos, ya que allí se aprende a desconfiar de los fuegos fatuos de la vida y a distinguir el oro del oropel.

Es febril la mirada entusiasta que se clava en el porvenir; es necesaria y es nervio para la acción. Si se impacienta es porque se sabe cuan inseguro es todo lo que aun está por ser, y porque la experiencia de ayer le ha enseñado que el azar se entretiene en torcer sendas trazadas trabajosamente.

El futuro excita; mas el pasado, por turbulento que sea, se contempla tranquilamente. Está iluminado y su luz nos alcanza, pero no vuelve, y por eso lo miramos con sosiego. Ni aun el portento de sabiduría de la leyenda búdhica, el "rishi" Asita, lo-

gró escapar, a pesar de toda su ciencia y sus formidables penitencias, a la inquietud mundana de no alcanzar a vivir el porvenir cercano que presagiaba.

Por eso, en presencia de Buda, recién nacido, derramó lágrimas antes de hacer su prodigioso pronóstico, y suspiró porque era extrema su vejez y la muerte le impediría asistir a la grandeza que auguraba. Y sin embargo, ese mismo "rishi", de la búdica leyenda, vivía en la contemplación de un pasado más fabuloso aun que el futuro, cuya realización le inquietaba no ver realizada y, en ese pasado, retemplábase continuamente su austeridad de eremita y en él nutría su saber y aprendía a interpretar los pronósticos que le valieron la celebridad.

Cada año que caduca aumenta la riqueza episódica en los dominios del "Erase una vez..." de las consejas y del recuerdo. Pasa a un mundo mejor, revestido de la nostálgica poesía de lo que, no obstante no morir del todo, jamás ha de volver. Y se marcha, camino de la eternidad, y como ha visto y ha aprendido mucho, porque en un año ha envejecido en el mundo, no se asombra cuando al pasar bajo los dinteles del presente, se encuentra frente a frente con la ingratitud humana, que, en pago a lo mucho que ha cumplido, lo ve alejarse llena de júbilo y ni siquiera aguarda a que se haya apartado para saludar estrepitosamente al recién llegado, de quien todo lo espera.

BAJO LA SOMBRA DE NUESTROS PARQUES

Pasaron ya los tiempos, felizmente, en que la indiferencia por la vida regocijada al aire libre, dejaba casi desiertas las calles de los parques apartados de la ciudad. Uno que otro paseante con aire aburrido aquí; algún lector ensimismado allá y, bajo la fronda, las parejas buscaban discreto retiro para sus expansivas conversaciones. De vez en cuando, una niñera que conducía de prisa un cochecito donde descansaba un niño adormilado, desaparecía llevándose la única nota fresca del conjunto.

Faltaba el trino, la alegría vibrante, el corretear de los niños, la gente moza, los cantos en coro y el bullicio que se advierte hoy junto a los aparatos gimnásticos, recreo y salud de los niños que concurren diariamente a nuestros parques, llenando de alegría sus amplias alamedas.

Ha entrado en ellos la vida, el alma popular y el gusto por los deportes.

El porvenir de nuestros parques se agranda con perspectivas halagadoras. Bajo la dirección inteli-

gente y entusiasta que ha planeado proyectos admirables, veremos surgir en ellos, alternando con los añosos árboles que los embellecen, pistas, canchas, recintos de plácido recreo en perfumadas rosaledas, en una palabra: luz, salud y belleza.

Mientras llega la realización completa de la obra ya iniciada, la acción oficial y particular van aunando sus actividades para proporcionar al pueblo las recreaciones necesarias. Los torneos se suceden y las diversiones infantiles van llevando de barrio en barrio el eco de su música, saludables ejercicios y alegres pasatiempos.

En tardes como esas, suele aparecer, para obsequiar a los niños concurrentes, un hombre que sostiene en su mano, sujetas por un delgado hilo, mil ansias infantiles, ¡globos!

Hacia ellos vuela la predilección de los niños.

Cual gallarda corola de una flor gigantesca y multicolor, levántase en alto, con airoso garbo, el reluciente mazo donde convergen centenares de miradas candorosas y ya precozmente codiciosas de un bien harto perecedero.

¿Qué singular atracción tienen para los niños esas esferas sutiles, traslúcidas, de vivo color?

Son los juguetes más inquietantes y efímeros.

No ignoran los niños que basta un ligero descuido... y el satinado globo, ávido de espacio, subirá, subirá hasta perderse en un punto, sin que la anhe-

lante mirada cargada de lágrimas que lo sigue, tenga el poder de retenerlo.

Un día más, y la tersura de la superficie que tanto acariciaron, habrá desaparecido. Flácido, arrugado, el globo concluirá a ras de tierra porque dejó escapar la fuerza elevadora que atesoraba en sí.

Y a pesar de todo, por el placer de un día y bajo la fascinación de aquella forma turgente, de brillante color que a cada momento pugna por escapársele de las manos, desdeñan porfiadamente bienes más positivos y juguetes más duraderos y agradecidos.

Desde el palco levantado en un parque concurridísimo por los niños del populoso barrio donde se halla emplazado, tocaba a su fin el reparto de centenares de globos.

Junto a la empalizada, una niñita tendía sus miradas y sus manos hacia ellos; pero otros niños más afortunados se llevaron los últimos que quedaban. Hice notar a un caballero que presenciaba la escena, la hermosura de los implorantes y negros ojos de la humilde criatura. Discretamente, con delicadeza casi acariciadora, le fueron ofrecidas entonces algunas relucientes monedas que la linda rapazuela podía convertir en agradables realidades.

Miró la niña, sin pizca de codicia, el bien seguro y, sin perder un segundo, volvió de nuevo sus ojos y sus manos suplicantes hacia el último globo, mientras éste pasaba a manos más venturosas.

Fué necesario retirar la desdeñada ofrenda, pero

quedó con nosotros la convicción de que tiene el alma infantil todas las complicaciones y sutilezas del alma adulta, inconscientes acaso de su razón de ser, pero no por eso menos evidentes al observador.

Otro día, después de una fiesta al aire libre, entre árboles y flores, desfilaban mil criaturas de diferentes edades, con rumbo a sus hogares.

Plantada en medio de la acera, una niña lloraba con desconsuelo. Tenía ambas manos ocupadas. En una de ellas aprisionaba un paquetito de caramelos; en la otra oprimía el hilo que mantenía en lo alto un hermoso globo azul..

—¿Por qué lloras?

—No me sé ir a mi casa...

—¿Y cómo has venido...?

No lo sabía. Pero confesó que había oído decir que aquella tarde repartirían globos en ese parque y, conducida por el deseo, halló el camino que debía llevarla a lograr su anhelo.

Dueña del objeto soñado y bien aferrada a él, por cierto, probaba ya la gota de acíbar que suele amargar el placer. La vida, sin perdonar su inocencia, enseñábale que una hermosa realidad suele ser causa de tribulaciones que menguan la felicidad de haberla alcanzado.

No lo comprendería así la niña, muy ocupada como estaba en llorar y conservar, bien apretados, los obsequios recibidos, pero la dura lección quedaba en el fondo del recuerdo relacionada con una tarde

de verano en la que, quizá por vez primera, tuvo en sus manos un globo azul de reluciente goma.

Nada saben los niños de simbolismos, ni pueden explicarnos satisfactoriamente el por qué de sus predilecciones y rechazos, mas son ellos mismos, en las manifestaciones de su vida anímica, un símbolo del incesante medrar de los componentes sociales.

Estudiándolos en sus juegos, cuando dejan amplia salida a sus emociones, perfílanse los sentimientos y pasiones que gobiernan al mundo: la ambición, la vanidad, los arranques generosos, la emulación y los pequeños egoísmos.

—¿No juegas a "la caza del tercero"?

—No, porque me canso y quiero guardar fuerza para la "cinchada".

Respuesta de varón. Poco le importaba al aludido aquel juego, donde, en realidad, no hay ganadores definidos. Guardaba energías para su bando. Estimulábalo la posible exhibición de fuerza. El triunfo colectivo sería una victoria suya también, pues para alcanzarla derrocharía la reserva de voluntad y vigor que no estaba dispuesto a malograr en juegos donde su personalidad no pudiera acusarse.

En otro momento, expone un pilluelo su vida, trepándose hasta las más altas ramas de un árbol para capturar el inquieto globo que, en su afán de subir, quedó prisionero entre el espeso follaje. Baja con él victorioso. Lleva en sus manos, palpándola, su ilusión de hoy, el objeto favorito del momento, ol-

vidado y despreciado mañana con la fácil inconstancia humana que hace sentir su desvío hacia las cosas y los hombres cuya decadencia es segura.

Junto al cajón de arena se ensaya el esfuerzo personal. Podrá ser desmedrada esa construcción con pretensiones de castillo, vacilante una fortaleza y desproporcionadas las torres, pero la imaginación las embellece, la constancia las corrige y el niño, sintiéndose creador, contempla su obra con justo orgullo.

Gustan las niñas, en cambio, del canto rítmico, del romancillo en rondas, de las canciones de cuna. Se advierte el instinto que busca suavidades, que tiende al arrullo.

Chiquititas todas, extrañas hasta el momento en que unieron sus manos, temerosas al principio, las he visto formarse en ronda bajo la dirección paciente de una maestra y a la sombra de los árboles de un parque público poblado de niños que se entretenían en diversos juegos.

Por momentos cesaba el dulce y monótono canto y una niñita que apenas frisaría en los cuatro años, con los ojos vendados, había aprendido a dar tironcitos al delantal de las demás, mientras decía borrosamente:

Con ésta sí,
Con ésta no,
Con esta señorita
Me caso yo.

Más allá del cable tendido para impedir que el público invadiera el campo destinado a los niños, una barrera de gente hacía marco al mundo infantil, brotaba el fluido de la mirada materna siempre vigilante, la protección de los ancianos, el interés de los espectadores, atentos a la escena de movimiento que había de culminar más tarde con el espectáculo ofrecido por payasos y gimnastas.

Con paciencia de abuelo que siente reverdecer sus años mozos al contemplar el sano contento de sus nietos, muy cerca de la ronda liliputiense, mantúvose incansable durante toda la tarde un anciano. ¿Recordaría los años de su infancia en la patria lejana, las fiestas tradicionales de su pueblo, el canto de sus hermanos? ¿O, acaso, hijo de esta tierra donde veía crecer a sus nietos al abrigo del hogar que él fundara, volvía a su mente la visión un tanto árida de los juegos callejeros de su niñez, sin parques de grandes avenidas, sin plazas alegres y cuidadas, sin sorpresas atrayentes, sin la influencia moralizadora de la solidaridad social? ¡Quién lo sabe! Pero el plácido contento que dulcificaba sus cansados ojos nos decía claramente, que saboreaba la dicha de ver conquistados para sus nietos los derechos a la alegría, en lugares hermosos e higiénicos y de saberlos envueltos en un ambiente de naturaleza vigorosa, de sol, de regocijo y de compañerismo. Y el viejo se sentía niño. Por eso, incansable y sonriente, parecía haber echado raíces junto a la ronda de las pequeñitas donde,

quizá, recibía la primera lección de confraternidad su nieta predilecta.

De pronto, cunde la voz de que se acercan los petizos, enviados desde el jardín zoológico, para llenar de gozo el corazón de todas aquellas criaturas.

Una ola de alegría se esparce; brillan las miradas curiosas e inquietas; suspéndense los juegos.

Llegan por fin los petizos, mansos como corderos, con sus largas colas bien cuidadas, negro y reluciente el pelaje. Dócilmente se dejan montar por las humildes criaturas que, a porfía, reclaman su derecho a tamaña gloria.

Un niño rubio, que dos horas antes se resistía llorando, por timidez, a participar de los juegos, pierde ante los petizos todos sus recelos y alta la cabeza, arrogante como un conquistador, empuña las riendas creyendo — ¡inocente ilusión! — dirigir la marcha del animal que, pacientemente, sigue el rumbo impuesto por el guía pedestre que lo acompaña. El niño mira a su madre con aire triunfal y la pobre mujer, más allá del cable, le tiende los brazos y lo admira con ojos sonrientes donde brillan algunas lágrimas.

No sólo los niños gozan de aquellas fiestas realizadas a la sombra de los grandes árboles y de la protección social.

Las risas y el eco de los cantos infantiles encuentran el corazón de las madres y de los abuelos y bien sabemos ¡cuán cerca de los niños está el alma de los ancianos y de las mujeres!

VIDENCIA INTERIOR

Luz interior necesitan la verdad y la ciencia para brillar triunfantes; visión interna, alumbrada por el resplandor del espíritu, exige la belleza para ser creada o comprendida. Todo se anima bajo el poder de la intuición y de la penetrante fecundidad del pensamiento. Nada cobra significado ante la mirada groseramente calculadora o indiferente por exceso de instinto o escasez de idealismos.

Inútil es que el sol derroche su gloria de luz sobre todo lo creado, si pasa el hombre indiferente, preocupado sólo con la afanosa persecución de bienes mezquinos. El oro conquistado, no siempre seguido de honores, la posición escalada, a veces sin méritos, no alcanzan a desgarrar la venda que cubre los ojos de quienes se habituaron a mirar sin ver y nunca los posaron con amor en las maravillas que los rodean, en el dolor humano y en la belleza. Seguirán siendo ciegos porque no tienen la acomodación espiritual que han menester para que surja armoniosa la visión interior. Y el mundo externo se venga

de esa ceguera vulgar negándose a dejar huellas en la mente; huellas luminosas de grandes intuiciones, de bellezas comprendidas, de verdades, hipótesis y leyes sólo perceptibles para quienes saben ennoblecer la visión animal, puramente fisiológica, con la videncia que nace del espíritu.

Gozará con fruición el oro mate de las soberbias molduras, la suavidad de las telas opulentas y los perfumes acariciantes que envuelven su mansión, quien haya sabido antes saciar su vista en el mundo de matices naturales, educar su tacto con el suave roce de los pétalos y de las tersas mejillas, las asperezas de las rocas, la firmeza y frialdad de los mármoles; quien haya permanecido largas horas aspirando el aroma del aire bajo corpulentos árboles o junto a floridos naranjos y rosales.

De otro modo el esplendor será lujo; lujo frío y sin significado. El hastío se colará entre los ricos artesonados y la vida muelle enervará el cuerpo sin satisfacer el alma, acaso por esa falta de acomodación a que nos referíamos, y por no haber cuajado la visión espléndida del mundo real, que se obtiene con sensaciones múltiples recogidas por todos los sentidos.

Anacreonte ve en una pequeña cigarra, que satisfecha con la gota de rocío que la abreva canta sobre la cima de los árboles, un ser envidiable por su ventura: "¡Tú, que no amas sino el canto — le dice; — tú que no conoces el sufrimiento; tú, que no tienes

ni sangre ni carne, tú eres casi semejante a los dioses!"

Y, como el poeta de Teos, a través de los tiempos, paseáronse por el mundo buscando en todo belleza y penetrando la naturaleza, los ojos animados por mirajes interiores; ojos de artistas, de pensadores y de sabios, alumbrados con la luz vívida de algún idealismo.

Castigo de los dioses fué para los antiguos la ceguera física. Vengativa, Athenea condena a Tiresias, el implacable augur de las tragedias griegas, a eterna ceguera por haber sorprendido su bella desnudez. Conmovida luego, amengua su desgracia dotándolo de videncia espiritual.

Más magnánima — acaso porque fué mortal y le alcanzaron los pesares terrenales — Helena, convertida en diosa, perdona a Stesícoro, enceguecido repentinamente por haberla insultado en un poema, y le devuelve la vista cuando el poeta, retractándose, canta la Palinodia.

Y si Tiresias fué sólo un augur fatídico de la tragedia, Stesícoro fué y siguió siendo un creador de profunda belleza, porque tuvo el consorcio de las dos visiones: la mirada lúcida tendida hacia el mundo externo y la intuición vidente de la poesía germinada en su espíritu.

La encarnación antigua de la fatalidad, el hombre contra quien se conjura el destino, Edipo, castigóse

a sí mismo por sus horribles crímenes, de los que era, sin embargo, irresponsable, dejándose las órbitas vacías. Su penosa peregrinación por el mundo clásico, con los ojos muertos, es la expiación voluntaria más terrible que se conoce. Tan trágicamente cruel es esa ceguera forzada, que logra volver la paz al alma de Edipo acallando los remordimientos del parricidio y del incesto.

Es que la serenidad parece querer cobijarse, con preferencia, tras las pupilas dormidas de los ciegos que, si no ven del mundo externo los colores y las formas, tampoco advierten el feo gesto que traza el vicio, la mirada torva de los malvados, ni la máscara del disimulo.

El grito de dolor que Milton pone en boca de Sansón, cautivo y ciego, es la reconcentrada expresión de su propia desventura. Y sin embargo, en ese arranque de angustia no niega que la luz está en el alma y ésta en todas partes; pero con humana flaqueza, pregunta por qué la vista ha sido confiada a una órbita tan pequeña y es tan fácil de arrancar, quedando el hombre privado para siempre de percibir esa creación primera que, respondiendo al fecundo "Fiat", rompió las tinieblas del caos.

La amargura de Milton ante su irremediable ceguera, se suaviza, en presencia del Hacedor y con remordimiento dice:

. . . .

"¡Mírame a ciegas!
¿Cumplo con Tí y conmigo y luz me niegas?"
Mas la Paciencia acude a contestarme:
De Dios el Santo Amor, jamás requiere
Ni el trabajo del hombre, ni sus dones;
A aquel que más le acata aquel prefiere.
Sus órdenes se cumplen soportando
Con paciencia las grandes aflicciones;
Se le sirve sufriendo y esperando. (1)

Es la amarga queja del hombre que se transfigura en la resignada serenidad del creyente.

Llevando en la conciencia todo el drama secular de la ceguera humana — evocada en lo que tiene de doloroso y santo por inapreciables introspecciones y creaciones del arte, que ha encontrado en ella muchas de las figuras predilectas sobre las cuales se reconcentran el interés y el sentimiento — fuí a confundir las emociones recogidas en páginas magistrales con las muy intensas que me reservaba la realidad.

Y en medio de nuestros niños ciegos, congregados en el Instituto Nacional, me fué dado apreciar la rica videncia de los que teniendo los ojos muertos para la luz, la reciben límpida gracias al arte y a la ciencia.

Encanta la palabra fácil y cortés de algunas ado-

(1) Milton "Sobre su ceguera". Trad. Maristany.

lescentes, y asombra la gracia con que expresan sus ideas en las composiciones donde dan vuelo al lirismo de sus almas plenas de un sentimiento que suple a la visión.

Escribe una, en versos armoniosos, la canción de "La hilandera", y con sentido poético precoz, pregunta:

¿Qué hilará en su alma la hilandera
A la par de esa rueca rumorosa?
Su voz es el telar de una quimera
Que entrelaza lo blanco con lo rosa.

. . . .

En un pequeño poema, "La Casita Blanca", esboza otra una historia sentimental en la que palpita una princesita de blonda cabellera, acechada por la muerte, y poblada toda ella de nutridas imágenes.

. . . .

El aura no acaricia,
El vendaval solloza,
La tórtola suspira
En la callada sombra.
Y en la Casita Blanca
Blanca como la aurora,
La Parca, la inhumana,
Tendió dos alas torvas.

A su vez, con sutil comprensión de los sentimientos femeninos más delicados, otra jovencita aprisiona en la primera estancia de una composición titulada "A tí", esta imagen forjada a la luz de su afecto:

El amor con su arpa de oro
Ha entonado su dulce canción,
Y ha llamado con mano invisible
A las puertas de tu corazón.

. . . .

Esas niñas ciegas que en las composiciones donde explayan su alma nos hablan de senderos bordeados por amarillentas hojas; de la gentileza de los lirios y de los más variados colores, nos sobrecogen. ¿Qué mundo forjarán de las cosas no vistas y presentidas con intuición vidente?

Al convencernos de que sienten y gustan la armonía del ambiente; que aprecian la acariciadora belleza de una senda perfumada por las flores y se agrupan regocijadas bajo un árbol coposo, nace el ansia de verlas recrearse en un espléndido lujo de jardines; de saberlas instaladas en amplias aulas con grandes y floridas ventanas por las cuales penetren a torrentes el aire y la luz, que no ven, pero cuya influencia vivificante sienten. Es una de las muchas compensaciones que les debe el Estado y la sociedad.

¡Tres veces benditas las manos amigas del bien que, armadas de un pequeño punzón, van sembrando de signos perforados el libro ameno que leerán los jóvenes ciegos!

Media hora diaria, menos aun, una sola hora semanal dedicada por las manos gentiles de nuestras niñas felices y despreocupadas, a tan honrosa obra, llenaría, en un año, de obras selectas la biblioteca donde encuentran el más puro de los goces los niños ciegos de nuestra patria.

Libros de cuentos, fábulas, poemas, historias y narraciones, comedias y dramas, brotando bajo los videntes dedos de los ciegos, serían un manantial de delicias e instrucción para ellos y un galardón, que nadie podría disputar, para las manos buenas que se los brindaran.

LA PIEDRA EN EL CAMINO

Llevaba un caminante ensombrecida el alma por sus rencores, la impotencia de sus esfuerzos y el dolor de la dicha ajena. Iba por el sendero con la mirada torva fija en la tierra, sin una sonrisa para la naturaleza lozana; sin un sentimiento de gratitud para la luz que lo alegraba todo; sin un pensamiento optimista que aligerara su marcha.

En medio del camino vió una piedra; una piedra cubierta de delicados musgos, cual si estuviera allí como una enseñanza. La fría y recia superficie ostentaba el lujo de esa blandura sedosa. Era la dureza envuelta en un manto suavísimo, deleite de los ojos y del tacto.

El caminante se detuvo ante la piedra, pero no comprendió la lección. Interpuesta como estaba en su camino, la creyó un estorbo más. Y en vez de permanecer un instante frente a ella para penetrar su simbolismo y llevarse la imagen de ese consorcio de resistencia y suavidad; en vez de desviarse ligeramente para seguir su destino, el hombre atormentado

por su propia cerrazón de alma, dió a la piedra un puntapié brutal que lastimó los tiernos musgos, pero no logró mover a aquélla. Con los años habíase ahincado en la tierra. A esa firmeza y quietud debía el lindo manto que la cubría.

El hombre descargó sobre ella su saña. Y como no pudiera apartarla con su pie, holló cobardemente los aterciopelados musgos y vomitó palabras que mancillaron sus labios... y dejaron indiferente a la piedra.

Siguió sus andanzas más mortificado que antes, en busca de nuevos senderos donde llevar su descontento, incapaz de hallar aliento o enseñanza en la vida misma, que se vengaba de él llevándolo desalentado y cabizbajo por su larga ruta.

Otro hombre joven, de estirpe bíblica, que marchaba acompañado por la bendición paterna y llevaba el alma llena de fe, detúvose un día junto a las piedras del camino y eligió una de ellas para cabezal cuando, fatigado de la marcha, quiso descansar después de puesto el sol.

Durmió sosegadamente "y vió en sueños una escala fija en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella..." Para mayor ventura, a la visión maravillosa, uníase la predicción divina prometedora de numerosa descendencia que, al extenderse por la tierra llevaría la bendición del Dios de Abraham.

Jacob, el hombre joven y dilecto que halló sobre

una piedra reposo para su cabeza, gestadora de un sueño luminoso que aumentó la fe de su alma, no desdeñó por duro al inerte cabezal. Cogió la piedra, sagrada para él, "y erigióla como un monumento de la visión, y derramó óleo encima".

No todos como Jacob — Israel, "el invencible" — pueden vislumbrar la gloria sobre la piedra que les sirve de cabezal; pero pueden, si, pedir a esos silenciosos y rígidos centinelas del camino, algo de la ciencia de la vida que aprendieron al verla pasar, constantemente renovada.

Han visto desfilar viajeros resistentes a la fatiga, que llevaban alta la mirada y el paso vivaz: eran los que marchaban, alumbrados por el deseo y la ilusión o atraídos por el bien seguro. Han sentido la vecindad de los indiferentes, de alma pesada como su paso; de los dichosos que pasaban ligeros y jubilosos. Han recibido la afrenta de los deshauciados del éxito, de aquellos que comparan las piedras del camino con los obstáculos que la vida opone al logro de los anhelos, sin comprender que de éstos, como de aquéllas, puede el hombre hacer que manen las maldiciones o que florezcan las bendiciones.

POR LOS FUEROS INTELECTUALES DE NUESTRA JUVENTUD FEMENINA

Adviértese en nuestro ambiente un ansia femenina y juvenil de perfección intelectual, que se opone a la decantada trivialidad del momento. Es una fuerza nueva que ha perdido su carácter de excepción. Existía virtualmente en el alma mujeril y, para crear alas, ha necesitado del estímulo social — concedido generosamente — y de la conciencia de una capacidad que no debe ni quiere malograrse. Hay un apresto laudable para la conquista de nuevos fueros femeninos dentro de los dominios de la excelencia espiritual.

Nutrida de idealismo, esa nueva onda de valentía moderna, si no se divorcia de la realidad y se equilibra en la enjundia de la vida sana, logrará formar selecto y numeroso renuevo de mujeres capaces sin desmedro de su misión, intelectuales sin pedantería, enemiga mortal de la gracia.

Avanza esa falange de mujeres animosas. Pero las más cautas se detienen a veces para escrutar hori-

zontes, temerosas de ensayar vuelos inútiles que las obliguen a desandar lo andado, a distraer tiempo y esfuerzos, al parecer inútilmente. Son, en realidad, las más impacientes, las que quieren marchar sin obstáculos en el camino y regirse por la experiencia acumulada de las demás.

Y no causa extrañeza que, llena de hermosa vehemencia, alguna formule la pregunta — no exenta de reproche — que sintetiza su anhelo.

—¿Por qué no allanan nuestro camino las que han logrado destacarse, revelándonos qué debemos hacer para conseguirlo, a fin de evitarnos dilaciones?...

—Porque no es posible, sencillamente. Tanto valdría aceptar como un posible beneficio la socorrida reflexión que ha pasado a ser un "lugar común" en la filosofía cotidiana de los desconformes de sí mismos: "¡Ah, si yo fuese joven y supiera lo que la vida me ha enseñado!..." Triste anticipo sería ese que, si se le hiciera a la humanidad, poblaría nuestro mundo de cuerpos jóvenes con almas viejas, sin curiosidad, sin vehemencias, sin las vibraciones de un optimismo que es la más bella razón de la juventud y que al templarse, con el tiempo, deja preparado el campo donde brillaron sus flores para que fructifiquen las largas paciencias de los sabios, los perfeccionamientos del arte, el acierto de los estadistas.

Pobre experiencia es, por otra parte, aquella que se adquiere en cabeza ajena: crea prejuicios, alimenta falaces esperanzas, descuenta triunfos, mata entusiasmos, sin que se tenga en cuenta generalmente la influencia del azar, de las tendencias particulares y del temperamento del sujeto, que más de una vez se imponen y determinan la conducta, ni del carácter que se plasma sólo con la experiencia individual. Allí donde uno triunfa, desfallece otro. Y más que el éxito de aquél, le enseña a éste su propio fracaso. El buen ejemplo estimula, educa, fija ideales; pero no es maestro infalible.

El vuelo recto y seguro hacia la luz cuesta anteriores y menudos aleteos, despliegues cortos, ensayo de fuerzas que obligan a volver al punto de partida. ¡Bien hayan los aleteos! Y séame permitido un símil en gracia a lo mucho que explica: levanta el gorrión su vuelo corto con pasmosa ligereza, para posarse sobre una chimenea o un árbol; bate sus poderosas alas el cóndor, repetidamente y sin prisa, antes de elevar hasta estupendas alturas la majestad de su vuelo sostenido y magnífico.

Otras jóvenes tienen el espíritu contemplativo de María, la hermana de la hacendosa Marta de los días evangélicos, y quisieran saturarse de las palabra que ilustra y conduce. Mas como la palabra divina no se deja oir hoy sobre la tierra, buscan su eficacia en la letra discursiva de los buenos libros, y son lectoras fervorosas que, a veces también,

en su ansia de desbrozar bibliografía, piden ayuda a la experiencia ajena.

Y la lista se escribe, si, complacientemente, recordando los gustos juveniles, sin mencionarlo, para no matar la ilusión del acopio que se cree hacer de una cosecha intelectual que supone innumerables lecturas a través de muchos años.

—¡Una larga lista de libros... de libros que enseñen mucho, profundos, escogidos!...

Mas si la nómina se escribiera atendiendo sólo a ese anhelo de estricta selección solicitada, la juvenil lectora, al entrar en posesión de tales tesoros, sentiría desmayar su atención sobre páginas cuyas sabrosa médula no puede asimilarse sin haber satisfecho antes el ánimo con el mundo afectivo y poético que reclama la edad propicia al ensueño, a despecho del ansia de adelantarse a gustar frutos de corteza resistente y áspera, pero de jugoso pericarpio. Ya se los encontrará, por selección propia, que el mejor buceador de lecturas es el propio valer de cada uno.

Bien llegada será para todos esa falange de jovencitas de nuestra tierra que se prepara para combatir en los campos intelectuales, no sólo ya por la conquista de un título que les asegure una profesión — única meta codiciada por otras y límite de sus pedestres aspiraciones — sino porque ven lucecitas lejanas, y sus espíritus dilectos se afanan en ganarlas. Para ellas tendrá virtud la llave de oro del en-

tusiasmo y del optimismo; para ellas, si la aceptan, es la advertencia de no detenerse a mirar con impaciencia en busca del camino más corto. Con mayor provecho indagarán en el fondo aun no definido de su personalidad a fin de sorprender cuál es la tendencia favorable que tiene mayor arraigo en ellas y conviene favorecer, pues gracias a su fuerza, tarde o temprano, volarán las que han de volar. Y si se quiebran las alas o las descuidan, volarán de nuevo el día que las vuelvan a hallar capaces. Para ellas, en fin, apoyamos esta última afirmación, en la belleza de una leyenda nórdica, que nos place narrar en voz baja, cual debe hacerse cuando queremos que nos escuchen sólo los que prestan honda atención.

¿Eran nereidas? ¿Eran seres del dominio del aire? La leyenda, cuyo origen está oculto en un denso misterio, no lo dice. Eran, probablemente, tres espíritus puros que tomaron la forma de tres mujeres maravillosamente bellas. Cubrían su cuerpo con albos plumajes de cisnes y bajaban frecuentemente hasta las aguas silentes de los lagos del Norte, donde después de despojarse de los ropajes de pluma, bañaban sus cuerpos purísimos. Antes que una mirada indiscreta y humana pudiera sorprenderlas en su desnudez, cubríanse de nuevo con sus galas de cisne y emprendían su vuelo raudísimo.

Un caballero — protegido por esa providencia que ampara a los elegidos en las leyendas — consiguió esconderse cerca de la orilla del lago y robar cautelosamente el plumaje de la más hermosa, mientras con gran descuido retozaba ésta junto a sus hermanas en las mansas aguas.

Al querer marcharse, el desconsuelo de la despojada fué inmenso. Mas como apareciera de improviso el caballero, las otras dos, provistas de sus alas, remontáronse veloces y se perdieron en la lejanía.

Lloró la cuitada su aflicción en un castillo donde fué soberana y amada, hasta que el tiempo y el apego a la vida terrenal de su señorío llenaron de dulzura su existencia.

Siete años de ventura pasaron para la hermosísima castellana. Alguna vez, cuando veía cruzar un pájaro por el aire, bañado de luz, estremecíase y soñaba con la libertad de los espacios. Pero el amor de su caballero y el fausto de su vida consolaban su nostalgia de éter y de amplitud.

Otras veces miraba con inquietud al cielo, temerosa de que sus hermanas pudieran descender movidas por el deseo de hallar descuidado al caballero y hacerlo víctima de alguna venganza. Pero jamás supo algo de aquellas sus dulces y tímidas compañeras del aire.

Cierto día el caballero se marchó en pos de empresas arriesgadas. Y la castellana, que le amaba bién, conoció el mal de ausencia. Lloró su soledad y la esperanza del regreso consoló su desventura.

Largos eran los días para ella, que dió en distraerse imaginando historias sobre las armas de las panoplias y las riquezas que encerraban los cofres cubiertos de piel y guarnecidos con bandas de hierro forjado. En uno de ellos, un casco de plata hendido mostraba maltrecha la visera de nueve barras que parecía contar la historia de un duque, fundador de la casa, muerto de pesar al ser derribado por un rival; un guantelete que empuñaba un vaso sagrado contábale la vergüenza de una profanación...

Cerró el arcón, angustiada. En otro, más nutrido aún de recuerdos, halló las galas de las castellanas que la precedieron: joyas, reliquias, telas, libros miniados... Sólo los herrajes de un cofre labrado resistiéronse a su curiosidad. Y al ceder a sus tenaces empeños mostraron un interior forrado de ricas telas, donde descansaba blandamente un albo plumaje de cisne...

¡Un grito jubiloso! ¡Un despojarse prestísimo de telas que, deshechas, resbalaron por un cuerpo estremecido, febril, que al engalanarse con el plumaje del cisne colosal, buscó salida irresistiblemente y, ávido de espacio, tendió las alas voladoras y ganó a las nubes en altura.

No hay moraleja. Mas si la hubiera, ha de estar oculta en el blanco plumaje que restituyó de nuevo a su dueña, juntamente con su pristina condición, el secreto y la belleza del vuelo.

LA MADREPERLA

Tengo ante mi vista una madreperla que ostenta, aprisionada entre las valvas del nácar de su superficie interna, una perla en formación. Allí está, turgente, detenida como una promesa que al querer cumplirse hubiera quedado frustrada en mitad de su esfuerzo. Y aunque sobre ella se ha atenuado el oriente y es menos vivo el brillo, se la adivina densa y recia. Su forma, llena, parece querer desprenderse para adquirir valor. Tal como está, tunicada por capas finísimas entre las cuales simples fenómenos de interferencia realizan el milagro del brillo y del color cambiante, sólo atrae a los que gustan admirar el misterio de las cosas naturales y sus curiosas y sabias formaciones, por insignificantes que parezcan. Más belleza y más deleite encontrarán éstos en tener siempre presente el secreto de la madreperla, fijado en su lecho de nácar por la naturaleza misma, que en poseer la preciosa esferita desprendida del todo, gala mundana con cuyo valor podría alimentarse un año entero a varios niños hambrientos.

Como las perlas detenidas en su formación, son las ideas que no se expresan ampliamente. No tienen valor combativo. Les hace falta surgir del todo para ser discutidas, despreciadas, o imponerse vencedoras. Pero si se han nutrido de belleza y de noble sustancia, las ideas reticentes tienen la seducción del valor que en ellas se adivina, estimulan la reflexión ajena, sugieren y prometen.

Las ideas hermosas, plenas, se difunden generosamente. Pero, por cada espíritu comprensivo que las eleva, respeta y contribuye a hacerlas triunfar, mil tontos las zarandean y desfiguran, o adornan con ellas torpemente sus intelectos vulgares, sin sentir la fruición de su belleza y, simplemente, porque saben de oídas que su valor es grande.

Las reticencias del pensamiento no las advierte ni las aprovecha el vulgo. La idea encubierta que se adivina sólida y noble, interesa a pocos. Son éstos los elegidos, los que no admiten la pereza mental de entretenerse sólo con evidencias, los indagadores que a fuerza de buscar el oculto sentido de las cosas y de los pensamientos se apoderan de la verdad y ganan en comprensión humana.

Contemplar la forma perfecta y libre, y el oriente suave de las perlas valiosas, es un placer acabado. La limpidez de la línea y del matiz, que hoy comparo con la claridad del pensamiento, es causa de admiración serena. Contemplar la forma túrgida, prisionera de sí misma como la idea que sólo se esboza, tiene

toda la inquietante atracción de lo que no puede asirse y se quisiera completar.

Venturosos sin remedio serían los que lograsen dar descanso y conformidad a su espíritu con la nítida y amplia belleza de la verdad indiscutible. Felizmente, esa ventura no se cumple, porque la misma aptitud que les permite admirar la claridad, les hace ver la penumbra y pretenden iluminarla. Es una defensa contra la quietud mental. Los espíritus más fecundos y contemplativos han sido los más atormentados por la curiosidad intelectual, el deseo, la fantasía y la duda.

Allí está la madreperla con el bello defecto que brotó sobre su superficie y que al destruir su aplanada uniformidad aumentó sus atractivos. Quien así lo sienta, comprenderá también la paradójica razón de este diálogo brevísimo, oído casualmente, en el que se callaba el nombre de una mujer.

—¿Por qué te gusta tanto?

—Por sus defectos.

En verdad que así puede suceder. Hay defectos que suelen ser atractivos.

ARMONIAS QUE SE ENCUENTRAN

Casi solitario, a esa hora de la mañana en que el trabajo diario se ha iniciado ya, nuestro Jardín Botánico recoge bajo la umbría de sus árboles la paz y el silencio que faltan en las calles que lo rodean.

Las plantas de hojas menudas, las flores que crecen a ras de tierra y los arbustos enanos semiocultos, suelen premiar a las miradas que saben bajarse hasta ellos y detenerse en sus vidas sin pretensiones. Procedentes algunos de tierras lejanas, han aclimatado su exotismo en nuestro suelo. Aquí arraigan, se nutren y nos ofrecen en cambio la riqueza de sus variaciones y su belleza.

En el cantero de las "apocíneas", uno de esos arbustos de aspecto modesto, trajo de su patria, Africa austral, el verde intenso de una vegetación vigorosa. Sus hojas pequeñas, aplanadas y fuertes crecen a uno y otro lado de los largos tallos y alternan, de vez en cuando, con finísimas espinas bifurcadas y erectas como guardianes agresivos.

Hasta un grupo de esas hojitas lisas y firmes que

se entrelazaron casi horizontalmente, llegóse en su último vuelo, para morir sobre ellas, una libélula. Con las alas abiertas, tendió el dorso sobre ese lecho que se le ofrecía lleno de vida, y en él encontró el descanso de la cesación.

El soplo del viento hubiera bastado para arrastrar hasta el suelo la forma leve y elegante de la libélula; pero el resguardo del follaje vecino y la espesura del mismo arbusto la protegían contra las ráfagas.

Una mano insensata pudo extenderse para destruir esa armonía de vida y de muerte; pero quiso la buena ventura de las cosas bellas que la mano que hubiera podido hacerlo, fuera respetuosa y legara a los ojos todos sus derechos para que ellos se saciaran en la poesía de un motivo de la naturaleza, conmovedor por su sencillez y su expresión.

Extendidas sobre el follaje, como brazos en cruz, quedaron las alas delicadísimas de red cuadriculada. Su trasparencia hacía pensar en las aguas mansas de las fuentes y estanques sobre las cuales se habían lucido en vuelos rapidísimos.

En verdad, me dije, "lo bello muere en su ley".

LOS INVALIDOS

Levantan el vuelo los gorriones de la calle. Sólo uno se queda en su sitio. Plantado sobre una patita, guarda trabajosamente el equilibrio con aleteos, y no obstante el peligro que ha espantado a los demás, el inválido se ahorra el esfuerzo de volar cuando pasa un rodante a su vera. Más bien parece decirle con impertinencia:

Pasarás, pasarás,
Pero no me tocarás.

Y vuelve de nuevo a buscarse la vida con vuelos cortos y rastreros, único medio que tiene para pasearse por el suelo.

Los demás no le acosan ni le arrebatan el alimento. Lleva la ventaja de la consideración que le guardan sus congéneres, y lleva también un caudal mayor de experiencia individual y de recursos propios y seguros que corrigen las insuficiencias de su invalidez. Por eso ahorra los vuelos inútiles y no derrocha

el vigor de sus alas tan necesario para el equilibrio que le exige la vida terrestre.

Cuando gana el aire, su vuelo es ágil, libre y gozoso. Sobre las ramas finas que le permiten asirse a ellas con su patita única, da descanso, por fin, a las alas y se siente tan válido, tan gorrión como los demás.

Desde una ventana contempla la calle con mirada vaga y cansada un hombre joven. Si desde esa calle bullanguera le llegara la sugestión de las cosas y de los seres, el tiempo que aparentemente pierde le sería fructuoso. Pero no ha de ser así, porque hay displicencia en su actitud y hastío en el gesto y en los ojos. La mirada que observa y capta tiene expresión: viva, atenta o taimada; pero tiene expresión inteligente. El hastío siempre es incapacidad para gustar la vida, para buscar belleza, para batallar. Se agranda cada día y cuanto más crece más consume la voluntad.

Inválido de cuerpo o de espíritu, aquel que desde su ventana pudo, venciendo su tedio, aprender la lección que le diera mi gorrión callejero y no quiso aprovecharla o no supo comprenderla, inválido de cuerpo o de espíritu quedará.

Alas libres para levantarnos voluntariamente y escapar a la desesperanza y al tedio, nos han sido dadas. No querer usarlas es aumentar la inepcia y la esclavitud del dolor que, tarde o temprano, la vida pretende imponer a todos.

Y viene a cuento la angustia con que escuchábamos cuando niños la historia de una princesa que lloraba continuamente, porque, paralítica de las piernas, no podía correr con sus doncellas por los jardines de su palacio. Todas las tardes, sentada bajo un árbol, su llanto mojaba la tierra, hasta que un día las raíces aparecieron, se entretejieron rápidamente y aprisionaron con fuerza los pies de la princesita.

Retenida allí por el poder de sus lágrimas, la niña quiso libertarse y se propuso secarlas para siempre. Y aprendió a cantar, a bordar tules magníficos, a leer historias peregrinas y a conversar graciosamente con sus damitas y sus caballeros.

A medida que sus ojos enjutos se iluminaban de paz y de contento, las raíces se debilitaban. Y una alborada se quebraron para dejar libres los pies de la princesa que pudo volver a su camarín gozosa y llena de amor hacia todo lo bello que antes desdeñara.

En verdad, debió pensar, sólo la invalidez del alma es desesperante porque arrocina también al cuerpo. La de éste, si se salva el espíritu, encuentra sus compensaciones en el temple de los sentimientos y en el vuelo mental.

EL MIMETISMO DE LOS MISEROS

I

Como todos los líricos, Avatsara, poeta hindú de una época remota, nutríase de emoción estética en el renovado e inagotable prodigio de la naturaleza.

Jamás su inspiración buscó la luz del sol, ni la coloreada belleza de las auroras; no se apoderó de las cumbres, ni del rayo, ni de las constelaciones. El acervo védico le encogía el ánimo y no osaba cantar una grandiosidad que había sido la savia de los himnos religiosos de sus antepasados. Pero en sus cantos rebosaba la unción con que su espíritu contemplativo se detenía ante la vida que brotaba directamente del suelo. Avatsara espiaba los secretos de las hierbas y de las matas y creía en el alma de las flores. Había cantado de éstas el orgullo de sus turgencias y de su lozanía; penetrado la targedia de su agostamiento y la razón de sus vidas fugaces. Engarzaba en sus dísticos, con tanta belleza, el brillo metálico de los escarabajos, que una princesa, hastiada

de las piedras preciosas de sus brazaletes, quiso cambiar las gemas que adornaban sus muñecas por las pequeñas corazas azulosas y verdidoradas de los insectos cantados por el poeta.

Una tarde, Avatsara, seducido por la caída de las hojas, se detuvo largamente a mirar el lento despojo de las enredaderas y arbustos que lo rodeaban. Y como por ser lírico era también un poeta profundamente sentimental, dió en comparar el color amortiguado y la quebradiza tiesura de las hojas sin savia, con la descolorida y frágil ventura humana cuando se siente desprovista de su verdadera sustancia: el amor. De esa suerte meditaba Avatsara. No fué pues, menudo su asombro cuando vió que una hoja amarillenta, al desprenderse del tallo y caer, animábase con vida animal y echaba a andar como lo hacen los insectos que, sin ser estorbados, marchan a ras de tierra.

El poeta, enamorado siempre de la maravilla, creyó que la hoja seca, rebelde a la alternativa de ser hollada o barrida caprichosamente, había pedido recursos a la naturaleza para volver a "ser" y dirigir voluntariamente su marcha, aun cuando ésta fuese rastrera.

Encendido en lírica admiración, Avatsara, improvisó en armoniosas "slokas" un himno a la voluntad y al poder de la naturaleza para renovar la vida.

Mas así que hubo dado vuelo a su fervor poético, la duda le trabajó el espíritu y su acicate llevóle

otro día a contemplar de nuevo la caída de las hojas, deseoso, no ya de emoción estética, sino de sorprender la verdad. Fijó su mirada en un arbusto cuyo follaje no tenía verdor y, de improviso, la maravilla le conquistó otra vez: una hoja desprendió su peciolo de la rama que la tenía presa y, sin que la tierra la atrajera, se desplegó para elevarse en el aire con el vuelo juguetón de las mariposas. Ostentaba, como éstas, vivísimos colores en el lado superior de las alas que la llevaban lejos.

Avatsara, arrebatado de entusiasmo, olvidó sus propósitos de observador prosaico. Aquel desprendimiento hacia el espacio, conquistado por alas sutilísimas y multicolores, le inspiró un canto en elogio de la libertad. Pero templada la quietud poética, el hombre volvió a desplazar al lírico y, de nuevo, la duda se enseñoreó de él para reclamarle la verdad. Entonces Avatsara, aplicado a observar, comprobó con dolor que no habían sido hojas, ni aquella que al caer echó a andar, ni la que se emancipó de la rama para volar, sino insectos simuladores, que ocultaban su verdadera condición para vivir descuidados del peligro de los enemigos naturales y ganar ventajas como actores en el drama de la lucha por la vida.

Los dos himnos que Avatsara improvisó ardorosamente ante las sorpresas de la naturaleza, magnificadas por su ilusión, no fueron escritos y murieron junto con la música de la palabra que se disipó sin

fijarse. Pero las lentas reflexiones nacidas de la verdad hallaron en la prosa la forma severa para su expresión. Apólogos y sentencias succionaron su médula en la gran lección que la naturaleza dió a Avatsara, el poeta que sabía ser filósofo porque era lírico.

Y nótese cómo su pensamiento, estimulado por la desilusión, convirtió su amargura en advertencias.

II

Dos sabandijas, casi ocultas entre las hierbas, felicitábanse de su adaptabilidad, que les permitía imitar el lento moverse de los vegetales agitados por el aire y confundirse en formas y colores con los débiles tronquitos.

—¿Quién reconocería nuestra verdadera especie? — decía una de ellas. — Somos, indudablemente, seres privilegiados en la creación. Burlar a los enemigos naturales, como lo hacemos nosotras, es la suprema seguridad.

—Bien dices — asintió la otra. — Nuestra vida es una eterna simulación; pero ¿qué importa, si de ese modo vivimos exentas de sobresaltos y de ataques? Alabadas sean, pues, las apariencias falsas.

Así discurrían las dos sabandijas, cuando vieron aparecer sobre un cerrillo próximo la magnífica figura de un tigre real. Altanero, formidable, dejaba

relucir bajo la luz del sol su pelaje vistosamente rayado. Un rugido que lanzó desde lo alto del collado llevó el reto de su fiereza a los cuatro vientos y hasta largas distancias. Luego, con brincos elásticos, traspuso obstáculos y avanzó. La felpa de sus patas cayó pesadamente sobre las hierbas que escondían a las dos sabandijas. Y mientras una de ellas, aplastada, quedaba moribunda, la otra, ilesa fortuitamente, sin cuidarse de la agonía de su compañera, seguía mirando estupefacta, desde su escondite, la ondulante marcha del tigre. Su condición cobarde de sabandija disfrazada de vegetal, no fué óbice para que se creyera capaz de juzgar la arrogancia del felino.

—¡Qué audacia! — exclamó. — ¡Marchar así, bajo la plenitud de la luz, sin ocultaciones, ni disimulos... Oye, temerario, ¿por qué no imitas nuestra monocromía?... ¡Qué audacia!

Entonces, la sabandija agonizante, con la sinceridad y la comprensión de la verdad que suelen tener los moribundos, respondió:

—¡Ay, hermana! Es así como marchan los fuertes.

III

Acabada la tarea diaria, un viejo agricultor y su hijo Sisú, acostumbraban a departir amigablemente mientras se dirigían con paso lento hacia su vivienda, gustosos de observar la opulencia de sus plantíos.

Una tarde vieron cómo un insecto oscuro se detenía sobre una rama erizada de temibles púas, anchas de base, cortas y fuertes.

—He aquí un ser débil que no teme a las púas — dijo Sisú.

—Las teme porque las evita — argumentó el padre. — Pero, observa el provecho que saca de conocerlas tan de cerca...

Y ambos vieron que el insecto, posado en la rama, curvaba sus alas hábilmente y adquiría la agudeza y el aspecto de una espina corta y recia.

Sisú, que era algo maligno, gozóse en atacar al insecto que se creía seguro bajo su agresiva apariencia, y, con toda limpieza, de un papirotazo, lo desprendió de la rama, haciéndolo caer en tierra, a tiempo que murmuraba:

—¡Anda, fanfarrón! Ni te respeto ni te temo, porque conozco tu disfraz.

El viejo agricultor desaprobó la acción de su hijo.

—¿Qué mal te hacía ese insecto, Sisú? No es venenoso, ni agresivo, ni siquiera importuno...

—¿Por qué trata, entonces, de confundirse con las púas?

—Por timidez. No te precavas, Sisú, de los timoratos. Los hay que buscan la compañía de los temibles y los imitan sólo en apariencia, para defenderse de las provocaciones; pero son inofensivos. Cuídate, en cambio, de los que adoptan formas inocentes, se ingenian para disimular su aguijón venenoso y pican

a traición. Entre los hombres tienen sus émulos: son los hipócritas, los envidiosos, los aduladores... Cuídate de sus disfraces, Sisú.

IV

Viraja, la mujer más bella de Benarés, sólo conocía la opulencia y no tuvo jamás la dicha de que un deseo suyo quedara sin realizarse, para que la esperanza y la ambición de lograrlo le excitaran el espíritu. Cansada de la felicidad sin trabas, dió en desear imposibles y suspiró por la libertad: tuvo envidia de las mariposas y de su aleteo inquieto, que ella suponía caprichoso y sin finalidad.

—¡Poder lucir mi belleza como lo hacen ellas a su guisa; ir y venir; no dar cuenta a nadie de mis andanzas¡... ¡Oh, libertad de las mariposas, cómo te envidio! exclamaba al verlas volar sobre su jardín.

Las mariposas, que más de una vez oyeron la queja de Viraja, se envanecieron grandemente. Y cada vez que hallaban al rey de los pájaros hindúes al alcance de sus débiles voces, le decían entre dos revoloteos:

—No eres tú quien causa envidia a Viraja, la mujer más bella de Benarés. Sólo suspira por parecerse a nosotras y gozar de la libertad que nos dan nuestras alas leves y hermosas. Tu pico acerado y tu plumaje sombrío la atemorizan...

El rey de los pájaros las dejaba hablar sin que se erizara ni una sola de sus plumas. Pero, cierto día, fué tal la petulancia de sus provocadoras, que se propuso escarmentarlas. Y al pasar junto a ellas, con un vigoroso golpe de sus alas, quebró las de aquellas mariposas que juzgó más infatuadas.

Cayeron por tierra las agredidas y las demás volaron hasta el jardín de Viraja y, pegadas a las ramas de un arbusto protector, plegáronse para ocultar sus colores y ofrecer a las miradas tan sólo el revés de sus alas, semejantes en todo a las hojas parduzcas.

El rey de los pájaros las persiguió hasta ese refugio y, sabedor de que a los fatuos no hay lección que les baste, al verlas medrosas y deslucidas, sin lástima a su humillación, les dijo:

—Remedo de libertad es la vuestra, que huye y se disfraza ante el peligro. Falsa libertad es la que revolotea y se quiebra las alas al primer golpe. Aprended, menguadas, que la verdadera libertad se ensaya en la resistencia. No se nutre con néctar, sino con riesgos y afanes. Por eso tiene acerado el pico, como el mío, y con sus aletazos se defiende, castiga o se eleva para conquistar alturas e ideales.

Viraja, que oyó al rey de los pájaros hindúes, amedrentada, le preguntó:

—¿Tantos afanes cuesta, tantos peligros entraña la libertad?

—Muchos, muchos más. No la cumple quien ha

vivido siempre entre cadenas, sobre todo si éstas son de perlas y deleites como las tuyas. La libertad necesita ensayo, fortaleza y austeridad. No la desees, Viraja, muñeca de placer. Si te la ofrecieren verdadera, te aniquilaría; si falsa, te quebrarías las alas o, acaso, te verías obligada a ocultarla vilmente como las mariposas que tanto envidiaste.

—Entonces, ¿a quiénes beneficia?

—A los que la conquistan y merecen.

PEQUEÑAS COMPLICACIONES

Bien sabía yo que la preferencia de la mayor parte de aquellas niñas, reunidas para escuchar poesías selectas, iría hacia la composición del poeta que canta la ausencia de su novia. La seducción que ejerce sobre las mujeres de diez y ocho años es conmovedora. Todas, al escuchar los últimos versos, en los que hay una comunión del amor a la ausente con la grandiosidad de la naturaleza, tenían más luz en los ojos, y todas, al terminarse la poesía, exclamaron: "¡Qué linda!", manera espontánea, libre de artificio, con que comúnmente expresan las niñas porteñas su admiración por la belleza.

Una de ellas sintió el deseo de volver a gustar del hechizo cuantas veces quisiera y, sencillamente, me pidió el volumen para copiar la poesía que tanto la impresionara y leer las demás.

Conozco esos cuadernos que las jovencitas llenan con poesías predilectas y pensamientos hermosos que responden a sus aspiraciones y sentimientos. Es un placer muy femenino y juvenil, incomprensible para

quien no ha probado escribir por mano propia el pensamiento ajeno hecho poesía o sentencia. Bendita afición que convierte a las jóvenes, sin que lo adviertan ellas, en coleccionistas de ingenio, de emoción y de fantasía.

El homenaje a los autores que figuran en esos álbumes — muy modestos a veces — es completo cuando pasan de mano en mano entre un núcleo de amigas, que recogen para los suyos la piedra preciosa que ellas no supieron o no pudieron encontrar. El halago que experimenta todo autor al ver su libro — trasunto de sí mismo — en manos capaces de valorarlo, trocaríase en agradecimiento si viera manuscritos con esmero los arranques de su alma que otra alma escoge para su continuo deleite. Poseer un libro puede ser el resultado de una prosaica adquisición; reunir flores predilectas del ingenio es una selección asesorada por el sentimiento.

Quien todas esas cosas sabía no pudo negarse a prestar el libro que una joven le pidiera para enriquecer con sus armonías el álbum donde, sin sospecharlo, irá dejando señales de su espíritu, fácilmente descifrables en la elocuencia misma de sus predilecciones.

Mas no se detuvieron en esto las condescendencias. Hallaron nueva razón para seguir ejercitándose en el proceso de aquella alma de niña, adivinado en la jubilosa ufanía con que me pidió autorización para hacer firmar el libro por el autor. Un joven amigo,

que decía serlo a su vez del poeta, prestábase a requerir esa firma en obsequio a ella, quien me ofrecía esa nueva gala para el volumen de versos.

Debí sonreir... Pero contuve mi negativa y nada dije de lo innecesario de esa intervención para una cosa tan sencilla, y a la cual el caballeresco escritor hubiera respondido mediante un pedido directo y cortés.

Es que instantáneamente díme de nuevo a adivinar procesos y a evocar un cuadro lleno de gracia primaveral: abierto en su página más seductora debió estar el libro de los "Cantos Agrestes", y sobre sus armonías, inclinada la inteligente cabeza femenina, embellecida por oscuros, cortos y ondeados cabellos, que al dejar descubierta la nuca sombreaban el rostro. Fija en ella la masculina y juvenil mirada que pretendía buscar enigmas donde no los había. Luego, el coloquio sentimental, que halló pretexto inicial en los versos y, sin esfuerzo, desplegó alas y buscó ritmos en mutuas afinidades. De nuevo debió volver la atención hacia el libro, testigo y cómplice de esos aleteos por los cercados de Cupido. Y el afán de ser gentil dictó, sin duda, el ofrecimiento del amigo, y la dulce emoción de recibir gentilezas y, a su vez, hacerlas extensivas, llenó de satisfacciones a la niña.

Por eso, detuve a flor de labio la negativa digna y lógica de evitar tercerías; negativa que hubiera destruído esa filigrana de cosas insignificantes y te-

nues, pero encantadoras, con su adarme de inofensiva petulancia y su gran deseo de complacencia.

—Con mucho gusto — fué la respuesta esperada. Pero no supo aquella niña que el asentimiento tan fácilmente obtenido significaba un pequeño sacrificio de la formalidad, para que se mantuviera airosa la columnita blanca de sus buenos deseos y satisfacciones.

Más no tardó en asomar el nublado de las complicaciones, que suele no haber cosas más difíciles que las sencillas, ni empresas más desastradas que las mejor nacidas.

Pasaron muchos días, tantos que sumaron meses. Y el volumen de versos no volvía a su dueña. Alguna explicación se hizo inevitable por parte de la comedida mediadora del autógrafo; pero la turbación detenía siempre las explicaciones que la discreción no solicitaba.

Por fin, en un momento oportuno, pudo más la responsabilidad que la timidez, y la confesión brotó tumultuosa al amparo de un semblante todo arrebolado, cual si se contara una pesadilla que es necesario relatar presto para quitársela del alma: se trataba de una confusión de personas, de algunas casualidades — el azar es un sambenito que se cuelga con gran facilidad y éxito de las cosas que no lo obtienen — el viaje del libro a la lejana y bella provincia del poeta y... muchas otras razones en-

vueltas en la seguridad de recobrar pronto el volumen con la codiciada firma.

Otra sonrisa tuvo el poder de tranquilizar a la abogada de sí misma, acaso porque vió en ella la disculpa ansiada. Grande hubiera sido su desconcierto si barruntara que fué resultado de un miraje interior, rico en incidencias. No era ya la visión de un suave coloquio entablado sobre la ausencia, el amor, los días de sol, el crepúsculo y las leyendas que un volumen, abierto bajo la mirada de los jóvenes, ofrecía como temas a su sentimentalismo. ¡No! Las armonías ausentes del libro aventurero que había ido en busca de su creador, provocaban ahora la desarmonía, el reproche, la reclamación, la instancia de apresurar su retorno.

Verdad incipiente de la vida, sedienta de enredar las más sedosas madejas para demostrar, tempranamente, las asperezas de las responsabilidades compartidas. Al reproche replicaba la promesa; a la reclamación toda suerte de seguridades, y la ventura y la confianza volvían de nuevo por sus fueros, momentáneamente perdidos. Pero la imperceptible desgarradura dejaba su vestigio, aun cuando el cuadro se esfumara en los halagos de la reconciliación.

Y volvieron a pasar muchos días, y nuevos meses se sumaron sin noticias del ausente.

Una sombra de molesta preocupación, que la amable niña no siempre podía disimular frente a la dueña del libro, denotaba nuevas tribulaciones.

Por fin, el último día del año escolar, resuelta, de prisa, como quien no quiere exponerse a desandar lo andado, vi llegar a la joven con el historiado volumen. Y la confesión brotó de nuevo, otra vez bajo el encanto del rubor y la confusión: el libro había vuelto a sus manos, pero... ¡sin firma! Durante varias semanas difirió su entrega, porque causábale sonrojos devolverlo sin el galardón que ella misma ofreciera conseguir. Cuando el libro de los "Cantos Agrestes" llegó a los lares del poeta, éste había partido de su tierra...

—Y ahora — agregó con cierta nostalgia en la voz y en la mirada — ya no podré hacerlo firmar porque... porque ¡me he peleado!

¿Con quién? Era innecesario preguntarlo.

¡Oh, columnita blanca de las satisfacciones y los entusiasmos juveniles! En vano fué cuidarla para que se mantuviera erguida y airosa. La ligereza, las pequeñas rencillas, los resquemores y alguna que otra recriminación, carcomieron la base que, al perder su firmeza, dejó caer por tierra los preciosos capiteles labrados por la ilusión.

Tengo el libro de poesías en mis manos y advierto en él huellas que mi trato no le dejó. Hay páginas sobre las cuales parece que ha mariposeado la fantasía soñadoramente, que se han leído muchas veces o, acaso, aprendido de memoria. El libro se abre en ellas con fácil costumbre, sin que lo pretenda el lector. Han adquirido el hábito de ver la luz y que

se aspire su esencia, y por eso se prodigan cual si supieran que su perfume no es perecedero como el que se obtiene de las substancias deleznables.

Por ventura para mí, un nuevo valor intrínseco se ha agregado a un libro de mi posesión: el poemita no escrito que se ha prendido porfiadamente a sus hojas. Ya no podré volverlas, una a una, sin asociar a sus armonías los ensueños entrevistos, los entusiasmos y las tribulaciones de una cabecita femenina que tenía nostalgia en la mirada al confesar — como única disculpa a su falta de éxito — la querella sentimental que la entristecía.

Esta es la simple historia agregada a un volumen de versos que lleva en cada una de sus páginas un romance de emoción. Y ésta es también la historia de una firma que no llegó a estamparse.

ANTIGONE

Tanteó el ciego con su báculo el cordón de la acera para asegurarse que podía descender de ella y franquear la calzada, pero cierta indecisión reveló sus temores ante peligros posibles.

Una moza del pueblo, bien plantada, pulcra y lista, que marchaba con la prisa de quien no malgasta su tiempo, tomó de la mano al ciego, detuvo con el ademán un vehículo, fué lazarillo por el breve tiempo necesario y, sin cambiar con su protegido ocasional más palabras que las de un amable saludo, siguió su camino.

Alguien que se había detenido a mirarla con emoción, al pasar ella a su vera, exclamó:

—¡Antígone!

La moza oyó la palabra enigmática, miró la figura algo estrafalaria del hombre que la había pronunciado y, sin comprenderla, continuó su marcha, calle adelante.

Y nada más, aparentemente.

Pero el hilo de la sugestión no se rompe tan pronto como se separan los seres.

Allí iba el ciego llevando su cruz sobre los ojos muertos, y el regocijo de haber hallado el apoyo seguro de una mano tendida espontáneamente. La voz femenina y fresca que regaló su oído experto con un adiós amable y musical, persistiría mucho tiempo en su recuerdo. Allí iba, sí, el pobre ciego golpeando suavemente el muro con su báculo, indiferente para la mayoría que pasaba a su lado sin sospechar cuánta claridad llevaba en el alma aquel hombre de andar vacilante, sólo porque había sentido posarse en su mano la bondad no solicitada que bastaba para congraciarlo con aquella hora de su vida. Acaso, había sido vidente en sus años mozos y contemplado rostros peregrinos de jovencitas: sus hermanas, su primera novia, sus vecinas; o visto estampas de vírgenes bellísimas nimbadas de luz. Todas esas imágenes, fijadas por el recuerdo, y que el tiempo no tuvo el poder de deslucir para él, prestábanle en ese momento perfecciones con las cuales engalanaba de belleza a la garrida joven que, al marcharse con paso seguro, iba ajena a que la bondad de su impulso argüía en el alma del ciego la perfección corporal que el reconocimiento reclamaba para ella. A tal punto la gratitud embellece cuanto alcanza.

Quizá, más tarde, junto a la mesa pobremente abastada, bajo la luz familiar que sus ojos no podrían jamás gozar, contaría el ciego el simple suceso, magnificado por su sentimiento. Y su palabra,

sin pretenderlo, estremecería algún corazón seco e indiferente hasta entonces para el bien.

Allí iba el ciego, con su videncia íntima. Aquí, plantado en una esquina, quedábase el hombre que supo apreciar la belleza de la breve escena callejera y evocar su abolengo clásico. Oprimía un libro en sus manos y asomaban otros de sus bolsillos. En su mirada vislumbrábanse visiones y ensueños nutridos por muchas lecturas, inútiles, porque la inercia les restaba valimiento. Había sabido ser contemplador, sin saber adelantarse para la acción. Sentía la belleza de la vida y de las cosas; pero era incapaz de crearla sencillamente, naturalmente, al trabajar con sus manos, al ejercitar su pensamiento, al pasar por un aula, o al cruzar por la vía como la garrida moza del pueblo cuyo admirador había sido, sin ser su émulo.

Y allá iba ella, calle adelante, camino del deber, nueva Antígone de este siglo, que no tiene la hermosura plástica de la heroína de Sófocles, ni el marco inmortal de la tragedia griega; que no acepta, como su hermana de la antigüedad clásica, la peregrinación resignada y voluntaria a través de la desgracia. Vivaz, laboriosa, se endereza ante el destino y se le opone si se presenta adverso. Brega por su dicha y aun por la de los demás, y tan pronto tiende la mano al ciego que encuentra en su senda, como se opone a la villanía y la enrostra a quienes lo merecen, o siente contagio de amor y alegría porque ha visto,

también al pasar, tras los visillos de una ventana, jugar a una madre con su hijo, todavía infante. Y todo ello "porque sí", por reacción natural de su vida pletórica y equilibrada, hecha al trabajo y a la reflexión, apta para marchar con firmeza, sin desplantes irremediables. Va por el mundo iluminada por el buen sentido, y si el error la alcanza y la maldad la engaña, quédanle reservas a su entereza: que la senda equivocada puede desandarse si a tiempo se reconoce. Si supiera forjar frases lapidarias como la Antígone que recibió de Sófocles el inspirado verbo, también ella, como su hermana helénica, diría al tirano que la condenara por haber sido piadosa: "Yo he nacido para amar y no para aborrecer".

CIDIPPA

Bastó que uno de los concurrentes a la fiesta fingiera admirar un vaso de bronce sobre cuya pátina oscura y discreta se quebraba difusamente la luz, para que la atención desencauzada de los que, casualmente, se hallaban próximos a la preciosa pieza de estilo grecorromano, se fijara también en ella. — "Cidippa", dijo una voz aleccionada por el nombre que podía leerse en el pedestal del airoso vaso.

Y las miradas, casi todas profanas en la comprensión que hubieran necesitado, sólo vieron en la escena representada por el prolijo relieve que enriquecía al jarrón, un armonioso asunto decorativo: dos jóvenes de formas apolíneas que, uncidos a un carro, conducían en él a una hermosa mujer.

Mas, aquellos que tras la línea ya habían buscado la idea y la emoción que la creara, sintieron crecer su belleza bajo la sugestión fluyente de la escena ornamental, donde lucía su porte sereno una figura central de mujer que no siendo diosa debía ser sacerdotisa, por la majestad de su talante.

Lo era, en verdad, Cidippa, sacerdotisa de Juno Argiva, representada en el momento de dirigirse al templo para hacer un sacrificio a la reina de las diosas. Y como no encontrara bueyes ni caballos para arrastrar su carro, sus dos hijos, Cleobis y Bitón, en un rasgo de piedad y veneración filial, pusiéronse al yugo sin acobardarse ante la travesía de cuarenta y tres estadios que mediaba hasta el templo, al cual llegaron en medio de las aclamaciones de la multitud que felicitaba a Cidippa por tener tales hijos.

Pero el misterio poético que corona esta escena, no se revela en la ornamentación del vaso. Por eso recibía la mirada indiferente de aquellos a quienes ni siquiera interesaba por la pureza de sus líneas clásicas, o la profanación del fácil y variado comentario de la ignorancia. Pocos son los discretos que callan cuando no comprenden, y menos aun los agraciados que comprenden.

—Hermosos esclavos gastaban las damas de la antigüedad — dijo un atildado caballero con ribetes de erudito. Y su juicio convenció a dos jóvenes que tienen por costumbre hacer suya la tontería de los demás.

—Vigor físico y condición de bestias — subrayó con desprecio que ocultaba su envidia, un viejo enriquecido y tambaleante.

—Tienes razón — replicó otro, sin convicción, mientras cierta dama pedante, a fin de hacer alarde de la independencia de sus palabras, interpretaba

escabrosamente la escena clásica y convertía a la sacerdotisa en hetaira.

Una jovencita irritóse consigo misma porque, a su pesar, se había ruborizado al oir el vidrioso comentario y hubiera escapado de allí a no impedírselo la curiosidad de su galán que, al escuchar a la dama de los juicios libres, llevóla frente a la historiada pieza de arte...

En tanto, las sombras de Hypnos — el sueño — y de Thanatos — la muerte — se unían sobre las formas gallardas del vaso grecorromano, para mostrarse sólo a los que supieron apoderarse del alma de su ornamentación. La muerte y el sueño, unidos tal como los concibiera la fantasía griega, bajo el eufemismo de dos imágenes de adolescentes confundidos en un abrazo fraternal, alejaban toda idea dolorosa, para completar la ventura de aquella sacerdotisa que al llegar al templo de su diosa pidióle que hiciera descender sobre sus hijos el don que considerase más precioso sobre la tierra.

Oyó Juno Argiva la súplica de Cidippa, e hizo descender sobre los párpados de los dos jóvenes el dulce sueño; mas no al sueño engañador y ligero, conservador de la vida, sino al sopor *consanguineus mortis,* al hermano de la muerte que apaga definitivamente las pasiones en el pecho de los mortales cuando con mano insensible los hurta a la vida. Y en el templo se durmieron Cleobis y Bitón, para no despertar más.

Sobre aquel vaso que reflejaba su sabio y estable significado en el mismo espejo que devolvía los giros cambiantes de una danza de salón y el brillo de bellezas perecederas, flotaba, como un interrogante, el misterio de si es, en verdad, la muerte el mayor bien que pueden esperar los humanos.

Libre de pesimismo, el espíritu se inclinaba a suponerlo así, ya que entre los dioses lo creyó Juno y entre los mortales también lo aseguró la sabiduría de Solón cuando, platicando con Creso, citó a los hijos de Cidippa entre los contadísimos hombres felices que conociera sobre la tierra, por la circunstancia de haber muerto en el templo después de cumplir una piadosa acción.

ECO

Como una nota más de vida jubilosa y prometedora, confundióse con el paisaje abrupto de la serranía una mujer que, plena de gracia juvenil, prestábase a seguir con fraternal vigilancia las correrías de un niño, incansable averiguador de todo aquello que no comprendía su reducida experiencia de algo más de un lustro.

A ras de tierra removíanse o reposaban los seres y los vestigios que los ojos del niño buscaban preferentemente, con el afán propio de esa edad que se deleita en la minucia, quizá porque va captando en las cosas pequeñas el enigma de la vida, que no ha de sorprenderle luego en la magnificencia de las cosas grandes.

Con mimosa insistencia hacía bajar frecuentemente la gentil cabeza de su hermana, ganoso de que admirase una matita insignificante donde viera refugiarse un insecto, una piedrecita pintada por la naturaleza, o un helecho que a la sombra de una roca lucía tímidamente sus hojas diminutas, de un verde

profundo, casi negro, y que tenían la virtud de seducir al niño porque, maravillado, descubrió cómo se engalanaban en su reverso con un tinte de oro, cual si la gloria del sol serrano hubiera querido dejar partículas de su color luminoso, hasta en la humildad que crecía pegada a la tierra.

En los momentos en que la tiranía infantil la dejaba libre, la joven, en cambio, dábase a mirar el horizonte y el cielo, deseosa de luz y de dilatados mirajes.

Remiso, el niño, habíase quedado junto a la oquedad de una gruta para observar el lento donaire con que un caracol llevaba a cuestas su casita.

La voz de su hermana, que lo llamaba premiosamente, no lo arrancó a la contemplación, y sólo respondió con un vibrante y descomedido:

—¡Ya voy!...

—¡...voy!... oyó que le gritaban desde el fondo de la gruta.

Corrió hacia su hermana, temeroso de que lo persiguieran.

—¿Será el enano del cuento, Lolita, el enano de la montaña?... pregutaba sobrecogido. Y entre receloso y audaz pugnaba por conducir a la interpelada hasta la oquedad.

La cristalina carcajada de la joven llenó de repercusiones la concavidad de la roca. La buena risa que ahuyenta al miedo con su poder alegre y confiado, libró al niño de recelos y atizó su curiosidad.

¿Hizo mal, acaso, la hermana soñadora en poblar de ficciones la mente del pequeño? Con la gracia, el colorido y el amor que es necesario para convencer a los niños, narróle la historia de Eco, castigada por la reina de las diosas a no poder hablar como las demás jóvenes y a repetir sólo la última sílaba de las palabras que oyera. Y siguió el relato de la vida de la ninfa que, enamorada y despreciada por Narciso el bello, lloró mucho hasta que, desconsolada, se retiró a las grutas y a las montañas donde los dioses la convirtieron en roca. Y en el fondo de ellas quedó el corazón de Eco.

Palmoteó el niño, y, durante largo rato, un festivo desgranamiento de palabras y de risas repercutió en las profundidades de la gruta.

Amenguado el alborozo, la gratitud espontánea puso en sus labios, vivamente, la palabra de las despedidas amistosas:

—¡Adiós!

—¡...dios!—repitió el eco, como una invocación.

Y al pasar después junto a otras rocas y otras grutas, el niño quería oir de nuevo la voz de la desventurada Eco, y la voz no respondía.

—¿Por qué?—preguntaba a su hermana.

—Porque esa roca no tiene corazón—decíale ella.

Algún día sabrá el niño que era el eco de su propia voz el que le respondía desde el fondo de las grutas. Mas la bella quimera seguirá seduciéndolo con su poesía, y no habrá sido inútil a la formación

de su juicio moral. La ficción le ha enseñado que sus palmoteos, sus gritos de entusiasmo, sus palabras cordiales, sus risas y llantos repercutían allí donde había corazón. El silencio, la indiferencia hostil de la roca, respondíale donde faltaba. Entonces, al suyo, se sumaba una decepción.

La primigenia lección de cuán dulce es en la vida hallar una voz que responda en consonancia con la nuestra, encerrada en la ficción que acariciara el candor del niño, le hará desear mucho corazón para no oponer a sus semejantes la aridez de la roca y le inducirá a buscar ecos venturosos de su vida en la devoción del recuerdo.

UNA PAGINA DE PEDAGOGIA HUMANA

No es mi ánimo dar agravios. Mas si tales parecieren algunas de mis alusiones, recíbalos tan sólo la pedagogía preceptiva, esa solemne ciencia de la educación en cuyo altar se quema un incienso de principios que, si son recogidos por la práctica con rigidez de leyes, justifican que se llame ciencia a lo que pide ser arte. Si en el campo de la educación, aquélla cediese predominio a éste, primaría el sentimiento sin desprecio de la técnica, tan útil cuando pasa por el tamiz de la bondadosa comprensión humana que la suaviza, la amolda y la hace amable, sin quitarle eficacia.

Como tampoco es mi propósito discutir normas ni principios, doy término a lo que quiso ser una advertencia y ha corrido el riesgo de convertirse en inculpación. Y a mis observaciones me remito.

Dos niñas, ambas de edad escolar, repasan lecturas, escriben, afilan concienzudamente la puntas de

sus lápices, entregadas a esas pequeñas tareas que la escuela prolonga hasta los hogares como un lazo más. No sospechan, por cierto, que se las observa y escucha disimuladamente. Y entre la niña mayor, que cursa el tercer grado, y la pequeña — que aun cuando ya sabe leer no ha llegado al segundo, pues pasa por ese limbo escolar que se llama primer grado superior — se entabla un diálogo que, con ser inofensivo, termina en drama.

—¿Sabes? — dice la mayor, como si revelase un misterio, y con expresión ponderativa: — la nueva maestra que tengo se llama Celina... ¡Y es más buena!

—Mi señorita también es buena...

—Será... pero la señorita Celina es la más bonita de la escuela.

—Mi señorita también es linda...

—¡Uf! ¡Qué esperanza! Tu maestra es negra y picada de viruelas...

La niña menor quédase sin saber replicar, abrumada por la verdad. Una gran congoja desfigura su rostro y, herida en su afecto, al sentirse incapaz de rebatir el terrible argumento de su hermana, rompe a llorar con gran desconsuelo.

No pudo ser más elocuente su defensa. Toda la dialéctica no bastaría, acaso, para lograr la significación de esas lágrimas... La niña había olvidado que su maestra era fea. Quizá nunca reparó mientes

en esa fealdad borrada por el cariño que aquélla supo merecer...

Esa maestra cuya bondad y prestancia para educar han de ser tales que ha sabido ganarse el corazón de las pequeñas, y conseguido que no vean, que olviden la fealdad de su rostro y la crean bella por amor, es seguramente de las que al reprender consuelan. Y mientras los ojos de los niños a quienes amonesta seriamente se nublan de lágrimas, las mejillas sienten la caricia leve de una mano que parece pedir perdón por la congoja que causan las palabras. Los niños ignoran las razones de esa contradicción: sólo sienten su dulzura; pero la maestra sí las sabe. Consuela a la par que reprende, porque se considera algo responsable de la falta que acrimina. Piensa que hubo de su parte escasa previsión, exceso de confianza en la conducta infantil o debilitamiento del ánimo y del interés que en toda clase han de mantenerse para evitar distracciones o travesuras. Y, mientras en nombre de la disciplina, corrige, como mujer bondadosa se acusa a sí misma para que quede justificado su gran deseo de disculpar.

No fué maestra de ese temple la que se burló un día de cierta respuesta dictada por la lógica infantil y amonestó al niño que la diera como si lo juzgase responsable de una falta voluntaria. Necia había sido la requisitoria de la maestra cuando, después de dar una clase previa, ordenó a sus alumnos: —Escriban todos una oración sobre el elefante. —

Y esperó... ¿Qué? ¿Que aquellos niños tuvieran la capacidad de hacer una síntesis — ¡una síntesis! la mayor de las dificultades — de cuanto ella había enseñado? ¿Que escogieran el detalle al cual debían referirse? Lo cierto es que, muy en consecuencia con la estulticia de la orden, resultó su cumplimiento. Los alumnos escribieron tontunas, cosas archisabidas, que no les interesaban; pero las escribieron por no pensar y porque estaban seguros que merecerían la aprobación de su maestra cuando uno por uno, las leyeran ante la clase. Así fué. Los más escribieron que el elefante tiene cuatro patas y la piel gruesa; otros, que tiene colmillos y trompa... hasta que ¡por fin! uno, entre los demás, dijo algo personal, respondiendo a su cerebración, a su afectividad, a su lógica. Y realizó esa excepción, casi sin salirse de los términos y de los cánones establecidos por la maestra en su clase previa. Se propasó sólo en una palabra que, al indicar un grado de superioridad, tuvo la virtud de concretar y dar vida a su pensamiento. Aquel niño leyó: "El elefante es el más cuadrúpedo de los animales". Disparate científico, sí, pero no afectivo. Fué aquél un juicio rotundo nacido de la ignorancia del verdadero significado de la palabra "cuadrúpedo"; un juicio que valía algo más que esas frases hechas, vulgares cristalizaciones de la enseñanza, que se oyen y se repiten sin que dejen la huella persistente de su significado: éste concluye por decolorarse a fuerza de ser barrido por la ruti-

na; un juicio, en fin, que bien merecía una aclaración. Pero la maestra estulta se burló primero y se enfadó luego. Rieron también los demás niños, y el autor del pensamiento quedó corrido, sin saber por qué se reían sus compañeros y se encolerizaba con él su maestra. Y el elefante siguió siendo — a su juicio — el más cuadrúpedo de los animales.

La otra maestra, aquella que consuela al reprender y logra que sus alumnos la crean bella no obstante su fealdad, de muy distinto modo se hubiera conducido en circunstancias semejantes. En su afán de acusarse para poder disculpar, no se habría equivocado al decirse que las cosas "oídas hasta el cansacio" se olvidan — a veces cuando más necesario es recordarlas — por falta de novedad, de fijación de las imágenes. Rubor le causaría si sobre su enseñanza triunfara una asociación de ideas relacionadas, quizás, con alguna escena callejera o familiar. Acaso el autor del juicio que comentamos oyó alguna vez, a manera de denuesto, llamar "cuadrúpedo" a algún hombrazo o a cierto compañero corpulento y de lentos o pesados manejos. Y el calificativo no tuvo en adelante para él la significación "enseñada hasta el cansancio", sino que la asoció vivamente a una imagen que le interesó.

La buena maestra, con los recursos de su arte para educar, hubiera paseado la imaginación de los niños por las selvas africanas y de la India y ubicado allí al elefante. Al enseñarles las costumbres y caracte-

rísticas de éste, evocando el medio natural que le pertenece, habríalos instruído sobre los caracteres físicos y externos del animal, relatándoles anécdotas con elogios de su inteligencia, su utilidad y su adhesión al hombre. Y seguramente que a ninguno de sus alumnos se le hubiera ocurrido escribir el perogrullesco juicio de que el elefante tiene cuatro patas, ni asociar la idea de torpeza a un animal conocido como sagaz a través de los relatos pintorescos y amenos.

Lléganos a veces, como noticias buenas, ejemplos de los recursos no aprendidos sino brotados del sentimiento en el arte de educar.

Es un día depresivo. El horizonte está oscuro y corre un vientecillo cálido, enervador para unos, irritante para otros. Se avecina una tormenta. Día como hay pocos, tres o cuatro en el año escolar. Los niños de temperamento activo no pueden dominar su natural impulso de movilidad; se molestan los unos a los otros y, con preferencia, hostigan a los compañeros apáticos, que aquel día lo están más que nunca. La maestra también sufre la influencia del tiempo y comprende la inquietud y la distracción de sus alumnos. En verdad, cuesta esfuerzo encauzar la atención voluntaria, pensar en algo que entrañe alguna dificultad... Sólo aquello que logra estimular la fijación espontánea de la mente por la vía de la afectividad y de la imaginación — esos dos grandes factores de la educación infantil — tendría

el poder de aquietar, sin rigores disciplinarios, el desasosiego general y transfigurarlo en una onda de simpatía, o bien provocar ese bienhechor olvido de sí mismo, capaz de neutralizar la influencia incómoda del ambiente. Mas para eso es necesario escapar de la realidad.

La buena maestra lo sabe. Dirige, pues, su mirada hacia el horario — casillero pedagógico tan necesario y siempre tan respetado — como para solicitarle perdón por la infracción que de él hará en bien de sus alumnos: — Tendré que sacrificar a la geometría — piensa. Su buen sentido de educadora le sugiere que, si es excepcional aquel día, excepcional también debe ser — sin mengua del deber — su manejo ante la clase. Y como ella guarda su talismán en el hondo cajón de su pupitre, a su virtud recurre.

Sin anuncios, sin requerimientos a la atención, segura del éxito, extrae un libro vistoso, encuadernado en tela roja, sobre el cual lucen su brillo adornos profusos, dorados como los cantos, en los que se quiebra la luz con un resplandor, anuncio de maravilla. Ya conocen los niños ese libro primoroso y saben de su encanto interior. Alguien dice: — ¡Un cuento! — Y el sortilegio triunfa. Hay un acomodamiento en los duros bancos escolares; un rebullirse en busca de la posición más cómoda para atender mejor; algunos niños se cruzan de brazos, sonrientes, y todos quedan suspensos del bien deseado.

Comienza la lectura. La maestra y sus alumnos

escapan del aula, se emancipan de la presión atmosférica, se van de viaje al país de la quimera y se olvidan de la realidad. Un músico prodigioso — el protagonista del cuento — los arrastra con los sones de su flauta mágica y les hace presenciar sus fantásticas aventuras. En el fondo del relato, disimulada por la maravilla, hay una lección de la vida.

Y mientras en aquella hora, el sentimiento y la imaginación defienden a los niños de un cansancio inútil y aplastador, la geometría, encasillada en el horario, recoge la irritante influencia meteorológica, eriza sus vértices y afila sus aristas, sin consecuencias, pues la buena maestra que resolvió relegarla sabrá otro día hacer amable su enseñanza.

—¿Y si en aquella hora, hurtada a la realidad y al horario, llegase un inspector...? — pregunta una maestra novel y tímida.

—Daría razón, sin duda, al recurso excepcional empleado, en gracia a la pedagogía humana, y porque su experiencia de hombre avezado en cuestiones educadoras lo habrá hecho comprensivo.

—¿Y si así no fuere...?

—Si así no fuere... merecería ser inquisidor y no inspector.

POR EL CERCADO DE ALGUNOS PENSAMIENTOS DE NIETZSCHE

Las cumbres

Era largo el camino que conducía hasta el pié de la montaña; pero en su final hallábase ésta y ofrecía como un premio, a los que escalasen sus flancos abruptos, el paisaje dilatado de las cimas, la limpieza del aire y la emoción de saberse tan encumbrado como las nubes.

Marchaba con entusiasmo el jóven, haciendo esfuerzos para reprimir su impaciencia y acomodar su paso al andar remiso del viejo. Llevaba éste en el semblante una buena, pero enigmática sonrisa y, a su vez, esforzábase en moderar la marcha del mancebo a fin de que, en su ruta hacia la altura, mirase también el llano sin desdeñar del todo la senda simple y plana que lleva al caminante lejos, sin jadeos.

Mas aquél tenía sed de alturas y sólo fijaba en ellas sus ojos.

Llegado que hubieron al pié de la montaña, el viejo se sentó a descansar.

—Sigue la senda no trillada de las ascensiones difíciles — díjole al joven. — Y cuando llegues a la cima, nutre tu mirada de espacio, de grandes perspectivas, de comunión con las cumbres. Aquí te espero...

—¿Cómo escalaré mejor la montaña?

—Sube, sube sin cesar y no pienses en ello.

Llevado de su audacia y del consejo, escaló el mozo la codiciada cumbre sin detenerse a elegir los medios, valido de su voluntad, de sus juveniles fuerzas y natural destreza; sin volver la mirada, fija continuamente en las escabrosidades que debía trasponer. Pero llegó jadeante.

Bienvenida le pareció luego la hora del descenso. Las cumbres cuanto más altas más inhospitalarias son. Y bajó sin prisa por la escarpada ladera, deteniéndose de vez en cuando para mirar extasiado la belleza del valle. Franqueó, por fin, las últimas fragosidades y dijo jubilosamente al viejo que le esperaba al pie de la montaña:

—¡Vuelvo satisfecho! ¡Escalé la cumbre!

—¿Y no la extrañas?

—Acaso algún día la añore. Mas hoy, que desciendo de ella fatigado, ansío el nivel que me es familiar y ha de serme propicio para el descanso.

—Y allá en la cima, ¿atesoraste dilatadas visiones? ¿Te pareció bello el mundo?

—¡Ay! No lo vi. Mi rápida ascención, la prisa de abarcar paisajes magnos y la diferencia de ambien-

te para el cual no me fuí acostumbrando, produjéronme el mareo, el fatal mareo de las alturas... Y cuando intenté mirar al llano donde bulle la vida humana, mis ojos, no habituados a la luz intensa de las alturas, habían sufrido el deslumbramiento que ciega... Pero luego, desde la ladera, a mitad del descenso, vi horizontes magníficos de luz y matices; divisé, suavizadas, las asperezas del mundo en que vivimos; oí los cantos de los montañeses y los ruidos armoniosos y vagos que, confundidos, subían desde la llanura; admiré el valle verde y alegre cuyos plantíos ópimos pareciéronme un manto de bendición tendido sobre la tierra fecunda...

El viejo oíale complacido. Ya no jugaba en su rostro la enigmática expresión. Quedábale sólo la buena sonrisa que hizo más humana esta astuta filosofía de la vida:

—En verdad te digo que has cosechado mucha sabiduría en la jornada, porque supiste descender a tiempo y detenerte a contemplar el llano. De hoy en adelante esa sabiduría te advertirá: "No permanezcas en la tierra baja, ni subas demasiado alto: el mundo es más bello visto desde discreta altura".

Los fatigados

No había ya lumbre para el hogar y era escasa la provisión de harina, de aquella blanca harina que bajo la custodia y la habilidad de la madre, ahora

enferma, convertíase en sabrosos panes que ahuyentaban el hambre de los hijos, todavía adolescentes. El otoño, tardío ese año, no dejaba calce a los temibles fríos; pero el calor de su sol amenazaba debilitarse pronto. Y sería cruel, en el hogar campestre, aquel invierno sin lumbre y sin provisiones... Pensaba en esto la madre, así como en la mucha juventud de sus hijos para ganarse la vida sin ayuda, cuando oyó la voz del menor, el más animoso de los dos.

—Madre, son aún los días largos y el tiempo es benigno para cruzar la distancia que media hasta la ciudad. Allá iremos diariamente mi hermano y yo en busca del pan que aquí escasea...

Miró el mayor al hermano menor con sorna desalentadora; pero la madre, avocada a la necesidad, se aferró a la esperanza y opuso tan sólo una pregunta de duda:

—Y una vez en la ciudad, ¿dónde buscarás, hijo mío, el pan honrado?

—¡Dios dirá, madre!, — respondió el adolescente.

Y quieras que no, con el consentimiento materno, arrastró a su hermano hacia la senda que llevaba a la población.

Fatigosa era la marcha, sin reparo alguno contra el sol del mediodía. Malhumorado y lleno de pesimismo, el hermano mayor no cesaba de quejarse hasta que, por último, al ver la ancha sombra que pro-

yectaba sobre la tierra caldeada un árbol corpulento, rico en follaje todavía, tendióse bajo su amparo y se negó a seguir.

Ni se detuvo por eso el menor, ni dejó de arrancar, a su paso, hierbas curativas y raíces olorosas de virtudes probadas por la gente campesina. Y con ese tesoro brindado por la naturaleza llegó a la ciudad, donde después de ofrecerlas mucho y con entusiasmo, vendió todas las hierbas, que conservaban el aroma fresco y sano de los campos.

Volvía gozoso el adolescente, camino del pobre hogar, haciendo sonar en su bolsillo las primeras monedas ganadas en su vida, cuando, con no poca sorpresa suya, halló a su hermano sentado a la vera del árbol bajo el cual le dejara. Incapaz éste de arrostrar la mirada de su madre si llegaba sólo, y como no acertara a disculpar sus desalientos, habíase quedado allí aguardando al hermano menor para dividir la atención materna en el momento del regreso al hogar.

Sus primeras palabras fueron de queja:

—¡Cuánto has tardado en volver! ¿Traes provisiones, al menos? Aquí, en tu espera, he sentido hambre y sed por primera vez...

Sonrió él, animoso y, con traviesa agilidad, trepó hasta las ramas del árbol, sacudiólas vigorosamente, y vió caer una lluvia de frutos maduros, de jugosa

pulpa, que sólo esperaban a quien los apeteciera y se decidiese a desprenderlos.

—Fácil te hubiera sido remediar a un tiempo hambre y sed, hermano — dijo al descender el diligente muchacho.

Y sin cuidarse de otra cosa, llenó de frutos su morral de caminante, todavía saturado con el perfume de las hierbas campestres.

Juntos llegaron a la casa donde los aguardaba la madre, que, con intuición de mujer amorosa, leyó en el semblante de cada uno de sus hijos la lección que recibieran en su primera escapada hacia la lucha por la vida.

Verbosamente, animado con su propio regocijo, contó el hijo menor sus pequeños éxitos, que a él se le antojaban enormes. Hizo lucir sobre la mesa familiar sus exiguas monedas y, al vaciar sobre ella su saco de viandante, esparciéronse apetitosos los maduros frutos.

—Es poca la ganancia, madre, pero traigo muchas promesas que se cumplirán si busco las hierbas frescas que se prefieren en la ciudad y abundan en los campos. Mis próximos viajes a la población serán más provechosos, no lo dudes...

La madre posó su trabajada mano sobre la juvenil cabeza del optimista.

—Eres listo y emprendedor — díjole. — No te desaniman las dificultades y has probado la verdad

de este aserto: "Ayúdate y todo el mundo te ayudará".

Volvióse luego al hijo mayor, que, avergonzado, callaba.

—Y tú, ¿nada cuentas?

—Bien sabes, madre, que el camino a la ciudad es fatigoso y que el sol del mediodía me irrita y lastima. Bajo la fronda de un árbol me guarecí, y cuando quise seguir la huella de mi hermano.. era tarde. Tanta ha sido mi mala ventura, que no vi siquiera los frutos que me ofrecía el árbol, pródigo para la mano que supo sacudir sus ramas.

El rostro de la madre se dulcificó, a fin de atenuar el reproche y dar vuelo tan sólo a la sabia advertencia de sus palabras.

—No es extraño, hijo, que no vieras los frutos puestos al alcance de tu brazo y de tu mirada en alto. Eres pesimista y el pesimismo abate las frentes. Temprano te fatigaste de las inclemencias y dificultades: "Todos los que están rendidos maldicen al sol. Para ellos el valor de los árboles está en la sombra".

La separación

Si no es frecuente la aristocracia en la separación de las almas, no es tampoco imposible.

La luz crepuscular del salón acentuaba el carácter íntimo de la entrevista que, juzgada sólo por la actitud de los dos únicos personajes, creyérase sentimentalmente tierna. Nadie sospecharía cuánto dolor atormentaba a la joven mujer que, con lánguida gracia, dejaba sus manos, largamente, en las del hombre de cuyo amor se despedía sin más reproche que el tono tristísimo de su voz.

—Tú deseas este adiós que me costará la dicha— dijo quedamente. — La lealtad de tus confesiones salva entera la estimación que siempre por tí he tenido. Has evitado, caballerescamente, alternar mi confiado amor con la nueva pasión que te aleja... Si lograra detenerte con ruegos y enojos, nos mancillaríamos los dos; tú con la mordedura de tus deseos contrariados y la rebelión disimulada; yo sabiéndote ausente a mi lado, sin que me engañaran mentirosas apariencias. Creo que llevas la voluntad quebrada por la pasión; llévate también la libertad completa de amar a tu guisa. A mí me queda como un bien, la desgarradura de un dolor lleno de recuerdos amados...

No hay mayor desorientación de espíritu que la producida por las razones que dan razón a nuestros grandes errores sentimentales. El hombre, que esperaba debilidades y querellas, se sintió tan mísero en presencia de la entereza y la dignidad, que tuvo, de pronto, la visión adelantada de su arrepentimiento. Mas como, en verdad, la pasión dominaba a su

voluntad, nada pudo ésta para defenderlo de venideros remordimientos. Besó, en un arranque de emoción, las manos que no se habían retirado de las suyas y luego se marchó sin decir palabras que pudieran deshacer la solemnidad de aquella separación.

La joven dama quedó doblegada por la emoción. Pero no tardaron sus pensamientos en avivar la expresión de los ojos. La fe sobrevivía y no daba entrada a la desesperación. No era posible que el lento identificarse de dos espíritus se perdiera en la indiferencia del olvido, a pesar de los arrebatos de la pasión. Y todo a su alrededor afirmaba esa fe. No había un detalle, en torno suyo, que fuera discordante con los gustos del hombre que creía haberse despedido definitivamente... Allí, sobre los anaqueles provistos con selección inteligente, estaban, todavía señalados, los libros que juntos leyeran y en los cuales, entre recíprocos comentarios, aprendieron a discurrir hondamente y a sutilizar sobre la vida.

Tomó uno de ellos, y, al hojearlo lentamente, su pensamiento se detuvo en cierta sentencia que saltó a su vista porque en días felices la subrayara la mano del amado: "No en la manera como un alma se aproxima a otra, sino en la manera como se aparta de la misma, reconozco yo el parentesco y la homogeneidad con ella".

Y dió en recordar que así también la habían creí-

do ellos. Entonces, levantado el ánimo por la esperanza de un bien seguro, sin que la empequeñeciera resquemor alguno de vanidad herida, se dijo: — ¡No importa el dolor presente! ¡Volverá de nuevo hacia mí!

EVA

Hay algo de apoteosis en ese nombre. Eva significa "Vida"; es decir: fuerza creadora, aliento, evolución, lucha y triunfo.

Madre primera de la humanidad — según la Biblia — Eva impone para siempre el "eterno femenino" que se apodera de las primeras páginas del Libro Sagrado y ya no cede el terreno conquistado. Mantiénese en él, no sólo en gracia de su debilidad y su belleza, sino de las virtudes que hicieron célebres a las mujeres de su descendencia. El amor, la sagacidad y el valor nutrido en la fe y en el respeto por la ley de su pueblo, arraigaron el prestigio de aquellas bíblicas figuras que volvieron por los fueros de la pujanza del alma femenina, cuya flaqueza privó a la primera mujer de su inefable inocencia y de la regalada vida paradisíaca.

Símbolo eterno de la debilidad de su sexo, Eva ha llevado sobre su recuerdo la responsabilidad de los males que aquejan a los humanos. Pecadora o no — "todo es según el color del cristal con que se mira" — su esencia fué pureza y suavidad.

Cuando las mujeres de su estirpe necesitaron virtudes para entronizarse en el Libro Sagrado, hallaron los reflejos de un alma blanca con que un dios de bondad quiso dotar a la primera mujer bíblica.

La luminosa figura de Eva en su primitivo estado de inocencia, contrasta, por su significación, con la primera mujer que el mundo helénico creó y cuyo origen nos relata Hesiodo.

Pandora nació de la ira de Zeus, que la hizo formar para vengarse de Prometeo por haberle robado éste el fuego y engañádole sagazmente. Hija de la venganza, la mujer helénica generadora de las demás, vino al mundo como una calamidad de la cual los hombres quedarían encantados y en la que hallarían su castigo.

La gracia que sobre ella derramó Afrodita; los adornos con que la engalanó Palas, y su belleza semejante a la de las diosas inmortales, fueron las seducciones externas encubridoras de todos los males. Dotóla Afrodita de inquietudes y deseos. Infundióle Hermes impudicia, mentiras, trabajos y perfidias. Y Pandora levantó la tapa de un gran vaso que en las manos tenía, para que echaran a volar, esparciéndose sobre la humanidad, todos los vicios y los males, Sólo la esperanza se quedó en el vaso, detenida en sus bordes.

¡Cómo resplandece junto a Pandora la primera mujer del Génesis! Ella no fué formada para castigo de los hombres. Hija del amor de Dios por to-

do lo creado, se la destinaba para ser una perfección más en el Edén y un halago para Adán. De una de sus costillas fué formada y "no de su cabeza ni tampoco de sus pies, para dar a entender que no debía ser ni la dominadora ni la esclava, sino la compañera del hombre". Y así la estimó Adán que, al considerarla suya e inseparable, la llamó "hueso de mis huesos, y carne de mi carne" y reconoció en ella el derecho y el poder de la mujer al declarar que "por su causa dejará el hombre a su padre y a su madre..."

Ya que se trata de cómo fué formada la primera mujer, según la Biblia, recordaré la explicación, algo jactanciosa, de una Eva moderna cuando se le preguntó por qué habrá hecho Dios más bella a la mujer que al hombre.

—Porque Dios contempló al hombre mientras éste dormía, y pudo ver, detenidamente todos sus defectos. ¡Por eso — agregó — el hombre es imperfecto y nosotras somos la obra maestra!

(A falta de otra explicación más convincente, podría ésta satisfacernos).

De la belleza de Eva nada nos dice el Génesis; pero debió ser inmaculada ya que la plasmó el creador como un nuevo portento del privilegiado Edén.

Inocente e ingénua, fué, como Dios quería, la compañera sumisa del hombre. Libre de pasiones turbadoras, la prohibición de gustar el fruto del árbol de la vida y el de la ciencia del bien y del

mal, no debió atormentarla. Exenta de conciencia moral, no era buena ni mala, porque desconocía la significación del bien y del mal: la sabiduría hallábase encerrada en el fruto prohibido, no gustado aún.

Eva era irresponsable por falta de libre albedrío, única facultad que puede dar responsabilidad. Y no pudo tenerla quien desconocía las dos sendas opuestas por donde se encamina la conducta.

Tan antiguo como el mundo, asomaba ya la otra fase del problema filosófico. Ante la ausencia del libre albedrío, alzóse el determinismo. Adán y Eva, en su estado primitivo de inocencia, estaban determinados por la gracia divina y eran sumisos y candorosos, porque sólo obraba en ellos la acción de Dios. Otro poder turbulento, no tardó en disputar su imperio sobre los humanos y sorprendió su falta de discernimiento entre el bien y el mal. La nueva influencia fué también causa determinante: la tentación sabiamente implantada por la astucia de la sierpe.

Eva, desprovista de conciencia moral, debía sucumbir. La obediencia a la serpiente le era fácil y agradable, ya que el fruto que se la invitaba a morder parecía apetitoso. Dejábala sin cuidado la pérfida insinuación del espíritu del mal. No es cierto que la soberbia y la ambición de saber y de igualarse a Dios la sedujeran. Las palabras de la Biblia, claras y textuales, la defienden. Dicen así:

"Vió, pues, la mujer que el fruto del árbol era bueno para comer y bello a los ojos y de aspecto deleitable, y cogió el fruto y comiólo: dió también de él a su marido, el cual comió".

¿Puede darse algo más simple?

Despertó entonces su conciencia. Eva sintió el dolor de saber. Para honra de su sexo, su primera turbación fué la del pudor: echó de ver que estaba desnuda, y ella y Adán acomodáronse hojas de higuera, a modo de delantales y ceñidores.

Hagamos un alto al severo pensamiento de la Biblia, para recordar aquí, la cáustica apreciación de un gran lírico alemán del siglo XIX, Enrique Heine, quien no pudo dejar de lanzar su punzante saeta al decirnos que Eva no comprendió nada de la metafísica tentación con que quiso ofuscarla la serpiente (lo cual es cierto) y que comió del fruto sólo porque estaba prohibido, (lo cual no es cierto porque pudo haberlo hecho antes y no lo hizo) y agrega con mucha intención "...es una cosa curiosa comprobar que, tan pronto como la mujer llega a la conciencia de sí misma y su inteligencia se despierta, su primer pensamiento es un traje!"

Sorprendida Eva en su inocente y crédula confianza por el espíritu maligno, pecó inconscientemente por no estar preparada para rechazar a la perfidia.

Expulsada del Edén por la ira del Creador que, para castigarla la puso bajo la dominación del marido e hizo dolorosa su maternidad, Eva, perdida

la inconsciencia, fué más mujer, más dichosa que antes, puesto que para apreciar la felicidad es necesario probar la desventura.

Desde la cuna de la filosofía hemos aprendido que, toda idea necesita la contraria a fin de que sirva de extremo para su comparación. La felicidad igual e ininterrumpida del paraíso terrenal debió serle indiferente. No sabía valorarla. Lejos del Edén, en la tierra donde bullen las pasiones y acechan los males, hay también alegrías y venturas que se aprecian por su misma rareza, muy estimables porque pueden perderse y es menester buscarlas y luchar para obtenerlas.

El Edén, sin libre albedrío y sin discernimiento, sin esfuerzo propio, no pudo ofrecer a nuestra madre bíblica las satisfacciones que, en medio de sus dolores y afanes, debió gozar fuera de él.

Las "hijas de Eva" que recogieron conjuntamente la herencia del dolor y la experiencia de los peligros que entraña la inconsciencia nacida de la ignorancia, han conquistado lentamente su derecho a saber, a discernir y actuar como entidades en esa tierra sembrada de venturas y pesares, donde redimió su inocente culpa la pristina mujer de la Creación.

RECUERDOS QUE HACEN PENSAR

Con la persistencia de un cuadro vivo, en el que no sólo había belleza y movimiento, sino también alma, valentía femenina, amor y esperanza, quedáronse grabadas para siempre aquéllas imágenes que tanto impresionaron mi fantasía de niña.

Por barrios apartados, al anochecer, acompañaba cierta vez a una tía medio beata, mujer de muchos alcances y de gran corazón, pero amiga de dar a sus actos visos de misterio y que tenía predilección por las horas crepusculares.

Después de algunas andanzas ví, algo sobrecogida, que penetrábamos sin ceremonias en una casa humilde y oscura sin que nadie nos saliera al paso.

Junto a la puerta de la única habitación iluminada que cruzaba el triste patio, nos detuvimos. Y, levemente, sonaron contra los vidrios los nudillos de la visitante que se anunció diciendo:

—¡Ave María!...

—Sin pecado concebida...

Se abrió la puerta y fuimos recibidas con agasajo

por una mujer joven y agraciada que nos instaló muy cerca de sí y de una mesa cubierta con flores artificiales brillantemente coloreadas. Sobre ellas arrojaba toda su luz una lámpara cuya obscura pantalla defendía la mansa penumbra en que permanecía envuelta la habitación.

Con maravilla infantil contemplaba desde mi asiento la escena. Aquella linda mujer debía ser un hada. La luz jugaba sobre sus diligentes manos que iban y venían entre las flores aumentando su hermosura.

Sin interrumpir la conversación que se mantenía en un discretísimo medio tono, y con un acierto que me dejaba perpleja, "mi hada" acentuaba con hábiles pinceladas el color de algunos pétalos; daba a otros un airoso pliegue; abría o estrechaba las corolas a su capricho. Y para mayor encanto, de vez en cuando, extraía de una caja gusanillos de luz y mariposas que prendía con garbo en las primorosas corolas.

De pronto, tendió la mirada hacia el extremo de la habitación. Más que oído había presentido un levísimo quejido y el rebullirse de un niño en su cuna. Con premura la madre se acercó a la criatura dormida y, al ritmo de lentas mecidas y suaves arrullos, aquietó su sueño.

Al volver junto a las flores tenía el semblante entristecido. La conversación se hizo más discreta, si cabe, más insinuante, y ví con sorpresa que mi hada se enjugaba los ojos y con voz que era casi un so-

llozo y oprimiendo las manos de mi tía: ¡Gracias, gracias! — exclamaba.

¿Era posible que aquella a quien yo imaginaba tan feliz entre sus flores inundadas de luz; ella, que sabía arrullar con susurros de Angel de la Guarda; ella, tan linda, llorase y tuviese algo que agradecer a mi austera y vieja tía, siempre envuelta en sus negros pañolones y cuya ocupación favorita era la de pasarse largas horas leyendo libros cubiertos también con telas negras?

¡Misterio!

Mas, versátil como Dios quiere que sean los niños para no agobiar sus almas con la comprensión demasiado temprana del dolor y de la vida, una vez que nos hubimos despedido, me despreocupé del pesar de la linda señora, muy ufana en contemplar en mis manos una rosa encendida con que había sido obsequiada y en palparla cuidadosamente, temiendo que se desprendiera la mariposa dorada que temblaba en uno de sus pétalos.

Sólo cuando la contemplación de la vida me enseñó los muchos afanes que ella cuesta, comprendí el significado de aquella angustia contenida: la debilidad femenina ante el problema del sustento diario; la responsabilidad de la madre; las vigilias prolongadas con quebranto de la salud; el trabajo continuo de remuneración escasa para llenar las exigencias apremiantes; el "oficio" que adiestra la mano, sí, pero quema las energías en la monotonía dia-

ria, y raras, muy raras veces, ofrece una lejana independencia económica.

La aguja, la milagrosa aguja que merecería ser cantada en un poema como símbolo de la vida honesta cuando se maneja por amor al trabajo, llenando horas de grata labor que no quieren perderse en ocios, ¡cuántas cosas podría contarnos de espaldas curvadas tempranamente, de ojos fatigados y de manos femeninas que no tienen el derecho de dejarla descansar!

El "oficio" salva con su trabajo la dignidad femenina; compensación moral que levanta el espíritu. Sólo en aquellos donde la mujer puede poner alguna fantasía y dar su nota personal, encuéntrase la alegría necesaria para hacer fecundo el trabajo. Pensando en ellos recordó quizá Ricardo León: "aquel zapatero de Nuremberg que recogió con las manos curtidas por el trabajo de su oficio, la dulcísima viola el caballero Tannhauser, tañéndola como un gallardo trovador".

El citado autor, agrega que "no hay rincón obscuro ni oficio vil cuando se siente y se piensa con nobleza", gracias a la influencia que reconoce en la alianza de las artes liberales y los trabajos manuales.

Su optimismo de artista nos sugestiona, pero no nos convence. En presencia de las cifras crueles que registran las estadísticas sobre los trabajos manuales femeninos y los relatos de los que han estu-

diado a fondo ese problema en el que está comprometida la salud de la raza, nos demuestran que si el "oficio" es una necesidad social, sólo puede sancionarse esa forma de trabajo en la mujer, llenando el vasto y humanitario proyecto que un día trazara Carolina Muzilli, cumplido en parte, es verdad, pero que a pesar de los años transcurridos y de las mejoras alcanzadas no ha conseguido realizar el levantamiento moral e intelectual que reclamaba para sus hermanas trabajadoras.

Obtener un título profesional que las escude contra las situaciones económicas precarias, es la ambición de muchas mujeres jóvenes, conscientes de que una vida de trabajo las espera. Eludirla, significaría claudicaciones morales. La profesión soñada, adquirida a fuerza de constancia, se presenta al espíritu de las mujeres honestas, como una garantía de independencia que les permitirá decidir voluntariamente de su destino y les dará fuerza para sostener su integridad.

De todas, la que más cautiva, la más solicitada es, quizás, la que menos compensaciones ha de darles: la docencia en el magisterio.

Tiene la enseñanza, como señuelo, el puesto oficial rentado. Es el coronamiento de cuatro años de estudios bien o mal llevados. Resuélvese así un destino y muchas veces — desgraciadamente las más — termina allí toda ambición. La rutina estrecha el horizonte y, para la gran mayoría, van corriendo los años; el pan está asegurado, los libros cerrados, las

iniciativas ausentes, los ideales... ¿Cuáles? Generalmente abandonar el magisterio por el que tanto suspiraron, o alcanzar el ascenso que habrá de llegarles gracias a un mérito que crece y crece sin esfuerzo: los años que transcurren.

Modesto es el porvenir que ofrece la modesta profesión. Llámasela "apostolado"; pero para que lo sea, la cultura actual no pide sólo la paciencia y el espíritu de sacrificio resignado de que nos hablaban antes.

La vida ha evolucionado y cada época tiene su verdad. La de hoy, para que el magisterio pretenda llamarse "apostolado", exigiría ante todo el cuidado de las condiciones personales de la maestra; de la salud para alejar el flagelo de las laringitis que contraen las enseñantes estultas y gritonas que creen interesar e imponerse a sus alumnas con el esfuerzo de sus cuerdas vocales; de la cultura intelectual intensa y continuada para saber aplicarla en la escuela en todo lo que tiene de amable y humano; de mantenerse con el espíritu alerta para cuanto signifique innovación elevada y entusiasmo creador.

Sólo así adquirirá verdaderos prestigios la maestra, sacudiendo el barniz que haya recibido en las aulas, para dejarse penetrar de la verdadera cultura, que significa largas y meditadas lecturas, contemplaciones artísticas, elevación de miras; sólo así sabrá inspirar respeto a sus superiores y cariño a sus alumnos, porque a aquéllos les demostrará que no

es la profesión una calleja sin salida, y a éstos habrá sabido enseñarles con alegría y con optimismo, haciéndoles grata la permanencia en la escuela.

¡Ah! Pero para eso es necesario llegar cansada al hogar y reunir fuerzas para hallar descanso en el estudio; preferir a las diversiones vulgares y ruidosas las conversaciones que enseñan; contemplar la vida cuando la mayoría se conforma con vivirla; estudiar, estudiar, y conservar el regocijo y la sencillez que reclaman los niños y la juventud.

"Apostolado" podrá llamarse entonces el magisterio porque significará sacrificio de aptitudes y condiciones por una causa santa y de escasa compensación material: la enseñanza. De otro modo, con la rutina por norma y los años de servicio como mérito, no será apostolado sino profesión, y profesión muy modesta y aplanada por cierto.

Pero los apóstoles siempre han sido pocos. Por eso las condiciones personales de las mujeres capaces, no reconocidas por los rancios reglamentos que han de aplicarse a todas, buscan explayarse en las profesiones liberales. Allí son dueñas de su albedrío y de dar todo el vigor de su inteligencia sin tener que rendir cuentas más que a su conciencia.

La mujer médica que hiende valientemente el bisturí para extirpar el mal en las carnes rosadas de un niño o de otra mujer que sufre, ha tenido que torturar los mejores años de su vida en indagar, y

roba horas de su sueño en ejercicio de su profesión; pero tiene en sus manos la vida de los demás. Cuanto más tenaz es su estudio, más audaz es su ciencia y más seguro su triunfo. Sus desvelos le pertenecen y trabajando por la salud de los demás, labra al mismo tiempo su porvenir y su renombre.

Y ésta, como la doctora en leyes, capaz de resolver los asuntos que le son confiados, con la penetración que se exige de un jurisconsulto, mantienen altos los fueros intelectuales de la mujer y su capacidad para vencer, si saben eludir el puesto profesional rentado que resuelve un bienestar inmediato, pero que resta a la profesión su hermosa independencia y su carácter liberal.

Esas y todas aquellas profesiones que permitan amplitud de acción y explayamiento de la personalidad femenina, son verdaderamente fecundas y halagadoras. Ya lo dijo D'Amicis, cuyo nombre se asocia a todo lo que es conocimiento del alma humana: "La alegría que proviene del trabajo es grande, y grande es también la que del ingenio procede; pero mayor es aún, sin comparación, la que procede del trabajo del ingenio".

INDICE

Pág.





